
AXXÓN
CIENCIA FICCIÓN EN BITS

Axxón 153, agosto de 2005

Acerca de esta versión

Editorial - Axxón 153

Los tornillos de la realidad
por Eduardo J. Carletti



Pensando para el Taller de los lunes en lo que las palabras hacen y pueden llegar a hacer, me di cuenta de que cada vez que aplicamos una palabra a algo es como que ***atornillamos*** ese algo un poco más en lo que llamamos realidad. Vamos fijando las cosas con un tornillo tras otro, o un clavo tras otro, por medio de las palabras.

Una vez fue necesario que le pusiéramos nombre a esa masa tan fantástica, que a veces parece casi sólida y otras veces se deshace poco a poco en volutas y desaparece. Una masa "inexplicable" que a veces es tan pequeña como un pájaro que pasa delante de ella y otras veces es más grande que la montaña (una cosa que sabemos ***cuán grande*** es, porque podemos ***pisarla***, ***recorrerla***), ya que la hace desaparecer cuando se interpone frente a ella.

Elegimos unas letras, o elegimos unas sílabas, y le pusimos **nube**.

Fue una forma de asirla, de poder llevarla hasta otra persona y hacerle saber que la hemos visto.

¿Cómo le dirías a otro qué es lo que has visto —y cómo pretenderías que ese otro comprendiera lo que has observado— si no pudieses llevar a sus oídos la palabra "nube"? ¿Qué dirías? "Vi un algodón gigante en el cielo". "Vi una planicie llena de lomos de oveja, una junto a otra".

¿Y si las nubes están de ese color gris como plomo?

¿No es más fácil decir, "Vi nubes, va a llover"?

Convertimos así esa cosa variable, intangible y fugaz como son las nubes, esa cosa misteriosa, en algo atornillado a nuestra realidad. Quizás no la comprendas (debes evolucionar hasta que miles de

clavos juntos fijados a algo llamada “ciencia” te pueden explicar que ***eso*** es una masa de vapor de agua que flota en una ***cosa*** llamada aire, atmósfera, que ***no tiene color***, y etc., etc.), pero ya puedes “manejarla”.

Hicimos magia.

Un grande —pero muy, muy grande— de lo fantástico dice que los adjetivos son una parte muy importante de esa magia. Le pusimos al pasto una palabra adherida: verde. No es que sea innecesaria: existe pasto amarillo, marrón, rojizo, gris, aunque la mayor parte del pasto que conocemos y vemos es verde. ¿Para qué decimos, con toda naturalidad, “pasto verde”?

¿Será que estamos atornillando más la realidad?

La calidad de verde que le hemos aplicado al pasto, esa magia de las letras unidas, nos abre la puerta a los pastos de la mente. Los pastos púrpuras de ese planeta en el que acabamos de desembarcar. O las nubes púrpuras de ese mundo que se ha vuelto viejo, muy viejo.

Luego de inventar el tornillo para fijarnos a tierra, para atornillarnos a la realidad, damos nacimiento al mecanismo inverso. Cambiamos una cualidad de esa cosa tan habitual (tan *verde*, tan *blanca* como la nube… o como la nieve), cambiamos una tonalidad y atornillamos esa cosa nueva a otro mundo.

Es como que le damos realidad al otro mundo. El *tornillo mismo* le da realidad.

Lo que atornillamos es una palabra. Hicimos magia.

Un grande, pero grande-grande, dice:

«La mente humana, dotada de los poderes de generalización y abstracción, no sólo ve hierba verde, diferenciándola de otras cosas (y hallándola agradable a la vista), sino que ve que es **verde**, además de verla como **hierba**. Qué poderosa, qué estimulante para la misma facultad que lo produjo fue la invención del adjetivo: no hay en fantasía hechizo ni encantamiento más poderoso. Y no ha de sorprendernos: podría ciertamente decirse que tales hechizos sólo son una perspectiva diferente del adjetivo, una parte de la oración en una gramática mítica. La mente que pensó en **ligero, pesado, gris, amarillo, inmóvil** y **veloz** también concibió la noción de la magia que haría ligeras y aptas para el vuelo las cosas pesadas, que convertiría el plomo gris en oro amarillo y la roca inmóvil en veloz arroyo. Si pudo hacer una cosa, también la otra; e hizo las dos, inevitablemente. Si de la hierba podemos abstraer lo **verde**, del cielo lo **azul** y de la sangre lo **rojo**, es que disponemos ya del poder

del encantador. A cierto nivel. Y nace el deseo de esgrimir ese poder en el mundo exterior a nuestras mentes. De aquí no se deduce que vayamos a usar bien de ese poder en un nivel determinado; podemos poner un verde horrendo en el rostro de un hombre y obtener un monstruo; podemos hacer que brille una extraña y temible luna azul; o podemos hacer que los bosques se pueblen de hojas de plata y que los carneros se cubran de vellocinos de oro; y podemos poner ardiente fuego en el vientre del helado reptil. Y con tal "fantasía" que así se la denomina, se crean nuevas formas. Es el inicio de Fantasía. El Hombre se convierte en subcreador.»

Se trata nada más y nada menos que de J.R.R. Tolkien.

Y nosotros somos magos aprendices (para ponerme un poco en tónica con la fantasía de estas épocas) que debemos aprender a usar las palabras para construir realidades.

Es una suerte que aún haya personas que ven el pasto verde y lo piensan púrpura. Sino, se me ocurre, el mundo sería ***peor***.

Eduardo J. Carletti, 1 de agosto de 2005
ecarletti@axxon.com.ar

Cartas axxónicas

aagosto de 2005

Señor Carletti:

La razón por la cual le escribo es nada menos y nada más que para felicitarlo a usted y a todos los que hacen Axxón. Aunque parezca mentira es la primera vez que la leo y he quedado con la boca abierta. Me despido por el momento y la mejor de las suertes.

P.D.: por favor, sigan haciéndola y no la dejen caer. Un abrazo.

Maximiliano Antonio Martínez

Es muy bueno saber que se siguen agregando cada vez más personas a los que siguen día a día este sitio y revista. A algunos les puede parecer que las cosas se estacan, aunque la realidad es bien diferente. En España y en esta golpeada parte del continente americano se van conectando más y más personas y más tarde o más temprano llegan a conocernos. Es un gusto para nosotros ofrecer un contenido en castellano que resulte de calidad y que dé deseos de regresar para continuar buscando en él. Si a muchos les pasa como a ti (quedarse con la boca abierta) bien, tenemos asegurado que estaremos por aquí por mucho, mucho tiempo.

Eduardo J. Carletti

Lucy en el país de los monstruos

Ricardo Bernal

Lucy amaba el horror. A sus diez años ya había visto muchas veces *El exorcista*, *El silencio de los corderos* y todas las películas de Freddy Krueger; aunque a Papá y a Mamá siempre les decía que iba a sacar de videocentro *Krull*, *Laberinto* o *Escape al futuro III*. Hoy es miércoles, qué suerte, dos películas por el precio de una. Papá y Mamá se irían a jugar póker a casa de los papás de Hugo, y Lucy vería *El regreso de los muertos vivientes* por onceava vez, quizá *Alien*, *Posesión satánica* o *Viernes trece*, qué maravilla. Lucy era hija única. Muy delgada, grandes ojos grises y piel fosforescente; varios niños de su salón la amaban en secreto. Lucy dice: ya nadie recuerda sus sueños por las mañanas, y yo tengo que ser la guardiana de los sueños de todos, qué pesadilla. A las nueve de la noche Lucy se sirvió un vaso de pepsi, oyó arrancar el auto de sus padres, vio la luna llena como un buda meditando encima de las nubes. A las nueve y cuarto comenzó el ritual: colocar en la video *Pesadilla en la calle del infierno IV*, decir NO a la piratería, pasar en cámara rápida los aburridos cortos de las otras películas, New Line Cinema presents… un fuerte rock invade la sala; en la pantalla, la niña vestida de blanco dibuja con grises la casa de Elm Street donde vive Freddy Krueger. Comienza el espectáculo: todo sucede en el sueño de Alice, la protagonista, única sobreviviente de la película anterior. Lucy aguanta la respiración y se muerde los labios. Lucy dice: me sé esta película de memoria. Durante la siguiente hora Freddy mata a Kincaid en el cementerio de autos, ahoga a Joey en su cama de agua y Kristen baja al infierno por un siniestro laberinto de tuberías oxidadas y cadenas colgantes. Así es pequeña Lucy, Freddy ha vuelto para clavar amorosamente las navajas de sus dedos en tu corazón. El incendio de la pantalla se refleja en las pupilas de Lucy, la siempre solitaria y pensativa Lucy. ¿Cómo pasar al otro lado? Lovecraft lo sabía, Edgar Allan Poe lo sabía y en las historias de Blackwood la naturaleza invisible es una constante amenaza a la razón de Lucy quien se aburre terriblemente en esa escuela donde le enseñan pura idiotez. Lucy dice: mejor aquí, en casa, con mis libros y mis cómics. Lucy se sabe sola, y más que sola desde que Doris, su única amiga, se fue a cazar fantasmas a Inglaterra. Lucy dice: Papá, Mamá, no se preocupen; soy feliz. Y la momia retuerce las manos desde la portada del cuaderno de matemáticas. ¿Por qué esta niña no forrará sus libros con estampas de Ziggy, Snoopy o Rosita Fresita, como todas

las niñas de su edad?, se pregunta Papá sin saber que el más grande sueño de su hija es recorrer la escala del horror hasta sus máximas consecuencias. Desde muy pequeña, Lucy leía a escondidas las obras completas del Conde de Lautreamont, dibujaba a Jack el Destripador en una cartulina verde o torturaba gorriones en las soledades del jardín. Qué bueno que colgaste una foto de Paul McCartney en tu recámara, decía Mamá. No Mamá, es Clive Barker, uno de los mejores escritores de terror que han existido. ¿Mejor que Stephen King? ¡Ay Mamá, no sabes nada!, y Lucy salía de la casa dando un portazo mientras Mamá tomaba las agujas y regresaba a su eterno tejido con una sonrisa coja retorciéndole la cara; pobrecita hija mía, qué falta le hace un hermano o algo así. Y Mamá nunca imaginaría que una vez Hugo se hirió el dedo al jugar con un vidrio, y Lucy bebió su sangre como si de chamoy rojo se tratara. ¡Estás loca! Nada de eso amigo, los vampiros existen si crees en ellos. En la pantalla Alice se escapa de casa y entra a un cine de tercera, y Lucy sabe que en la escena siguiente la aterrada protagonista pasará del otro lado, hacia los eternos dominios oníricos de Freddy Krueger. El universo explota, y nada hay de extraño en una pantalla que te chupa como si fuera una aspiradora gigante, y tu diminuto cuerpo un calcetín sucio debajo de la cama. Lucy se ve las manos, y aunque no está asustada, las turbias granulaciones que forman esta nueva realidad la hacen pensar que está soñando, y más allá de la pantalla, se ve a sí misma dormida frente a la tele. Lucy dice: nada como una buena pesadilla, ojalá los sueños pudieran grabarse, le prestaría mis sueños a Hugo para asustarlo un poco. Pero esto no es un sueño. La calle es un enredo de casas parecido al del cuento que abre el libro rojo de Jean Ray. Lucy recorre asombrada el lugar; encuentra un enorme letrero donde dice, en todos los idiomas posibles, BIENVENIDO AL PAIS DE LOS MONSTRUOS. Pero aquí no hay monstruos; es una película, o tal vez las páginas de algún libro, y las comas de todos los libros, ahora Lucy lo sabe, son conscientes de sí mismas y ríen, ríen porque te detienen un poco, te matan un poco, micromuertes. Lucy camina. No hay flores de carne humana bajo el eterno balanceo de los ahorcados; no hay cielos gore, ni moluscos de repulsión invadiendo la garganta. Ni siquiera hay dolor. ¿Dónde están Frankenstein y el Hombre Lobo? ¿A quién le pregunto cómo llegar al castillo de Drácula? ¿Por qué el Wendigo no recorre los cielos con sus pasos de viento alucinante? Por las grietas de las casas no se asoma ningún rostro y un inesperado silencio se diluye en las notas de los Legendary Pink Dots que como pies gigantescos aplastan la memoria. Y Lucy recorre una línea interminable, cruza colores inexistentes, sensaciones abstractas y ráfagas de nada deslumbrando lo lleno del vacío. Lucy está aterrada. Los monstruos han huido: algunos se

metieron en los libros, otros en las películas; otros más en los ojos del hombre que hundió un martillo en la cabeza de su esposa, o en el odio feroz que mantuvo despiertos en sus tumbas a todos nuestros muertos. Ahora Lucy es un monstruo entre los monstruos y nadie se ha quedado aquí para salvarnos. Pide un deseo, Hugo.

Y Hugo dice: que se cure Lucy, sus papás van a llevarla al doctor pues no ha dormido en varios días; encontraron carne putrefacta enfrascada en el botiquín; encontraron una espeluznante mandrágora azul entre las páginas de su libro de español, y a lo mejor es mentira que el gato se escapó la noche de brujas cuando Lucy cumplió nueve. Feliz cumpleaños, Hugo, dicen ellos; ahora sopla las velas. Después de mucho andar, Lucy llega a un cine en ruinas. Un Freddy Krueger de cartón la espera en la taquilla. Lucy paga su boleto y entra al recinto, ¿cómo será el cine de horror en el País de los Monstruos? Adentro no hay nadie: una butaca solitaria como un trono o silla eléctrica descansa frente a la pantalla gigante que se extiende entre estalactitas y sepulcros. Lucy aguanta la respiración y se muerde los labios. Se apagan las luces, zumba un motor prehistórico y comienza el espectáculo. En la pantalla aparece una sala igual a la de la casa de Lucy. Sentados en un sillón, dos viejos lloran por la hija que nunca tuvieron, y arman rompecabezas, y se miran tiernamente detrás de las lágrimas. Aunque los años han deformado sus cuerpos y sus rostros, Lucy logra reconocerlos: son Papá y Mamá, y están del otro lado, en aquel lejano universo donde no existen Lucy ni sus monstruos. ¡Papá! ¡Mamá! ¡mírenme! ¡estoy aquí!, grita Lucy antes de que mil diminutas manos le tapen la boca y los ojos para siempre. Afuera del cine, la sonrisa de Freddy Krueger se derrite en cámara lenta.

Nos gustan los relatos de Ricardo Bernal, este mexicano de poco más de cuarenta que además de escritor es ajedrecista, astrólogo y maestro de tarot. Ricardo ha ganado becas, varios premios literarios y actualmente coordina cursos de literatura fantástica, horror y ciencia

ficción. Entre sus libros se encuentran *Lady Clic*, *Lucas muere* y *Torniquete de avestruces* y ha compilado las antologías *Cuentos de Ciencia Ficción* (Alfaguara, 1998) y *Ciberficción* (Alfaguara, 2002). En Axxón 151 hemos publicado "Las dramáticas aventura de Wozzek, el perro individual" y "Planetas" (dentro de "Ficción Breve nueve").

El hombre que leía la página siguiente

Víctor Martínez Martí

Nunca creí que un reencuentro con mis antiguos compañeros de clase llegara a afectarme tanto. Quisiera poder viajar en el tiempo, volver atrás y desechar aquella invitación, excusarme con un "estoy enfermo", un "no puedo ir" o, por qué no, un llano y simple "paso". Cualquier excusa hubiera sido buena. Pero no, incluso sin ganas fui, y ahora pago las consecuencias de no hacer lo que mi corazón me decía. Desde entonces ya no soy yo mismo. Ya no soy el chico alegre y burlón. Ya no tengo metas ni proyectos. Ya no soy nadie. Pero lo peor del asunto es que sé con la más absoluta certeza que nunca jamás volveré a ser siquiera una minúscula y tenue sombra de mi mismo proyectada sobre una superficie inestable. Ni siquiera eso. La seguridad de mis palabras o actos ha quedado reducida a nada, mis creencias desbordadas y mi cordura lucha sin cesar, aferrándose con las uñas a la realidad para no salir disparada.

Ahora soy un chico asustadizo, apenas pego ojo, y no cruzo más de cinco palabras al día. No salgo de casa y ni tan sólo puedo oír el nombre de la Ciudad, el nombre de la Capital, sin que me estremezca hasta los huesos. ¿Por qué tuve que asistir? Quizás fue el destino… Por supuesto, ¿cómo no iba a serlo después de todo?

Todo empezó con la típica charla por el chat. No es que yo fuera un adicto del chat, pero solía mantenerme conectado el mayor tiempo posible, por si alguno de mis amigos virtuales o no-tan-virtuales quería saber de mí sin hacer uso del móvil. Uno de mis contactos habituales, Fran, un antiguo compañero de la facultad, me informó de que se estaba organizando una cena de clase. Bueno, cuando digo cena de clase me refiero al grupo de colegas que más relación teníamos dos años atrás, antes de que la mayoría termináramos los estudios con unas notas más que mejorables. Luego fue Lucía la que me insistió, y tal vez fue ella la que me convenció. Porque una noche de juerga con los antiguos compañeros de facultad no me apetecía mucho, sobre todo por el rato de la propia cena. Sabía que hasta que no lleváramos alguna cerveza de más, uno por uno, iríamos contando qué había sido de nuestra vida, nuestra experiencia laboral y un sinfín de historias de las que ni me interesaba oír, ni de las que

tampoco me apetecía hablar. Pero el hecho de que Lucía asistiese a la cena era un "pro" que rivalizaba sobremanera con los "contras".

Pues sí, como podréis imaginar, la tal Lucía estaba de muy buen ver. Pero no era la típica chica mona, súper arreglada, tonta y sin cerebro. Además de guapa, alta y con buenas curvas, Lucía era la más simpática, inesperada, imaginativa y lenguaraz de las chicas que jamás había conocido. Siempre tenía tema para todos, y era un auténtico placer conversar con ella. Yo siempre la había definido como una "enciclopedia con patas", y si encima la enciclopedia tenía una encuadernación de lujo, ¿qué más podían pedir unos chicos como nosotros?

No obstante, y a decir verdad, Lucía no sería un objetivo sexual para aquella noche. Por aquellos tiempos yo todavía tenía novia, Elena, a la que quería con locura, y jamás pensé en hacerle una deshonra de tales dimensiones. No obstante, daba cierto morbo tener a Lucía cerca, y marcarse algún bailecito con ella a lo largo de la noche le hacía a uno sentirse bien. Además, también me apetecía ver cómo fracasaban mis compañeros "solteros" que le echarían los tejos sin llevarse de ella nada más que una picarona sonrisa. Aunque suene extraño, Lucía no tenía novio, nunca lo había tenido, y nadie entendió nunca por qué.

Finalmente les dije que sí, que iría, que contaran conmigo para aquel reencuentro universitario. Me cambié y cogí el cercanías para llegar a la Capital. Estaba a escasos quince minutos en coche, pero uno, que es ya gato viejo en estos temas, sabe que existen probabilidades muy altas de que acabada la noche no se esté en condiciones óptimas de conducir. Elena me dijo que si el sábado noche me iba yo con mis "amiguetes" de carrera, que entonces ella se iba al apartamento de Clara —una amiga íntima suya que vivía sola— y que me hiciera a la idea de que no la vería hasta el domingo por la tarde. Era perfecto, porque el domingo por la mañana pensaba dormir hasta la hora de comer.

Llegué en autobús a la gasolinera que más cerca quedaba de nuestra ya antigua Universidad, punto de reunión que en aquellos tiempos de clase y juergas dábamos como inalterable, así como la hora convenida: a las diez de la noche y con un tiempo de espera máximo de veinte minutos. Como si de un ritual de alguna tribu olvidada se tratase, a las diez en punto estábamos sólo tres: Fran, Galbis y yo mismo. Paulatinamente fueron llegando los demás, y no fue hasta las diez y veinte cuando apareció Lucía, Raquel, Juan y… ¿Alex?

Muchos fuimos los que nos quedamos atónitos con la llegada de Alex. Él no era uno de los habituales en nuestra cuadrilla. Había

venido alguna vez a alguna cena de clase, pero había sido en aquellas cenas multitudinarias, donde acudía todo aquél del curso que tenía ganas de fiesta. Y lo más impactante es que había venido solo.

Alex era uno de esos chicos “especiales”. Él no era de la Capital, ni tampoco de la Provincia. Durante la carrera, había estado compartiendo piso con otro chico que también era de fuera, y que también era “especial”. Ambos tenían una forma de vestir de lo más extravagante. Colores llamativos unos días o completamente negros otros, ropas rasgadas, transparencias, collares con pinchos, pendientes, piercings, gafas con cristales de colores, e incluso se les podía llegar a ver con las uñas pintadas o con ciertos toques de maquillaje facial. La verdad es que tanto Alex como su misterioso compañero de piso no tenían complejos de ningún tipo. Se rumoreaba incluso que entre ellos dos había algo más que una relación de amistad.

Pero allí estaba Alex sin su compañero, ataviado con unos pantalones de cuero negro, y un chaleco a juego, sin más, dejando así al descubierto sus abdominales y costillas, ambos bien marcados en su delgado aunque atlético cuerpo. Calzaba unas botas militares y, en uno de sus antebrazos, una muñequera con pinchos que le llegaba casi hasta el codo. Un sinfín de decoraciones metálicas como remaches y cadenas de todo tipo remataban el singular atuendo de Alex.

Intenté averiguar quién había invitado a Alex a nuestra cena, pero de todos con los que llegué a comentarlo, ninguno supo nada del asunto.

Una vez llegamos al bar, mi desdicha se hizo patente. Aquellas malas vibraciones que había tenido desde el principio cristalizaron cuando vi que todos se afanaban por sentarse cerca de Lucía, dejándome a mí a la otra punta de la mesa del bar. Maldije la hora en que dije que iba a aquella cena. Alex se sentó a mi lado. No sé si me supo peor este hecho, o el contemplar las risitas de mis compañeros, como pensando: “Pobre Dani, la que le ha tocado”. Casi sentí más lástima por Alex que por mí mismo. Alex era un buen chaval, y aunque hacía méritos para que la gente hablase de él, me disgustaba escuchar las indirectas y los cuchicheos en voz baja cuando se suponía que Alex no estaba prestando atención. Pero desde luego que lo estaba. Yo lo notaba.

Decidí darle algo de conversación, pues quizás así no se sintiera tan apartado del grupo como hasta el momento parecía estarlo. Me fijé en sus pins metálicos y uno de ellos me llamó poderosamente la atención. Representaba una criatura esférica,

carnosa, con un gran ojo en el centro, y una ancha boca repleta de colmillos. Tenía cinco extremidades en la parte superior, y todas y cada una de ellas terminaban en un ojo propio.

—Un Contemplador —le dije, señalando a la figurilla.

Alex me miró a los ojos y sonrió.

—Vaya, sabes lo que es… —dijo en tono de sorpresa.

—Por supuesto —le contesté con una sonrisa.

—¿Sabes? Cuando la gente lo ve me dice que es un pokémon.

No sé si fue porque el nivel de alcohol empezaba a ser notable, pero aquello me hizo reír de lo lindo. Visto otra vez, no me extrañaba lo más mínimo que cualquiera confundiese aquella criatura con un pokémon, y la verdad es que me hizo mucha gracia.

—Me gustan los Contempladores —me dijo—. Lo observan todo. No pierden detalle.

—Con tanto ojo no me extraña —bromeé.

—A éste le llamo Brinnak, y me informa de todo lo que pasa a mi alrededor.

—Guau.

Poco después, Alex se quitó su chaleco, quedando a piel descubierta todo su torso. Con aquella acción consiguió llamar la atención de toda nuestra mesa y de casi la totalidad del bar. En su espalda tenía tatuada una oscura bestia cornuda, con alas de murciélago y armada con una espada en una mano y un látigo de fuego en la otra. Todo él estaba rodeado de fuego. El tatuaje era aproximadamente de un palmo.

—¡Joder! —exclamé al reconocerlo—. ¡El Balrog de Moria!

Alex volvió a sonreír, satisfecho, como si yo acabara de superar una prueba.

—Mola, ¿eh?

—Por lo menos a ése no te lo confundirán con un pokémon.

—Pues no. A éste no. Me dicen que si es un demonio o algo así.

—Bueno —observé—, en cierto modo eso es lo que era para Tolkien, ¿no? Un espíritu demoníaco.

—Te veo muy metido en el tema…

—Bueno, desde que acabé la carrera que he estado leyendo bastante fantasía de este tipo.

Y aquello fue el detonante. Empezamos a hablar de autores, de juegos de rol, de libros, de leyendas y de películas del género. Una cosa llevó a la otra y cuando acabamos de cenar salimos de fiesta todos juntos, pero Alex no se separó de mí en toda la noche. Entre copa y copa, poco pude acercarme a Lucía y apenas cruzamos un par de palabras. Justo lo contrario que con Alex.

No recuerdo muy bien cómo acabó la noche. Y aquello me inquietó, pues nunca antes me había sucedido. Sin embargo sí recuerdo el día de después; lo recuerdo perfectamente.

Tocaban las doce y cuarto de la mañana cuando consulté mi reloj. Mi madre asomaba por la cabeza por la puerta de mi habitación.

—Dani, levántate ya. Ha venido un amigo tuyo a verte.

¿Amigo?, pensé. ¿Qué clase de amigo vendría a buscarme un domingo por la mañana a sabiendas de que había pasado la noche de juerga? Eso no se lo perdonaba ni a Elena. Con un esfuerzo sobrehumano conseguí despegar mi oreja de la almohada y poner los pies en el suelo. Fui directo al lavabo. Me aseé lo más rápido que pude y me puse presentable en un santiamén. Cuál fue mi sorpresa cuando al entrar al salón, junto a mis padres estaba él.

—Alex… —dije con el seco timbre de voz que uno tiene la primera vez que abre la boca después de levantarse.

Alex me miró, pero me flaquearon las piernas al contemplar a mis padres observando todas y cada una de mis reacciones. Supongo que haría cara de idiota. ¿Cómo no, cuando se presenta sin previo aviso un tipo con botas militares, pantalón fucsia, camiseta fosforito de tirantes, con el peinado-cresta a juego y que dice que es amigo tuyo delante de tus padres?

—Dani, tío —me dijo—. Habíamos quedado a las doce. ¿No te acuerdas?

—Eh… —balbucí indagando en mis recuerdos. Tras dos segundos de exploración mental contesté—: ¡Uf! —suspiré como si de pronto se me hubiera iluminado el cerebro—. No me acordaba.

—Eres un desastre, Dani —me acusó mi madre—. Algún día perderás la cabeza.

—Tu madre tiene razón —dijo Alex regodeándose—. Eres un caso perdido. Tienes que enseñarme tu colección de libros.

¿Enseñarle mi colección de libros? Desde luego que no me acordaba de nada de todo aquello, pero supuse que era cierto. ¿Por qué dudarlo? Yo nunca le hubiera invitado a mi casa en condiciones normales, pero como tenía ciertas lagunas acabé por admitir que

quizás hubiera hablado más de la cuenta. Ante aquel lamentable espectáculo decidí que lo mejor era mantener a Alex alejado de mis preocupados padres.

—Pasa —le invité—. Te enseñaré mis libros.

Alex levantó sus posaderas de la silla, pero más veloz fue mi madre.

—Dani —interpuso—. ¡Pero si tienes tu cuarto hecho un desastre!

Lancé un resoplido de desesperación. Siempre he estado en contra del matrimonio —aunque Elena y yo nos lleváramos de maravilla—, pero había momentos como aquél en los que desearía fervientemente estar casado con piso propio y lejos del continuo control paternal.

—Mamá… Da igual.

—Tranquila señora, debería usted ver mi cuarto —terció Alex —. Seguro que el de Dani está más presentable que el mío.

Mi madre abrió los ojos como platos al escucharle, y sé perfectamente lo que le pasó por la cabeza. Desde luego que mi madre sería capaz de reconvertir a Alex si vivieran una semana bajo el mismo techo. Estoy seguro.

Dejando con un palmo de narices a mis padres en el salón —y éstos lamentando no haber instalado una cámara oculta en mi cuarto—, Alex y yo nos adentramos en el pasillo. Alex parecía inspeccionar minuciosamente todo cuanto veía alrededor, y aquello me inquietó.

Una vez en mi habitación fui directo al grano. Si quería ver mi colección de libros de fantasía lo mejor era acabar rapidito. Cuanto menos tiempo estuviera con él, mejor.

—Aquí tienes mi humilde biblioteca. No es muy grande que digamos. —Era verdad.

Alex asintió levemente con la cabeza y la inspeccionó de cabo a rabo.

—Es corta, pero intensa —añadió él alcanzando el primer volumen de ***El Señor de los Anillos***—. Tienes muchas obras de arte aquí. —Y sin hojearlo siquiera recitó uno de los textos—: *No puedes pasar. Soy un servidor del Fuego Secreto, que es dueño de la llama de Anor. No puedes pasar. El fuego oscuro no te servirá de nada, llama de Udûn. ¡Vuelve a la sombra! No puedes pasar.*

Yo sabía perfectamente a qué fragmento de la historia se refería. En el puente de Kazad-dûm, Gandalf el Gris le dedica esas

palabras al terrorífico balrog, que era la misma bestia demoníaca que Alex tenía tatuada en la espalda. No pude resistir la curiosidad y le arrebaté el libro de la mano. ¿Sería posible que lo hubiera dicho exactamente como estaba reflejado en el libro? Busqué la página y localicé el fragmento. Lo leí para mí y me pareció que sí, que Alex se lo sabía de memoria. Le pedí que me lo repitiera, y así lo hizo. Yo leía al son de sus palabras y me quedé con un palmo de narices. Lo había clavado.

—¿Tienes memorizado algún otro fragmento? —le pregunté.

—Oh, sí, me sé muchos de ese libro y algunos de otros autores.

Y entonces me recitó parte de la conversación que mantuvo Bilbo con Gollum, del libro ***El Hobbit***. Tomé en mis manos ese ejemplar que también tenía y había leído. Volvió a clavarlo, tal y como estaba escrito.

—Creo que podría reescribir la obra de Tolkien, ¿no te parece?

—Sí —le dije con convicción. Ahora entendía por qué las notas más elevadas de nuestra promoción solían recaer sobre Alex. Tenía una memoria fantástica. La verdad es que me piqué y le lancé un reto imposible—. ¿Serías capaz de recitarme el discurso entero de Bilbo en su ciento once cumpleaños?

Los ojos de Alex centellearon a sabiendas que era una prueba imposible.

—Lo haré… —afirmó sin embargo, pero dejando la frase a medias a propósito para ver mi reacción—. Pero sólo si me dejas localizar la página y verla por encima.

—De eso nada —le dije rotundamente—. Si te lo lees antes no tiene…

—No, no… —me interrumpió—. Sólo quiero localizar la página. Y otra cosa —añadió—, me gustaría leerme la página anterior para ponerme en situación. Sólo eso y te recitaré tanto que vas a flipar.

De todos modos era imposible, así que, ¿por qué no aceptar sus condiciones?

—De acuerdo.

Cogí el libro y busqué la página donde Bilbo empezaba su discurso. Se la mostré a Alex sólo durante dos segundos y luego fui yo quien la inspeccionó. Me percaté de que el discurso estaba partido en varios tramos, cosa que no recordaba, y que ocupaba en su totalidad tres páginas. De todos modos, Alex había asumido el

reto y me pidió leerse la página anterior. Pasé yo mismo la página y le ofrecí el libro, pendiente de que no pasara la hoja. Alex estuvo unos instantes leyendo en silencio, aparentemente, aquella página preludio del discurso del Hobbit más viejo de la Comarca. Poco después, con su mirada aún clavada sobre aquella página empezó a recitar:

—*Mi querido pueblo…Mis queridos Bolsón y Bofin, y mis queridos Tuk y Bolder, y Brandigamo…*

No daba crédito a mis oídos. No podía estar inventándoselo, ni tampoco leyéndolo y mucho menos recordarlo, pero sus palabras me sonaron tan nítidas y elocuentes que sólo podían ser textuales, a pesar de que su discurso no era del todo fluido.

—*No conozco a la mitad de ustedes* —continuaba, ya en mitad del discurso—*, ni la mitad de lo que querría, y lo que yo querría es menos de la mitad de lo que la mitad de ustedes merece.*

Poco después se detuvo, recitando ya con un evidente esfuerzo mental que hasta ahora no había mostrado, hasta que finalmente detuvo su voz.

—¿Hasta ahí? Bueno, no está mal… —dije haciéndome el inflexible, mas luego recapacité. Era toda una hazaña—. ¡Ha estado genial!

—¿No quieres que siga?

—¿Me estás diciendo que puedes seguir? —yo ya no sabía si era capaz de sorprenderme todavía más.

—Si me dejas que pase la página, continuaré.

—Adelante —le dije.

Alex pasó la página y aparecieron ante nuestros ojos las dos páginas donde todo lo que él había dicho estaba escrito con pulcra exactitud. Con toda seguridad, el texto que le faltaba por citar estaba ahora en la página de atrás. Alex volvió a clavar la mirada en el libro y continuó con su demostración.

—*… como ya dije, esto es el fin. Me voy. Les dejo ahora. Adiós* —terminó, cerrando el libro.

No me molesté en comprobar si había sido exacto, pues algo en mí lo sabía a ciencia cierta. Estuve absorto unos segundos, pero en el fondo le buscaba posibilidades razonables a aquella insólita demostración. Al instante creí haber dado en el clavo. Alex sabía de sobras antes de venir a mi casa que yo tenía "El Señor de los Anillos", pues anoche hablamos de ello, sin duda. Luego él habría tramado todo esto para impresionarme. Se habría aprendido algunos fragmentos del libro, si no es que se sabía alguno de ellos de

antemano. Y sobre el discurso de Bilbo, seguro que se lo había estudiado entero aquella mañana antes de verme. Él se lo sabía de cabo a rabo desde el principio y había montado el numerito de pasar las hojas para despistarme. Y de algún modo supo que le preguntaría por el discurso de Bilbo. ¿Quizás me comentase él aquella noche algo al respecto? ¿Algo que sólo lo recordara mi subconsciente entre aquellas lagunas mentales y que me impulsara a proponérselo a Alex? Todo empezaba a cuadrar en mi cabeza, no sin dejar de asombrarme aquella posibilidad. Me encajaba todo menos una cosa. ¿Con qué propósito se había esmerado tanto Alex en impresionarme con tanta parafernalia? Ninguna de las respuestas me tranquilizaba.

Aún así, me hice el loco y le seguí la corriente, por ver si esclarecía sus intenciones, o podía llevarle a algún contrasentido que lo desarmara.

—¿Por qué necesitaste pasar la página? —le pregunté—. Ni siquiera llegaste a hojear la siguiente.

Alex me miró fijamente, pensé que iba a darme alguna excusa barata. Según lo que me había dicho poco antes, leía la página anterior para ponerse en situación, sin embargo, ¿para qué necesitaba leer las páginas que tan sobradamente él había recitado? Ante mi sorpresa, me dijo:

—¿Quieres que te cuente un secreto?

Aquello me pilló desprevenido. Los verdaderos secretos se cuentan a los verdaderos amigos, y yo no le consideraba uno de ellos, ni mucho menos. Todo lo que se me ocurrió es que Alex continuaba llevando la batuta desde la noche anterior, y que incluso la conversación de aquella mañana se había estado desarrollando como él lo había planeado. Y en mi mente se repitió de nuevo la eterna pregunta: ¿Por qué?

Me encogí de hombros, dándole a entender que me daban igual sus historias, pero él lo ignoró.

—¿Nunca te has sentido especial? ¿Diferente de los demás? —me preguntó. Yo callé intentando asimilar qué era lo que me estaba contando. Mi silencio le instó a continuar—. Yo siempre lo he sentido, Dani, todo empezó en la adolescencia cuando…

Ahí me vi atrapado. Creí adivinar sus intenciones y decidí pararle los pies de inmediato.

—Pues yo no —dije tan rotundo y alterado que hasta mis padres debieron oírme—. Siempre he sido un chico de lo más normal. Además tengo novia y…

—¿Que tienes novia? —dijo algo anonadado. Tardó luego un poco en reaccionar y luego me dijo—: Pues vaya, chico, me alegro por ti. —Unos segundos más tarde, que por cierto se me hicieron eternos, Alex añadió algo nuevamente extraño—: Me alegro que te hayas recuperado tan pronto de aquel duro golpe, Dani, en serio.

—¿A qué te refieres? —pregunté, intrigado.

—¿No perdiste a tu novia en un accidente de tráfico?

—No —le contesté serio y repugnado por la idea. ¿Había querido liarse conmigo pensando que estaba libre gracias a la muerte de mi novia? ¿De dónde había sacado todo eso?

—Pues no sé por qué, yo estaba convencido de ello. Quizás le había pasado a alguien de nuestro curso y creí que eras tú. Bueno, entonces mejor así, chico.

Sus palabras me sonaron tan extrañamente sinceras que no decidí echarle de mi casa todavía.

—Lo que intentaba decirte —continuó—, es que creo que tengo un don.

Desde luego que lo tenía, pensé yo. Tenía una capacidad memorística envidiable, el don de tramar lo intramable, y la gracia innata de parecer repelente cuando se lo proponía.

—¿Un don? —pregunté, a pesar de mis pensamientos.

—Sí, una habilidad especial, un poder.

—¡Venga ya! —le dije, ya sin la simpatía de momentos antes —. Como el de un superhéroe, ¿no?

—Sí, más o menos —respondió como si no hubiera captado mi sarcasmo.

—¿Y cuál es si puede saberse? ¿Escupes ácido, trepas y puedes tejer tu madriguera en el techo?

Para mi sorpresa, Alex rió divertido, y me contestó:

—No, no —dijo entre risas—. Ojalá.

Yo no dije nada. Me limité a observar sus reacciones. Empezaba a darme verdadera lástima.

—No sé exactamente qué es, ni para qué puede serme útil —continuó decidido a contarme su paranoia.

Mas fue entonces cuando le pareció percibir mi desinterés y calló por completo. Era como si me estuviera preguntando con la mirada si realmente yo quería escuchar lo que tuviera que decirme. De nuevo sentí lástima de él. Al fin y al cabo, pudiera ser que no estuviera del todo en sus cabales, así que intenté mostrar un mínimo

de interés.

—Continúa… —le insté, pero ahora la sombra de la duda apareció en su semblante, como si no confiara en mí. Entonces aflojé por completo. O Alex era un excelente actor, o tenía realmente miedo de revelarme su más íntimo secreto. ¿Alex el "*sin complejos*" ? ¿El "*me importa una mierda lo que piensen los demás*" ? Fuera lo que fuese, tenía que saberlo; la curiosidad me invadió por completo.

—Confía en mí —volví a tentarle, haciendo un esfuerzo por mostrar mi máxima sinceridad.

—Está bien… —dijo no demasiado convencido—. Resulta que cuando leo un libro y llevo varias páginas, ya sabes… Cuando te gusta un libro y te sumerges en él y te olvidas del mundo en el que vives…

—Sí, sí, te entiendo.

—Pues eso, que pierdo un poco la noción del tiempo. A ti te pasará lo mismo, ¿verdad?

Yo asentí, y el siguió. Desde luego que no se trataba sólo de eso.

—Entonces, llega un momento en que lo que estoy leyendo me suena. Es como si ya lo hubiera leído. Es más, en ese momento pienso en cómo creo que continúa la historia, y la adivino hasta cierto punto. Como te digo, que leo y es como si ya lo hubiera leído instantes antes.

—Bueno… —intervine—. Tal vez sí lo leíste antes.

—No, no… Ocurre también con libros que nunca antes había leído.

—Ya, pero me refiero a que cuando pones el piloto automático en la lectura, cuando ya no eres consciente de que existen palabras, líneas y párrafos, tal vez, inconscientemente, cuando vuelves al mundo real, vuelves unas líneas más arriba. Entonces sigues leyendo y todo te suena, porque ya lo has leído antes, pero no te acuerdas de haberlo hecho.

—No. No se trata de eso.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque sé perfectamente de qué se trata.

—¿Entonces?

—No se tratan de unas simples líneas más adelante, ni siquiera de un párrafo, sino de la página siguiente.

—¿Qué? —dije estupefacto. Eso desmontaba mi hipótesis. Resultaría inverosímil que Alex pasara la página atrás sin darse cuenta.

—Como oyes. Me costó entenderlo y desarrollarlo, pero te aseguro que soy capaz de leer la página de después de los libros. Mientras leo una, los caracteres aparecen en mi mente como si los tuviera escritos delante de mis ojos.

—Pero, ¿cómo es posible?

—Eso es lo que no sé.

—No puede ser.

—Pues lo es —aseguró, y volví a creer que todo esto era un montaje para confundirme y ganarse mi confianza. Él pareció leerme la mente—. No me crees.

—Demuéstramelo.

—¿Es que no lo has visto? Te he leído el discurso de Bilbo a partir de las páginas anteriores.

En eso tenía razón. Ya me lo había demostrado, pero seguía habiendo probabilidades altas de que se lo tuviera todo estudiado.

—Sí, eso parece. Pero recuerdo que ayer me dijiste que te habías leído "El Señor de los Anillos" cuatro veces. ¿No será que te acuerdas de casi todo?

—Está bien. Trae otro libro y te lo demostraré.

Fui al estante y cogí "El Elfo Oscuro". Lo abrí por una página al azar y se lo di a Alex. Empezó a leer, y tras un par de frases le ordené que se detuviera. Pillé el libro y pasé a la página siguiente. No daba crédito a mis ojos. Allí estaban aquellas oraciones escritas tal y como él las había pronunciado. ¿Sería posible que se supiera de memoria aquel libro también? No podía ser, pero al mismo tiempo tampoco podía ser lo contrario, y la duda me corroía como hambrientas termitas. Salí de mi cuarto, fui directo al salón y tomé el primer libro que encontré a mi paso. "Cocinar con Microondas", fue el ejemplar que el azar llevó a mi mano.

—¿Va todo bien, Dani?

Era la voz de mi padre. Ni siquiera los había visto, a él y a mi madre, cuando entré. Estaba tan obsesionado que los había ignorado por completo. Volví la cabeza para responderles y fue entonces cuando me percaté de que el televisor estaba en marcha, pero con el volumen al mínimo.

—Todo bien —les dije.

Volví a mi cuarto. Alex permanecía sentado en aquella silla

dónde lo había dejado. Le tendí el libro de cocina, desafiante. Él lo cogió y lo abrió por donde quiso, aparentemente por una página cualquiera, y empezó a describirme, con todo lujo de detalles, cómo se cocinaba una lubina en un microondas. Información que, como terriblemente descubrí, se hallaba en la página siguiente.

—No es posible… —balbucí primero, pero luego un sentimiento extraño se apoderó de mí.

Volví por más libros. Apretaba las mandíbulas y mis movimientos fueron rápidos. No sé si estaba enfadado o no, pero desde luego estaba muy alterado; había presenciado algo que no encajaba con lo que se supone que es normal. Esta vez no presté la más mínima atención a mis padres. Si algo me dijeron, desde luego, no llegó a mis oídos. Le eché tres libros encima de la mesa con la mirada más desafiante que antes. Eran de temas muy diversos, y era imposible que se los hubiera leído. Él los abrió de nuevo y, uno tras otro, leyó el contenido textual de la página siguiente.

—No es posible… —volví a decirme a mí mismo, pero no podía más que aceptarlo.

—Pero lo es, Dani. Ése es mi don.

—¿Y cómo puede ser?

—La pregunta no es el cómo, sino el por qué. El para qué.

—¿Qué?

—Esta claro que existe una entidad superior a nosotros, Dani, que me ha otorgado este don. Lo que no sé es con qué fin. No sé qué propósito puede tener esta extraña habilidad mía.

—No puede ser… —me repetía yo una y otra vez.

Aquello que estaba oyendo era descabellado, pero ¿había una explicación mejor? Ya no sabía qué creer. Mi cabeza no sabía encontrar un razonamiento válido, atrapada en un laberinto de ideas que se estrellaban siempre en el mismo muro. Era todo tan increíble, tan absurdo, y tan real… Recuerdo que me mareé y perdí el equilibrio.

—¿Estás bien, Dani? —me dijo Alex mientras me sujetaba.

—No… No lo estoy —le dije—. Esto es absurdo… Es…

En aquel momento entró mi madre. Su rostro reflejaba una enorme preocupación por lo que estaba viendo.

—Será mejor que me vaya —dijo Alex. Yo cabeceé un “sí” aturdido.

Todavía estaba atontado y flojo, y cuando Alex salió de casa, mi madre me dijo que debía tratarse de una bajada de tensión. Me

recuperé al cabo de un rato. A las dos y cuarto, me comí el arroz con desgana. Mi cuerpo estaba allí pero mi mente estaba todavía en otro lugar, desconcertada en sus cavilaciones imposibles. Mis padres me hicieron un par de preguntas acerca de Alex, pero cuando se dieron cuenta de que nada iban a sacar en claro, me dejaron estar.

Volví a mi cuarto y me encendí el ordenador. Fui directo al icono del Tetris y me puse a jugar. Solía jugar a aquel antiguo juego para relajarme. Era un juego simple, pero me ayudaba a pensar. Mi mente racional empezó a hacer sus cábalas y, tras unas largas partidas, se me iluminó una lucecita en la cabeza. ¡Pues claro! ¿Cómo no había caído antes?

La respuesta me pareció entonces evidente. Alex no tenía un don; tenía una jeta impresionante. Las hojas suelen transparentar un poco y dejan ver parcialmente el contenido de la página de detrás. Es complicado leer del revés y con el texto de la página de delante entorpeciendo tu visión pero, seguramente, cogiendo un ángulo de luz adecuado, levantando levemente la hoja y, sobre todo, con mucha práctica, podría hacerse. De hecho, Alex no leía con fluidez, después de todo. Era una habilidad muy buena, eso tenía que reconocerlo, pero estaba lejos de ser el don sobrenatural que Alex había intentando venderme. Entonces me lo imaginé tronchándose de la risa, burlándose de lo imbécil que yo había sido tragándome todo aquello. Aún así, quería comprobarlo, y cogí un libro para ver hasta qué punto era complicado conseguirlo. Lo abrí, pero cuando aún no pude ni clavar los ojos en sus páginas, entraron mis padres. Recordaré eternamente sus miradas de zombis en el umbral de la puerta.



Ilustración: Endriago

—Dani, tenemos que hablar…

La voz temblorosa de mi padre y sus ojos enrojecidos no hacían presagiar nada bueno. Se respiraba el horror… Lo percibí de inmediato. Las palabras que luego oí de su boca llegaron hasta lo más profundo de mi ser, mucho más de lo que ellos nunca podrán imaginar. A mí, sin embargo, me convirtieron en la desdicha humana que soy, porque entendí en aquel momento en qué consistía

exactamente el terrible poder que tenía Alex. Y sin duda, si yo no hubiera ido a aquella cena, la desdicha no hubiera ocurrido. Estas fueron sus palabras textuales.

—Se trata de Elena. Venía para acá con el coche y ha tenido un accidente. La hemos perdido.

Víctor Martínez Martí nació el 17 de junio de 1976 en Ontinyent, Valencia. Sus aficiones, desde siempre, han sido el dibujo —artístico y técnico—, el cómic y la informática. Hizo la carrera de Ingeniero Técnico en Diseño Industrial en la Universidad Politécnica de Valencia y ha ejercido de profesor en una academia de Diseño Gráfico por Ordenador. En materia de literatura fantástica dice que, aunque peque de poco original, sus autores favoritos son Asimov y Tolkien, cada uno en su campo. Apenas ha comenzado a publicar relatos, pero ya hay algunos en *Tierra de Leyendas,* y *Aurora Bitzine* le publicó "R. Halloween". Ha escrito los dos primeros volúmenes de una trilogía de fantasía épica que espera ver publicada muy pronto. No es poca cosa.

Apolvenusina

Yoss

*A Pedro Cabiya, por su **Madreperla**, el original.*
Este es solo un descarado plagio en clave de CF.

¿Su sueño es parecerse a una estrella de cine, un cantante o un deportista famoso? ¿Opina que su rostro o su cuerpo no son perfectos? ¿Qué le sobran centímetros de nariz o de talle, que le falta seno, espaldas o estatura? ¿No está satisfecho con el color de sus ojos, su cabello o su piel?

Si está cansada de llevar tacones altos y sujetadores con relleno; si no tiene tiempo, deseos o constancia para sufrir dietas o sudar en el gimnasio; si es alérgico a los lentes de contacto cosméticos, los tintes y las pelucas o demasiado perezoso para usarlos; si la cirugía estética lo asusta…

Apolvenusina puede ser la respuesta a todas sus insatisfacciones.

Coloque una píldora bajo la lengua, concéntrese durante cinco segundos en el aspecto que desea tener y luego escúpala. Mírese ahora al espejo. La metamorfosis lo dejará estupefacto… ¡y totalmente satisfecho!

Aspecto pensado, ¡aspecto logrado! **Apolvenusina** lo hace.

Su ingrediente activo modifica casi instantáneamente los cromosomas de su código genético y el fenotipo por ellos determinado hasta igualar la imagen corporal que usted haya previamente elegido. La metamorfosis es definitiva e irreversible.

Miles de mujeres son ahora felices dobles clónicas de Shakira, Britney Spears o Julia Roberts gracias a la magia de ***Apolvenusina***.

Miles de copias de Brad Pitt, Mel Gibson y Justin Timberlake caminan hoy orgullosos por el mundo después de haber usado *Apolvenusina*.

Si quiere usted tener la cara de Catherine Zeta Jones, los senos de Pamela Anderson y las piernas de Cher ¡pruebe ***Apolvenusina***!

Si su sueño son los músculos de Arnold Schrwarzenegger y el rostro de Steve Tyler ¡***Apolvenusina*** obrará el añorado milagro!

El dios Apolo y la diosa Venus habrían usado ***Apolvenusina***. ¿Por qué no usted?

¡No se necesita receta médica! ¡Pídala HOY a su farmacéutico o distribuidor!

CIRCULAR 23-MK-00034

Apolvenusinaes una marca registrada Bayer-Bell-NASA.

Por Orden de la Comisión Internacional para Medicamentos y Narcóticos, el trust comercializador está obligado a adjuntar el siguiente folleto de instrucciones a cada embalaje comercial o muestra gratuita del producto, lo mismo que a todo anuncio, publicidad o instrucción relacionada con el almacenamiento, venta o uso de la sustancia Metamorfosato de Ultragenina-Beta III, ingrediente activo de la ***Apolvenusina***.

Apolvenusina se comercializa exclusivamente en frascos de 20 tabletas. Rechace cualquier envase que contenga un número superior o inferior de píldoras o grageas, cuyo sello de fábrica falte o esté roto o no se presente acompañada de este manifiesto.

La venta y/o distribución de ***Apolvenusina*** sin el siguiente documento constituye un delito según la circular federal 23-MK-00034 y puede ser penada con multas de hasta 25.000 dólares y privación de libertad de hasta 5 años, o ambas.

Si usted tuviese conocimiento de cualquier material publicitario que fomentase la venta de ***Apolvenusina*** sin dicho manifiesto, tiene la obligación de reportarlo con la mayor brevedad posible. De lo contrario podrán formularse en su contra cargos por complicidad en el delito de engaño al consumidor.

La empresa publicitaria o editorial o cualquier otra persona legal implicada directa o indirectamente en el diseño y/o distribución de material propagandístico sobre ***Apolvenusina*** que careciese del ya citado manifiesto podrá ver clausurados y/o confiscados sus activos, amén de ser penalmente acusada del delito arriba citado.

Ninguna parte de este manifiesto podrá ser modificado en su sintaxis, vocabulario o puntuación, so pena de enfrentar los cargos ya mencionados.

ADVERTENCIA:

Lea cuidadosamente estas instrucciones antes de utilizar ***Apolvenusina*** y sígalas al pie de la letra. No han sido redactadas para causarle molestias innecesarias; su objetivo es protegerlo de las posibles consecuencias secundarias desagradables del uso de este revolucionario medicinal.

Mantenga la ***Apolvenusina*** alejada del alcance de los niños y mascotas.

RECOMENDACIONES PARA EL EMPLEO:

Para facilitar una mejor concentración en los rasgos anatómicos deseados, recomendamos el empleo de una gragea de ***Apolvenusina*** para la transformación de cada rasgo corporal deseado, así como utilizar fotos o videos como apoyo para su imagen mental.



Ilustración: Aradano

El tiempo de permanencia bajo la lengua no debe superar los cinco segundos exactos. Aconsejamos el uso de un cronómetro digital fiable y con baterías nuevas. El lapso debe ser medido a partir del momento exacto en que la píldora haga contacto con la mucosa sublingual. La expulsión, una vez ejercido su efecto, debe efectuarse con un esputo enérgico y decidido. Recomendamos una previa ejercitación con grageas placebo del mismo peso, consistencia y volumen. Bayer-Bell-NASA suministra gratuitamente un frasco de las mismas a todo comprador de ***Apolvenusina***.

Desconsejamos vivamente que ***Apolvenusina*** se utilice en presencia de otras personas. Estas podrían representar un factor de distracción e influir negativamente en el resultado final. Por otra parte, si el tiempo de permanencia sublingual llega a seis o siete segundos, al escupir la píldora utilizada se expele también un gas genéticamente específico, inocuo para el que la usó pero a menudo letal para cualquier otro ser humano que se encuentre a menos de diez metros de distancia.

Mantener 8 ó 9 segundos bajo la lengua la gragea de ***Apolvenusina*** ocasiona en un 80% de los casos la regresión total o parcial de los genitales masculinos o femeninos. En el otro 20% no se produce degeneración anatómica de los órganos reproductivos, pero sí esterilidad irreversible.

La exposición de la mucosa sublingual por 10 segundos o más a la ***Apolvenusina*** suele provocar la aparición del mal de Hoptchkins, melanomas, linfomas u otros tumores malignos, generalmente no operables.

CONTRAINDICACIONES:

No utilice ***Apolvenusina*** si:

—Alguna vez en su vida ha consumido alguna de las siguientes drogas: café, marihuana, opio y sus derivados, o cocaína.

—Durante los últimos cinco años ha bebido más de 50 ml de alcohol o fumado más de 5 cigarrillos al día.

—Tiene menos de 14 años.

—Está empleando algún anticonceptivo hormonal.

—Consume regularmente medicamentos contra la gastritis, la cefalalgia o la diabetes.

—Ha tenido relaciones homosexuales durante los últimos seis meses.

—Ha viajado alguna vez al espacio cósmico.

Consulte a su médico antes de emplear ***Apolvenusina*** en caso de que sufra de acné, anosmia, sordera, otitis, ceguera, conjuntivitis, miopía, hipermetropía, astigmatismo, retinosis pigmentaria, tartamudez, labio leporino, paladar hendido y/o problemas de ortodoncia.

Se desaconseja enérgicamente el uso de ***Apolvenusina*** a los pacientes bajo tratamiento psiquiátrico con barbitúricos, anfetaminas u otros antidepresivos.

Si se le ha diagnosticado sicklemia, fenilcetonuria, hemofilia, xerodermia pigmentaria o albinismo, manténganse más de 10 metros de distancia de ***Apolvenusina*** o cualquier otro preparado que contenga Metamorfosato de Ultragenina-Beta III.

No permita ningún contacto de sus tejidos corporales con ***Apolvenusina*** si:

—Consume preparados a base de esteroides o cortisona, o los ha consumido hasta hace menos de dos semanas.

—Presenta síntomas de catarro o gripe.

—Es alérgico al huevo.

—Se encuentra sometido a una dieta de menos de 2500 calorías diarias.

—No ha padecido de sarampión, varicela u otras enfermedades autoinmunizantes.

—Ha sufrido la extracción de uno o varios dientes hace menos de un mes.

No utilice ***Apolvenusina*** conjuntamente con agua efervescente, Coca-Cola, Pepsi-Cola u otra bebida gaseada que contenga dióxido de carbono.

Suspenda por completo el uso de ***Apolvenusina*** si:

—Sufre reacciones alérgicas como oscurecimiento, enrojecimiento o aparición de lesiones vesicosas de la piel. También parpadeos descontrolados, parálisis muscular tetaniforme, vómitos crónicos, hemorragias nasales, diarrea o impotencia.

—Experimenta pérdida del apetito o estreñimiento.

—Presenta calambres o parálisis faciales totales o parciales.

—Sus dedos comienzan a unirse por una membrana interdigital de color púrpura.

—Desarrolla sensibilidad visual a los rayos gamma.

—Aparece sangre en su orina o heces fecales.

—Sus deyecciones conservan la movilidad después de abandonar su recto intestinal.

—Empieza a sentirse como un excremento.

—Sufre una pesadilla recurrente y totalmente absurda en la que heces fecales inteligentes provenientes del planeta Beta III de

una dimensión paralela, con manos dotadas de membranas interdigitales de color púrpura y ojos solo sensibles a los rayos gamma, le informan que se proponen conquistar La Tierra como venganza al robo continuado de sus huevos, que serían las grageas de ***Apolvenusina***.

No mencione los nombres de Albert Einstein o Paul Dirac a menos de diez metros de distancia de cualquier píldora de ***Apolvenusina***.

No se burle JAMÁS de ***Apolvenusina.*** NINGUNA distancia es segura.

¡MUY IMPORTANTE!

El ingrediente activo de ***Apolvenusina***, Metamorfosato de Ultragenina-Beta III, es una proteína levógira supercompleja cuya estructura espacial fue copiada de un universo alternativo por la NASA y los Laboratorios Bell durante sus experimentos con el Portal Transdimensional Controlado.

Utilizada correctamente, ***Apolvenusina*** soluciona la fealdad, la monotonía anatómica y la baja autoestima. Su uso indebido, sin embargo, puede ocasionar consecuencias como la degeneración total o parcial del esqueleto y/o de la piel, la caída de la nariz y los ojos y otras que dañen de modo grave e irreversible su apariencia personal y su salud.

A esta altura de los hechos, hablar de Yoss es absolutamente superfluo. Sólo marcaremos algunos de los trabajos de este escritor cubano nacido en La Habana en 1969 que fueron publicados en Axxón: “Destrúyenos porque nos amas” (94), “El tiempo de la fe” (97), “El arma” (106), “La performance de la muerte” (110), “Las chimeneas” (113), “Ese día” (128), “El primer viaje de la ‘Argonauta’” (132), “Kaishaku” (142), “La cumbre de la respuesta” (150)… y hay más. Y si les parece poco, estamos en condiciones de anunciar que hay otros cuatro (cuatro) relatos esperando…

El bramido del Minotauro

Marcelo Dos Santos y Alejandro Moia

Los reyes del Mediterráneo

Posiblemente una de las culturas más ricas, interesantes y trascendentes de la Antigüedad, y también una de las menos estudiadas y comprendidas, sea la civilización minoica, así llamada por el mítico rey Minos, aquel célebre propietario del laberinto donde acechaba el Minotauro.

Los minoicos florecieron en la isla de Creta desde alrededor de 3000 a.C., y hoy se los considera representantes de uno de los estadios de la Civilización Egea.

Con toda seguridad, debemos la mayor parte de nuestro conocimiento de los minoicos al arqueólogo británico Arthur Evans, que, entre otros logros, dividió para su estudio a la cultura minoica en tres períodos: Minoico Temprano (de 3000 a 2200 a.C), Minoico Medio (de 2200 a 1500 a.C.) y Minoico Tardío (de 1500 a 1000 a.C.). Los tres períodos abarcan de principio a fin la Edad de Bronce completa en el Mediterráneo.

Como toda gran civilización, la minoica dependió tanto de sus comerciantes como de sus estadistas y guerreros; el lento ascenso de su cultura desde el Neolítico hasta el esplendor de Minos se debió a la oportuna importación de metales en un precoz estado del desarrollo de su sociedad: en efecto, parece ser que los minoicos fueron los primeros mediterráneos en pasar de la cultura lítica a una avanzada metalurgia del bronce. A este desarrollo se sumó la aparición de un sistema de escritura jeroglífica, seguido,ya en el Minoico Medio, por otro denominado el Minoico Lineal A, de naturaleza pictográfica.

Así, antes de 2000 a.C. los cretenses disponían ya de todo lo que necesitaban para medrar y florecer: una importante industria metalúrgica mientras sus vecinos vivían prácticamente en la Edad de Piedra; un lenguaje escrito cuando sólo sumerios y egipcios habían desarrollado semejante cosa; grandes palacios en sus ciudades de Cnossos y Festos, cerámicas, tallas del marfil y la madera, y el talento de sus navegantes comerciales. Con todo ello, el poder minoico comenzó a extenderse y a dominar el Mediterráneo.

Al pasar el tiempo, un nuevo sistema de escritura, el Lineal B, apareció en Cnossos. Este lenguaje parece mostrar influencias de los

griegos micénicos.

Evans, el elegido



Sir Arthur y los tesoros de Creta

El arqueólogo que nos ha legado Creta para lo posteridad, Sir Arthur John Evans, nació en Inglaterra en 1851. Era hijo del célebre arqueólogo Sir John, y se graduó en las universidades de Oxford y Göttingen con honores.

La relación de Evans con Creta comenzó cuando una mano anónima donó siete sellos de piedra al Museo Ashmoleano de Londres, del cual Sir Arthur era curador. Los artefactos fascinaron al experto de tal modo, que viajó a Atenas en 1893 para comprar más.

Muchos de aquellos sellos estaban cubiertos de escritura (la que más tarde se llamó “Lineal A” y “Lineal B”) y no provenían de Grecia sino de Creta. Evans llegó a Creta al año siguiente, y comenzó a coleccionar seriamente los sellos cretenses.

Hasta este momento, se creía que no había habido ninguna civilización indígena en la isla, y que los habitantes habían sido simplemente miembros de la cultura egea aposentados allí.

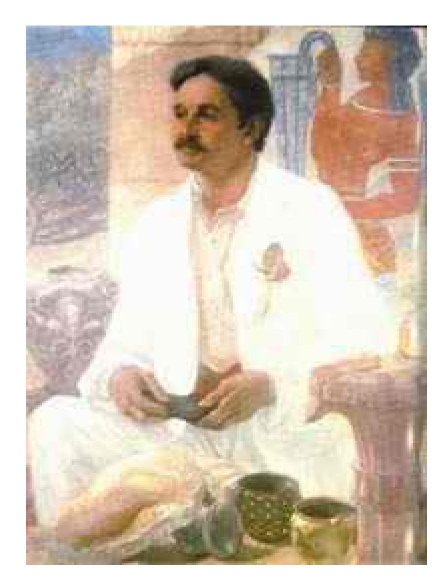
En 1899, Sir Arthur se compró una gran casa en Creta, y fue a vivir allí. Ciertos indicios sugirieron a sus ojos de arqueólogo que había estructuras enterradas en su propiedad, y el inglés pasó los siguientes ocho años de su vida excavando en su propia casa.

Los primeros descubrimientos lo abrumaron: **bajo su domicilio descubrió un inmenso y lujoso palacio de la Edad de Bronce, repleto de tablillas de arcilla escrital en Lineal A y B.** Menudeaban por allí los impresionantes frescos y las cerámicas (muchas de ellas intactas) y en ese momento Evans se dio cuenta de que las teorías anteriores estaban equivocadas: en una época en que los griegos vivían en chozas (excepto en Micenas), los cretenses poseían una avanzada y refinada cultura palaciega.

Evans bautizó a esta civilización "minoica" y dedicó, prácticamente, el resto de su vida a investigarla. Regresó a Creta en 1926 y 1931 y continuó excavando. Los estudios de Evans sobre Creta y los minoicos nunca se detuvieron, y siguió escribiendo libros y artículos sobre el tema hasta su muerte en 1941, a la avanzada edad de 90 años.

No sólo se lo considera el descubridor de la cultura cretenese, sino de la naturaleza pictográfica del sistema de escritura minoico.

Pero lo que más nos interesa es su célebre teoría sobre la caída de esta increíble civilización.



Retrato de Arthur Evans

La destrucción y el misterio

Hacia el final de período medio, Cnossos fue destruida por primera vez, y todos sus lujosos palacios, así como los de Gurnia y Cidonia (actual Khánia), fueron arrasados y desparramados por los fértiles campos.

El Minoico Tardío presenció de nuevo la destrucción de Cnossos,

posiblemente a través de una invasión proveniente de la Grecia continental (acaso Micenas decidió concluir con sus competidores mercantiles y militares), que finalizó con el saqueo y la destrucción total del palacio del rey Minos. Pero recién una tercera y definitiva catástrofe barrió a los cretenses de su isla hasta el punto de ser casi exterminados por completo.

De esta manera, el Minoico Tardío concluyó en la pobreza y la oscuridad, mientras el foco cultural del Mediterráneo se desplazaba a la península helénica.

¿De dónde provenían los minoicos? Lamentablemente no los tenemos por aquí para preguntarles, pero sí disponemos de sus artefactos. Contrariamente a lo que muchos piensan, las cerámicas y objetos cretenses primitivos no muestran ninguna relación apreciable con los de la Grecia peninsular. Por el contrario, se asemejan a los del Egipto, la Libia y la Siria primitivos.

¿Por qué Creta? Pues sencillamente porque se trata de la isla más grande del Egeo, la más fértil, y la que por casualidad se encuentra en lo que era la intersección de las rutas marinas de Asia, Europa y el norte del África.

Muchos aspectos de estos hombres y su cultura se nos ocultan, aún hoy en día. Sabemos, por ejemplo, que “Creta” no era el nombre con que los cretenses conocían a su isla, y naturalmente “cretenses” no es tampoco el nombre que se daban a sí mismos. Llamamos a la isla Creta y a sus habitantes cretenses sólo porque esos son los nombres que les da Homero en sus poemas. Más cercanos a la realidad, la isla pudo haberse llamado Keftí o Keftiú, porque así se la nombra en unas inscripciones del templo de Tuthmosis III, en los que se da cuenta de la llegada a Egipto de unos embajadores del rey de la isla egea.



Tres documentos minoicos en Lineal A (los dos de arriba) y Lineal B

Los cantos de Homero protagonizados por cretenses se consideraron míticos y legendarios hasta principios del siglo XX: algo parecido ocurrió, como se sabe, con Troya hasta que Schliemann la descubrió en Turquía.

Unas excavaciones sacaron a la luz en el último año del siglo XIX, para sorpresa de todos excepto de unos pocos, grandes palacios y viviendas, frescos, joyas, cerámicas y tablillas cubiertas de los tres tipos de escritura que acabamos de mencionar. Estos descubrimientos son comúnmente considerados el máximo logro de la arqueología contemporánea, porque no debe olvidarse que nadie creía que lo que Homero cantaba fuese más que un mito.

Los especialistas comenzaron entonces a leer a Homero con más profundidad, y descubrieron que lo que las excavaciones dejaban a la vista se correspondía exactamente con las descripciones del bardo ciego: una isla enorme y fértil, hermosa, muy poblada y llena de soberbias ciudades. Pudiendo verla ahora, se comprendía que una civilización muy importante se había desarrollado en ella.

En tiempos de Homero, sin embargo, la civilización cretense era ya menos que un lejano recuerdo; sin embargo, los mitos helénicos guardaban aún los ecos del antiguo poderío de Cnossos y su rey Minos.

Sólo quedaba descifrar la escritura cretense: por desgracia, cuando

esto comenzó a lograrse —el Lineal B, en 1953— se comprobó que casi ninguna de las tablillas contenía textos de naturaleza histórica o política. Los minoicos nos han legado muy poco más allá de listas de compras, padrones de personas, recuento de ofrendas, etc. Ni una palabra sobre ellos mismos, su gobierno, su patria ni su cultura. Ni siquiera estamos seguros de si "Minos" fue en realidad el nombre verdadero de algún rey o si se trataba de un título de nobleza o una categoría militar.

La guerra y la muerte

De algún modo sospechamos que los señores de la isla debían ser quienes reinaban sobre las ciudades de Cnossos, Festos y Malliá, pero que por motivos desconocidos todo el poder terminó concentrándose en manos de quien gobernaba la primera de ellas.

Durante el Minoico Medio, Cnossos se convirtió en la urbe más grande de todo el Mediterráneo: nunca tuvo, durante este período, una población inferior a 100.000 habitantes.



Impresionante jarra cretense

Pero luego, todo cambió. Los mercaderes cretenses tomaron contacto con las poblaciones de la Grecia continental, particularmente la de la más tarde grande y poderosa Micenas, y comenzaron a comerciar con ellas. Los cretenses exportaban telas, joyas, armas, cerámicas y objetos metálicos a Egipto, Siria, Asia

Menor, Sicilia e incluso a la costa occidental de la Italia meridional.

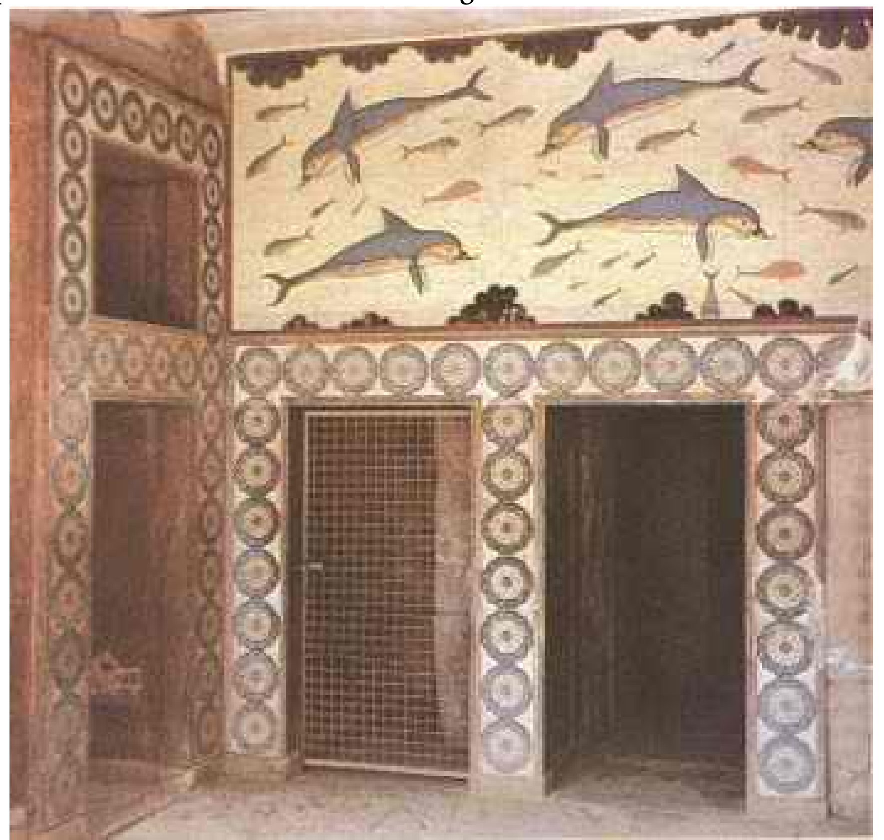
Hasta que en 1450 a.C., un pequeñísimo grupo de griegos consiguió desembarcar en Cnossos, a despecho de la gran flota cretense que defendía la isla por los cuatro lados. Estos invasores tomaron la ciudad y la dominaron de inmediato, aunque otras ciudades consiguieron mantener su independencia por un tiempo. Medio siglo más tarde, Cnossos fue arrasada en forma completa, y poco después el resto de las poblaciones cretenses la siguió a la destrucción. Aunque poco sabemos de los autores y las causas de este espantoso genocidio de una cultura entera, durante muchos años los autores han sostenido dos hipótesis: que el pueblo cretense se rebeló contra los poderosos gobernantes —ahora extranjeros— de Cnossos, o que una nueva invasión de los griegos del continente acabó con Creta.

La realidad es triste pero ineludible: no lo sabemos.

¿O sí?

Los cretenses nos hablan

Pero, por desgracia, en un idioma que no podemos comprender. Fácil es imaginar que, si nada sabemos acerca de ellos, menos aún podemos aventurar acerca de su lengua.



El famoso fresco de los delfines, en Cnossos

Casi todo lo que sabemos de su cultura proviene de sus ruinas, pero esto no nos impide especular sobre su idioma. No se trataba de ninguna lengua relacionada con el griego, porque el minoico Lineal B, hoy descifrado, nos permite saber, por autores griegos, que “se utilizaba para **traducir** algunos dialectos griegos”. Si los historiadores hablan de “traducción”, es evidente que el griego no era la lengua original de los minoicos.



Tableta en Lineal B, que ya ha rendido sus secretos

Es más que probable —casi seguro— que su idioma ni siquiera haya sido de la familia indoeuropea: los mismos autores llaman al minoico “dialecto bárbaro”, y es sabido que el concepto de bárbaro o helénico era, para los griegos, fundamentalmente una consideración lingüística y no cultural o étnica. En griego, “bárbaro” significa simplemente “que no habla ningún dialecto griego”. Una vez más, el “racismo” lingüístico de los griegos era tal, que aceptaban como “griegos” a todos los lenguajes relacionados con él —los indoeuropeos—, por lo que suena lógico decir que el “dialecto bárbaro” de los cretenses era no indoeuropeo, como el vascuence o euskera.

De este modo, sabemos que los cretenses nos hablan, pero no

podemos escucharlos, o, lo que es lo mismo, sus voces se han perdido para nosotros. No escuchamos lo que dicen y no podemos leer lo que escribieron, porque tanto el cretense jeroglífico como el minoico Lineal A permanecen aún indescifrados.

Si la lengua de los cretenses no era indoeuropea, posiblemente hayan llegado desde el Asia Menor. Homero, que escribe unos 800 años después de la desaparición de la Creta minoica, detalla en el Libro IX de la Odisea una lista de los pueblos que habitaban en Creta. Menciona allí a un extraño grupo étnico nunca registrado en ninguna otra parte: los "eteocretenses" ("cretenses verdaderos"). ¿Son estos eteocretenses los pobladores originales de la Gran Isla? El nombre que les da la poesía homérica parece sugerirlo. Los eteocretenses persistieron como grupo étnicolingüístico hasta 140 a.C.; su idioma fue, probablemente, un pariente cercano del minoico original. Lo irónico y triste de todo esto es que tan luego ellos, los cretenses, los fundadores de las culturas palaciegas del Mediterráneo —y por lo tanto ancestros remotos del esplendor griego- pasaron a ser, para sus herederos, simplemente un "pueblo bárbaro" más—.

El "socio gerente" de Creta

Toda la evidencia arqueológica (y especialmente los escritos descifrados hasta hoy) dan a entender que nadie mejor que los cretenses estructuró en la Antigüedad una **monarquía burocrática**.

Si bien los frescos y pinturas demuestran que la religión tenía una gran importancia en su sociedad e incluso participaba del gobierno, algunas tablillas de arcilla sugieren que el rey (¿o "minos"?) cumplía el rol fundamental de "empresario en jefe" o, mejor aún, "gerente comercial" del estado minoico.

No existe duda alguna acerca de que, al igual que los fenicios, los cretenses manejaban su estado al modo de una empresa comercial, dominada por los yuppies y los entrepeneurs de aquellos tiempos.



Danza religiosa en un fresco minoico

Al mismo tiempo que el pueblo vil disfrutaba de un bienestar económico notable para la Edad de Bronce, es indudable que las políticas comerciales se dirigían directamente desde el trono. Por debajo de él pululaba una inmensa legión de contadores, abogados, escribas, funcionarios y burócratas, que nos han dejado interminables listas de productos ordenados de modo increíblemente prolijo, informes de producción y exportaciones, etc., lo que demuestra que ejercían un muy minucioso control de la economía de su país. Y se comprende: por rica que fuera Creta en comparación con Grecia —apenas un triste desierto rocoso— no era ni Estados Unidos con su tecnología ni la Argentina con sus recursos naturales infinitos. Es claro que para mantener semejante nivel de riqueza, aquellos increíbles palacios, millones de habitantes y miles de talleres de metalurgia y joyería, debe haberles resultado imprescindible controlar las variables económicas al milímetro.

La armada del Minotauro

Si querían ser ricos, tenían que comerciar. Si querían florecer como mercaderes, debían mantener sus rutas abiertas, independientes de la política. Si querían proteger sus productos, debían rodear sus mercantes de una flota militar jamás vista en aquellos tiempos. Hicieron todo esto, y más. Creta fue una **talasocracia**, es decir, una potencia naval, sostenida por miles y miles de buques comerciales y protegida por una gran armada.

Su comercio fue fabuloso: las pinturas egipcias a menudo muestran

a egipcios sosteniendo o utilizando productos minoicos, y el mismo arte faraónico muestra una fuerte influencia cultural egea. Los artefactos minoicos cubren las ruinas de toda Asia Menor, e incluso las de sus parientes griegos de Micenas y más allá.



Retrato del Minotauro: célebre cabeza de toro minoica

Producían mercadería de primera calidad, y no tuvieron competidores de importancia, lo que explica el monopolio de que disfrutaron y los ingentes recursos que manejaron.

Por dar un ejemplo: la civilización minoica es la única del mundo antiguo que pudo permitirse construir casas de muchas habitaciones **para el completo 100% de su población**, un lujo que ni el Egipto de Ramsés, ni la Roma imperial, ni la Caldea de Nabopolassar y ciertamente no los pauperizados y famélicos griegos pudieron ni

soñar jamás. **Hasta el más pobre labrador cretense tenía cañerías de agua en su casa, y posiblemente incluso agua caliente.** Estos dos rasgos, la casa multiambiente y la instalación de plomería, fueron olvidados **en todo el mundo** luego del derrumbe de los cretominoicos. De hecho, el general del pueblo europeo occidental siguió viviendo en casas de una sola habitación **hasta bien entrado el siglo XV d.C**.



El altar de un templo

Esta verdadera "sociedad de bienestar" al estilo de los siglos XIX y XX d.C. se basaba, obviamente, en los grandes buques mercantes que navegaban el Mar Mediterráneo bajo la ceñuda enseña del Toro.

Torneos y competencias

Dada la riqueza que fluía libremente por las calles de Festos y de Cnossos, no es sorprendente que los cretenses hayan configurado también la primera sociedad que orientó a sus jóvenes hacia la salud y la diversión de los deportes —aunque nuestros amigos los griegos, muy posteriores, pretendan hasta hoy arrogarse tal honor—.

Una sociedad de bienestar representa, por definición, una sociedad con mucho tiempo libre, y ello inevitablemente conduce al ocio.

Los cretenses utilizaron el ocio en su aspecto más positivo: la creatividad, el arte, y, por supuesto, el deporte.

Para decirlo más claro: los cretenses fueron **deporteadictos** como nuestras sociedades de hoy: de cien frescos o pinturas halladas en las ruinas, treinta o cuarenta muestran a cretenses en actividades

deportivas. El boxeo —una vez más, adelantándose por siglos al pugilato heleno— y las corridas de toros fueron los más populares. Las corridas parecen haber sido incruentas, en las que no se intentaba matar al toro sino **saltarlo**, en una compleja —y peligrosa— combinación de salto en largo, salto en alto, gimnasia deportiva y acrobacia artística.



El salto del toro: fresco cretense en las ruinas del palacio de Minos

Los minoicos fueron, asimismo, pioneros en los conceptos de igualdad sexual: al menos en las pinturas que representan atletas en sus juegos, pueden verse tantas participantes femeninas como masculinas. Y también en las escenas de trabajo: hay tantas operarias, artesanas o campesinas como obreros varones.



Un torero moderno imitando a los minoicos

Justicia social en la Edad de Bronce

Semejante concentración de riqueza en una sociedad tan pequeña condujo muy pronto a una explosión de la vivienda urbana. La mayor parte (si no todos) los minoicos debieron irse a vivir a las ciudades.

Cuando una sociedad se ve obligada a cambiar su estilo de vida feudal y rural por una estructura urbana y descentralizada, este movimiento suele ser muy traumático y productor de injusticias y diferencias. La sociedad feudal campesina se estructura en vasallos y señores, y nada más. Sin embargo, la ciudad organizada está dividida en clases, es decir, en capas sucesivas de personas que se jerarquizan por su funcionalidad económica.

Esto, como bien sabemos hoy, siempre supone un gran inequidad, ya que deja en la cumbre de la pirámide a los magnates, los ejecutivos y los burócratas, y al 90% restante en una situación de pobreza y marginalidad que hubiera provocado lágrimas de ternura en los "explotados" campesinos vasallos de la Antigüedad.



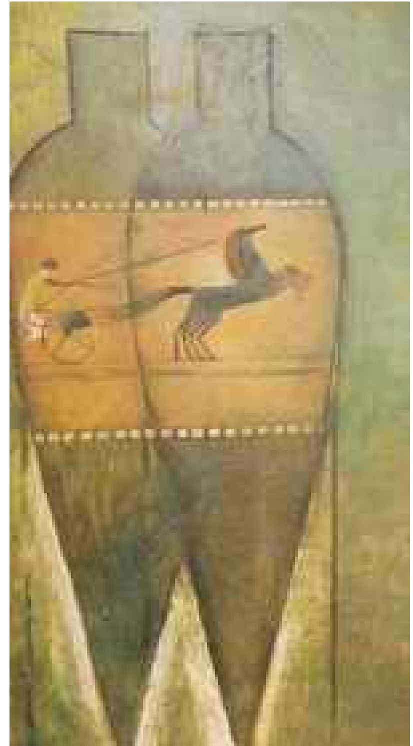
Las impresionantes ruinas del palacio de Cnossos. Al fondo, de blanco y con la mano a la cintura, Evans

Pero sí, lo ha adivinado: **¡eso no ocurrió entre los minoicos!** La riqueza parece haber sido repartida entre las distintas capas sociales con una ecuánime liberalidad.

En las excavaciones de los núcleos urbanos cretenses, Evans pudo identificar perfectamente los barrios "ricos" y los "pobres" de

aquellas grandes ciudades: las peores viviendas, las más "precarias", tenían entre cuatro y seis habitaciones, verdaderas y fastuosas mansiones en el Asia Menor y el Egipto contemporáneos (por no hablar del África o la América Latina del siglo XXI).

Igualdad sexual, igualdad en la distribución de la riqueza, igualdad de oportunidades, justicia social en plena Edad del Bronce… Una pequeña muestra de esta inexplicable, grandiosa y espléndida civilización que floreció en medio del mar durante un milenio y medio y que luego, misteriosamente, desapareció sin dejar rastros… para siempre.



Visión moderna de dos ánforas cretenses

¡Artistas! Y encima… ¡pacifistas!

El gran poder económico y la tranquilidad de que disfrutó la sociedad cretense mientras duró, se evidencia también en otras dos circunstancias.

Primero: la sociedad minoica tuvo que tener una proporción de artistas y creativos absolutamente desusada para las culturas de su época. La verdadera explosión de artes visuales que debió sufrir Creta se evidencia echando una sola mirada a las magníficas ruinas de sus grandes edificios. Apenas se puede encontrar un rincón sin frescos, una fila de ladrillos sin tallas o un frontis sin bajorrelieves.

Y lo más interesante es que se trata de **arte puro**. El sentido de nuestra afirmación anterior es que la inmensa mayoría de las obras cretenses de arte visual no cumplen ninguna otra función aparte de agradar al ojo y a las almas, esto es, no se trata de pinturas políticas, religiosas o utilitarias.

Segundo, y tal vez más importante, es que las ciudades, pueblos y palacios minoicos **no muestran evidencia alguna de obras de ingeniería militar**, fenómeno completamente ajeno al resto de sus contemporáneos. No hay obras defensivas, torreones de observación, almenas para arqueros, trincheras, cuarteles… ni nada.



El famoso "príncipe-sacerdote" de Cnossos

Creta no estuvo en guerra con nadie ni temió a pueblo alguno durante la inmensa mayoría de su historia. Aunque algunos ataques ocurrieron en forma esporádica, la política exterior minoica fue pacífica y diplomática durante siglos enteros.

Esta observación explica el aspecto básico del bienestar cretense: una sociedad que no desperdicia recursos en la guerra o en las preparaciones para ella, puede concentrarse en los negocios, el comercio, el arte o el desarrollo tecnológico.

Así eran los cretenses, y es posible que este modo de buen hacer

haya abierto el camino de su ruina.

Evans excava Creta

El principal problema de los arqueólogos del siglo XX —y especialmente de Sir Arthur Evans, que se había obsesionado con la historia de Schliemann y Troya— era determinar cómo había sido posible que una civilización tan esplendorosa y potente hubiese caído en ruinas ante la sola dificultad de una pequeña invasión o una simple revuelta popular.

El asunto es que ninguna de estas dos hipótesis justificaba el extremo grado de destrucción total que se observa en las ruinas. No queda, prácticamente, piedra sobre piedra: las grandes ciudades cretenses fueron arrasadas literalmente hasta el nivel del suelo. ¿Qué feroz enemigo podría haber mostrado semejante ensañamiento? Y, además ¿para qué? ¿De qué sirve conquistar un país del cual la conquista no ha dejado nada, pero nada… nada? ¿Destruir para luego reconstruir? No tenía demasiado sentido para Evans. Luego de varios meses de excavaciones, retornó a Gran Bretaña con el misterio insatisfecho y el alma contrita. Pero se juró que regresaría.

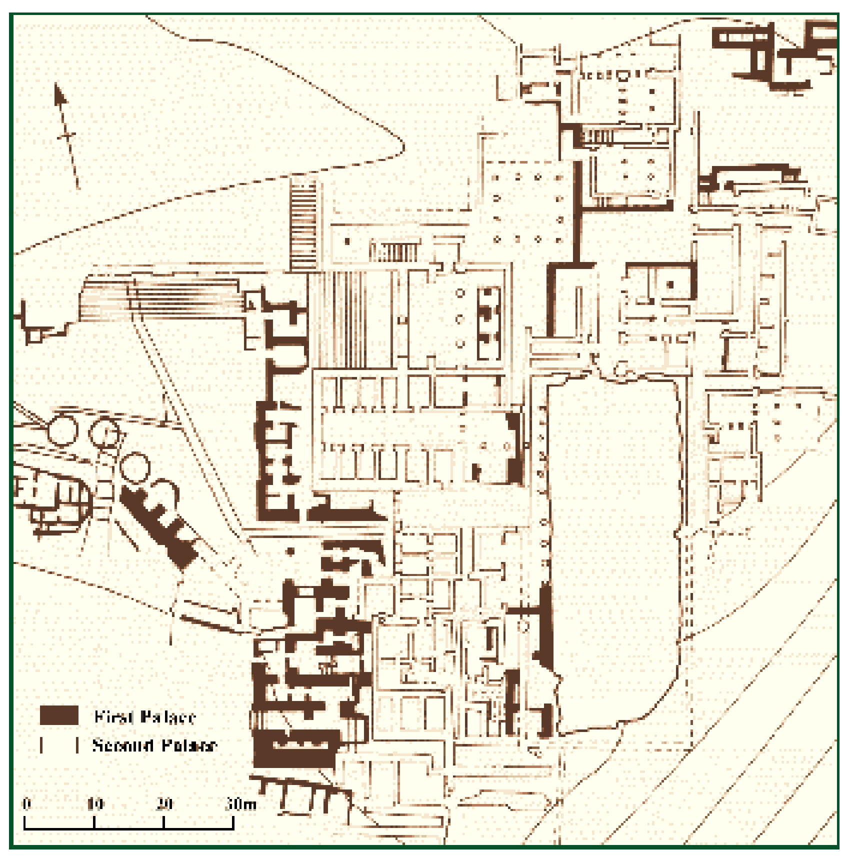


Salón del trono en el palacio del rey Minos

Y, por supuesto, lo hizo. Años más tarde, con nuevas ideas, más conocimiento y el espíritu renovado, estaba dispuesto a enfrentarse a los interrogantes que había dejado atrás. En su cabeza resonaba aún la teoría sobre una invasión por los mares, y prácticamente todos eran sospechosos: los aqueos procedentes del norte, de los países del Danubio; los habitantes de la Rusia meridional; los pueblos bárbaros y hasta los mismos griegos continentales. Pero

analizó detenidamente los restos del Palacio de Cnossos y llegó a una ineludible conclusión: nadie más que las fuerzas de la naturaleza podían haber propiciado aquella destrucción.

Recordó Pompeya. Encontró, en analogía con ese caso, que la muerte había sorprendido a la gente de los palacios en plena vida, como los que por primera vez vieran D'Elboeuf y Venuti al pie del Vesubio: instrumentos de trabajo abandonados cerca de la mano del operario, ejemplares de trabajo manual y obras de arte suspendidas repentinamente en plena ejecución, quehaceres domésticos interrumpidos violentamente, etc.



El palacio del rey Minos

Y fue entonces, mientras su idea estaba madurando y tomando forma en su cabeza cuando llegó la prueba empírica. El 26 de junio de 1926, a las diez menos cuarto de la noche, Evans se encontraba en su cama leyendo sus notas cuando lo sorprendió un fuerte movimiento. El brusco sismo casi lo arroja de la cama. Las paredes de la casa temblaban estrepitosamente, los objetos caían al suelo, un balde de agua se derramaba, la tierra se quebraba y finalmente escuchó el bramido del Minotauro que volvía a la vida. La sacudida

no duró mucho. Una vez que hubo finalizado, Evans salió de la casa rápidamente y se dirigió directo al palacio. Las obras expuestas al descubierto habían quedado intactas. Hacía años que se habían colocado refuerzos de acero para proteger a los ya de por sí vacilantes muros. Pero en los pueblos de alrededor y en la actual capital, Candía, la suerte no fue la misma: el terremoto había producido graves estragos.



Extraordinario fresco de tres mujeres

Especial: “Mi propia muerte”

varios autores

Hace menos de un mes planteamos una consigna tan provocativa como morbosa: describir la propia muerte en un relato breve. Hasta ahora una treintena de escritores han respondido a la convocatoria y ya hemos seleccionado suficientes textos como para dar inicio a este Especial.

Encontrarán a escritores expertos junto a perfectos desconocidos, muchos de ellos debutantes en estas lides, por lo que a diferencia de lo habitual las presentaciones irán antes de los cuentos.

Antonio Cebrián ya apareció un par de veces en Axxón, en los nros. 147 y 152. Su relato “La ciudad de los muertos” acaba de ganar el I Premio Vórtice de Ciencia Ficción y ha dado nombre al volumen que reúne a los diez cuentos finalistas. También fue finalista del Pablo Rido, y su relato “Como perros en la ciudad” apareció en *Visiones 2004*.

Carlos Chiarelli, en cambio, hasta donde sé, nunca publicó un cuento en sus 52 años de vida; si hay alguien en la sala que quiera y pueda desmentirme que hable ahora o calle para siempre. De lo que estamos seguros es que fue uno de los puntales de la etapa fundacional del Círculo Argentino de Ciencia Ficción y Fantasía, en los años ochenta y algunos sostienen que fue uno de los padres de Axxón, o por lo menos su tío más cercano.

Christian Lisboa nació en Chile, vive en Santiago, tiene cincuenta y un años y es ingeniero electrónico. Trabaja en instrumentación química, instalando y reparando equipos que controlan la calidad de lo que comemos, bebemos y respiramos. En su escaso tiempo libre, escribe lo que ve, lo que siente y lo que imagina, costumbre que mantiene desde el tiempo de la secundaria. Sólo un texto de su autoría ha sido publicado: un cuento llamado “Imágenes”, finalista en un concurso organizado por el desaparecido diario chileno “La Epoca”, en 1990.

Carlos Raymundo Flores Gutiérrez nació 22 de enero de 1972 en el puerto veracruzano de Coatzacoalcos, México. Ha sido toda su vida un gran lector, especialmente de novela histórica, fantasía, terror y ciencia ficción; escribió su primer cuento hace casi 20 años, y como le agradó la experiencia de escribir no ha dejado de hacerlo. En Axxón N° 143, en la sección Uficción, apareció su cuento “¡Qué gran pérdida para México!”

Aquí van, entonces, cuatro enfoques diferentes del “gran tránsito”, cada uno de ellos definido, motivado y esculpido por el miedo o la arrogancia, por el espíritu o la materia. Oportunamente nos enteraremos si estaban en lo cierto, aunque claro, no estaremos en condiciones de contárselo a nadie…



Ilustración de Fernus

DÉJÀ VU

Antonio Cebrián - **España**

Llegado el final de mi vida —un día como otro cualquiera—, me encontré en el umbral de lo desconocido, a punto de enfrentarme al mayor misterio de todos los tiempos. Pero, traspasada la línea, no había allí túneles de luz, ángeles ni demonios. Tan sólo un hombre con traje gris que se acercó y se detuvo junto a mí.

—¿Eres Dios? —le dije.

—Jamás pretendería tal cosa —respondió—. Sólo soy la forma que tú das a una pregunta… o tal vez el delirio de un moribundo.

—¿Y cuál es esa pregunta?

—Ha llegado el momento de inyectar de nuevo tu esencia al

principio de los tiempos, y ahora debes elegir el lugar y el momento en que se manifestará. Puedes recorrer la vida de alguna de las personas que ya vivieron o puedes recorrer la tuya de nuevo.

—¿Quieres decir exactamente la misma vida? ¿No podré cambiar nada?

—Por supuesto que sí. El futuro estará en tus manos, podrás cambiarlo todo, y lo harás. Y el resultado de todos tus cambios volverá a ser el mismo. Tu vida será exactamente igual a la que ya fue.

Volver a vivir la misma vida… Volver a sentir la cálida luz del Sol en mi piel infantil, las gruesas y heladas gotas de la tormenta de verano que comienza, el olor a juguete nuevo, a tela limpia y lapicero… Sólo por eso ya valdría la pena retornar. Pero además, volver a verlos… A todos ellos, otra vez; y charlar, y escuchar sus voces… Y descubrirlo todo de nuevo, saborear la infinita capacidad de asombro del que ve y siente por primera vez… Y pasear al borde del abismo nuevamente sin saberlo…

—Sí, volvería una y mil veces.

—Doy fe de ello —dijo la pregunta.

—¿Quieres decir que ya lo he hecho otras veces?

—No puedo responderte, sólo estoy aquí para plantearte la pregunta. Ahora, puedes irte.

Y marché hacia la luz. No la luz de la muerte ni del final eterno, sino la luz del comienzo, una vez más.

Ahora soy un niño. Vuelvo a ser yo. Me dejo vivir sin prisas y sin miedo a nada ya, perpetuando sin saberlo el mito del eterno retorno. Sin recordar nada del futuro que ya fue, me deleito con el aroma de la hierba y la explosión de luz y color que se abre ante mis ojos y disfruto corriendo como no lo podré hacer algún día. Tan solo en algún leve momento me detengo y digo: “esto ya lo he vivido antes”… Pero es sólo una sensación fugaz y pasajera, un recuerdo de alguien que no soy yo… todavía.

Ahora me marcho; tengo toda una vida que vivir y la persona que comenzó este relato no está aquí ya. Lo estará algún día —sin duda—, y volverá a contar esta historia a los que comparezcan aquí de nuevo, manifestando su esencia a través de los presentes, una vez más; como siempre ha sido desde que el Universo permitió que el tiempo recorriera reiteradamente su orografía infinita, conformada por un mosaico inacabable de instantes sólidos esculpidos en la trama de lo absoluto, allí donde no existe pasado ni futuro y el tiempo es sólo una circunstancia

ocasional. Y así seguirá siendo por siempre, o al menos, así nos lo parecerá a los minúsculos habitantes de la cresta de la ola del tiempo, cuya esencia sólo puede manifestarse en el filo de esa línea intangible donde converge el fluir del tiempo con la historia inalterable.

EN EL SEXTO PLANETA

Carlos Chiarelli - **Argentina**

Créanme, el morir no estaba en mis planes. Pero tampoco era algo que no debía tenerse en cuenta. Al fin y al cabo uno comienza a morir cuando nace (¿alguien conoce frase más estúpida que ésta, aunque sea expresada por un muerto?)

El asunto es que cuando decidimos contactarnos físicamente con los de abajo sabíamos los riesgos que se corría. O peor, no sabíamos lo que iba a pasar.

Los de abajo son los habitantes de Saturno, el planeta gaseoso más bello de nuestro sistema. Sí, no hubo que irse muy lejos de la madre Tierra para encontrar vida. Vida inteligente, porque la otra ya había aparecido como esporas en la Luna y bacterias en Marte, debajo de la superficie, en los depósitos de agua. Pero inteligente hasta ahora sólo acá.

Nos pusimos en una órbita polar que se completaba cada treinta y seis horas, lo que nos daba la oportunidad de pasar por el mismo punto cada cinco días y fracción, permitiendo analizar al planeta en toda su extensión.

Así tuvimos en pocas semanas una idea bastante precisa de los movimientos de las masas gaseosas de distinta densidad y altura. Y fue en ese análisis que comenzamos a descubrir ciertas particularidades: Había grupos de gases que efectuaban movimientos organizados, siguiendo pautas muy complejas pero precisas. Le adjudicamos en nuestros ordenadores un color diferente a cada uno para distinguirlos; luego tratamos de comprender esas pautas y descubrimos que a cada movimiento o cambio de característica definida correspondía una única reacción,

lo que nos llevó a pensar que esas masas estaban estableciendo una forma de relación consciente, dado que no existían reacciones físicas o químicas que justificaran ese comportamiento.

Como habíamos enviado sondas para evaluar distintas propiedades de la atmósfera, modificamos algunos sensores y comenzamos a recibir sonidos. Al principio los catalogamos como de tormenta, pero luego de asociarlos a los movimientos descubrimos que había una correlación entre ambos, lo que nos llevó finalmente a entender que esas masas se comunicaban.

Con la ayuda de Houston, y después de casi dos años de estudios, pudimos contactarnos. Bueno, eso creímos.

Comenzamos enviando por medio de las sondas la notación binaria en forma sonora (no me pregunten cómo, soy médico), luego la estructura atómica de los primeros tres elementos; todo esto en forma repetitiva durante algunos días. Por fin creímos que nos habían contestado. En el planeta se generaron pautas sonoras y de movimiento hasta ese momento desconocidas y creímos entender en ellas una respuesta a nuestros envíos. Pero cuando enviamos información más compleja (el número PI, el teorema de Pitágoras), no hubo reacción alguna.

En esos momentos las sondas dejaron de funcionar. Como no podíamos rescatarlas, dado que estaban preparadas para que flotaran en forma automática, no hubo manera de saber la causa del repentino enmudecimiento.

Decidimos bajar con la cápsula preparada para tal fin, con posibilidad de movernos y regresar a la nave nodriza sin inconvenientes.

Como estaba estipulado, iba a descender el astrofísico, dado que era el más experimentado en salidas espaciales: con éste era el quinto viaje que realizaba fuera del planeta y el decimosexto paseo.

Se estaba colocando el traje para ingresar a la cápsula cuando sucedió lo que en la Tierra se conoce como Ley de Murphy: Si algo tiene que funcionar mal, funcionará mal. Ataque de apendicitis. Por suerte no hizo falta operar, pero se frustró la salida. Como no queríamos perder un grupo gaseoso particularmente interesante que estaba en posición para el contacto, decidimos no esperar, y como yo era el segundo con más experiencia, me vestí e ingresé a la cápsula. Y comencé a bajar.

El vehículo estaba preparado para los fuertes vientos y se estabilizaba en forma automática, así que el descenso fue suave y sencillo. La idea era llegar hasta cierta altura, donde se había establecido ese grupo gaseoso objeto de nuestras inquietudes. Al

tiempo que me acercaba se incrementaba el sonido y el movimiento se hacía cada vez más vertiginoso. Comenzaron los problemas en el momento en que me estaba sumergiendo. Los sensores se apagaron sin razón aparente, se produjo la primera fuga de la cabina, mi traje hermético comenzó a tener microfisuras. Y fallecí.

Claro, uno no se da cuenta rápidamente por falta de experiencia: nunca se murió antes, por lo que no sabe cuándo es el cambio y, en este caso, no hubo ni largo túnel con luz brillante al final ni voces que me llamaban, como indica la tradición popular. Solamente tomé conciencia de lo sucedido cuando en un momento estaba tratando de comunicarme con la nave nodriza y al siguiente me vi con la mano en el conmutador, pero desde afuera de la cápsula. No tuve miedo, la sensación fue más bien de indiferencia. Como buen científico mis preocupaciones pasaban por lo que había sucedido y no por la consecuencia del suceso.

Poco a poco comprendí que estaba rodeado por mí mismo. Es difícil de describir pero no tengo otra forma de expresarlo. Según me explicaron en ese momento, pasé a integrar el cuerpo colectivo de esa masa de gas en particular. Cada grupo es un ser con mente conformada por infinidad de partículas y trabaja como un todo. Cuando me asimilaron comprendí que desde siempre saben que hay vida gaseosa en otros lugares por la llegada de cometas y meteoros que penetran su estructura y van dejando información. También saben que existen otras formas de vida pero no conocían a los humanos particularmente y comprenden que es una buena oportunidad para contactarse con otros planetas.

Cuando subieron la cápsula con el cuerpo que dejé, arrastraron una infinidad de partículas nuestras, lo que nos permitirá contactarnos con los grupos gaseosos del tercer planeta. Creo que gané con el cambio, aunque no tuve opción. Ahora me toca explicar nuestra existencia a los nuevos hermanos, aquellos que el antiguo envase utilizaba para vivir. Creo que en poco tiempo y gracias a los transportes humanos seremos dueños del Sistema. Interesante perspectiva.


Ilustración de Valeria Uccelli

EL MUNDO SE DETUVO

Christian Lisboa - **Chile**

El mundo se detuvo en el preciso instante en que la llave giró en tu mano, en la cerradura oxidada.

¿Cómo el movimiento de una llave puede cambiar toda una vida?

¿Cómo puede el mundo detenerse con un movimiento tan imperceptible?

Sin embargo, parecía ser que todo seguía igual, cada cosa en su sitio. Los niños caminando hacia la escuela, los comerciantes instalando sus productos en la vereda de enfrente.

Nadie notaba que yo estaba muriendo lentamente.

La puerta se cerró despacio, en un movimiento que duró muchas horas, quizá días.

No lo sé. No lo recuerdo. Yo me quedaba con los recuerdos, con las vivencias atrapadas.

Te escuché llamar un taxi desde tu celular, muchas horas o días después escuché el ruido del motor, y el sonido de las puertas del vehículo al cerrarse.

En mi mente había un solo deseo: detenerte. Pero algo me decía que era imposible.

Seguramente los sonidos tejían una trama con los movimientos.

Y todo encajaba perfectamente, todo era como tenía que ser.

Mañana todos comentarían que esto era lo mejor, opinarían como si comprendieran, y tú estarías protegida.

No tendrías que pensar, no tendrías que volver.

Mientras tanto, en este rincón quedaba tu aroma. Viví mucho tiempo alimentándome tan sólo de eso. Pensaba que si me movía, el aire se disiparía, y perdería tu aroma para siempre.

Cuando pasó el tiempo, cuando me encontraron, me di cuenta de que todo había cambiado.

Otra vez la lluvia barría las calles, limpiándolas de pasado.

Otra vez los diarios hablaban de guerra y del programa de televisión de la noche anterior.

Pero tu aroma ya no estaba.

Salí a la calle, y la humedad se metió en mis pulmones, con fragancia de pasto recién cortado, con restos de vapor y olor a tierra mojada.

Pero tu aroma ya no estaba.

Las personas pasaban por la vereda caminando a toda velocidad, con la mirada perdida en el vacío. Cada uno hacia su objetivo, como si nadie más existiera.

El reloj marcaba la misma hora. Sonó un teléfono, en alguna parte, muchas veces.

De pronto, me di cuenta de que era mi teléfono. Regresé a la casa y tomé el auricular.

Era un mensaje grabado, con mi voz. Repetía siempre lo mismo, interminablemente.

Volví a la calle e intenté detener a un transeúnte. Pero él pasó por mi lado, sin verme ni escucharme. Una señora de rostro amable se acercaba y le pregunté la fecha. Pero ella cruzó mi camino y continuó, sin detenerse. Me quedé pasmado. Ella se encontró de frente conmigo, y sin embargo no sentí ningún golpe, tal como si hubiera pasado a través de mí.

Comencé a sentir temor.

En ese momento, un niño de unos diez años se acercaba, caminando entretenido con un diábolo en su mano derecha. Le grité. Él se dio vuelta y pareció verme, pero luego miró extrañado alrededor, como buscando una imagen perdida, y continuó su camino.

Regresé a casa. Tú estabas allí, como si nada hubiera pasado. Recuerdo que estabas ordenando los libreros. Tenías libros en las manos y muchos ejemplares se encontraban en el suelo. En todas partes había mucho polvo. Me miraste tranquilamente, y me dijiste:
—Debes arreglarte un poco.

—Pero… —alcancé a replicar.

—Bueno, como quieras. Pero no te retrases, tienes que hacer tus trámites ahora.

—Pero…, la dirección.

—La encontrarás fácilmente. Muchas personas van hacia allá. Puedes ir caminando.

Me diste un beso en la mejilla, que sentí como un soplo de aliento frío en mi rostro. Luego, salí de nuevo a la calle y caminé en línea recta hacia el sector céntrico, donde se encuentran los antiguos edificios públicos, con sus altos techos y pequeños ventanales. Aunque el sol estaba ya alto en el cielo, yo no sentía calor, más bien algo de frío, como en los días soleados de invierno. En la vereda, junto al antiguo edificio del registro civil, ése que ya no se usa desde que se crearon los registros computacionales, encontré una larga fila con gente de todas las edades, en su mayoría ancianos. Me ubiqué tras de una señora de mirada ausente, luego de preguntarle si ella también esperaba para hacer los trámites. Como ella asintió con un movimiento de cabeza, me quedé allí por muchas horas. La fila avanzaba muy lentamente. Pasó la hora del almuerzo, pero yo no tenía hambre.

Al parecer todos los que estaban en la fila tenían como único objetivo continuar allí estoicamente, hasta terminar con la diligencia. Por fin, cuando ya la luz del sol se perdió sobre los techos de los rascacielos, yo y cinco personas más entramos en la

sala principal. Allí, debimos pasar frente a distintos escritorios, llenando formularios de declaración de estado físico y mental. Pregunté por la necesidad de tal formulismo, en circunstancias que mi estado de salud estaba debidamente acreditado en cada examen y tratamiento médico, en mis fichas.

—Señor —me respondieron—. Aquí se trata de que usted declare con la mayor exactitud su estado real. Todo lo que usted escriba en el formulario será tomado como verdadero.

Así, llené formulario tras formulario, consignando con gran detalle cada molestiamuscular, cada mancha en la piel, dejando constancia de los dolores de garganta frecuentes, de las jaquecas que me aquejaban por las tardes y de la acidez estomacal que experimentaba cada vez que bebía más de tres tazas de café al día. Al terminar con esto, llegué a un largo pasillo sin puertas, al final del cual podía ver la calle, iluminada por faros artificiales. Antes de entrar en el corredor, pregunté a un funcionario:

—¿Esto es todo? ¿Cuándo debo volver?

—No es necesario —me dijo—. Pero puede volver cuando quiera. Está claro que su cuerpo no fue bien cuidado, pero aún así, no presenta grandes daños. Deberá pagar por las reparaciones.

—¿Pagar? Pero si yo mismo sufrí esos daños.

—Señor, creo que no ha comprendido bien. Usted es el responsable de los daños. Usted tuvo siempre la posibilidad de cambiar su programa. Ahora, el resultado es un cuerpo con algunas funciones disminuidas.

—Pero, ese cuerpo nadie podrá usarlo después de mí —repliqué.

—El cuerpo en sí, no, pero el programa de funcionamiento, con sus capacidades, mejoramientos, y disfunciones generadas durante una vida, servirá de base para otro proyecto. El programa fue modificado. Los daños deberán ser pagados. Si hay mejoras, éstas se restarán de su deuda. Mientras tanto, puede deambular todo lo que quiera.

No encontré una respuesta a esta lógica irrebatible. Atravesé el largo pasillo mal iluminado y salí a la calle. Allí aspiré profundamente el aire frío, feliz por alejarme del olor a cemento húmedo y moho que reinaba dentro del edificio.

EL INTERROGATORIO

¿Qué pasó?, no me debería preguntar a mí, sólo recuerdo que hoy en la mañana todo estaba bien, perfecto podría decir, la máquina estaba al punto; lo angustioso de la espera terminó a las diez de la mañana, cuando apareció Roy por el portal, en perfecto estado de salud. Me lo había mandado, a mí mismo, a una semana en el futuro, sólo por quince minutos. El resultado: no tuve a Roy durante quince minutos el martes pasado, hoy tuve a dos Roy durante quince minutos. Fue fantástico.

Sabía que debía hacer docenas de pruebas con Roy antes de dar un paso más allá, incluso la biopsia era recomendable para examinar cuidadosamente todos sus órganos, sin mencionar las semanas que tomaría analizar los datos del equipo de sondeo que Roy llevó atado al cuello al pasar por el portal, pero la adrenalina me hizo actuar estúpidamente. ¿Por qué dejar que Roy, un simple chimpancé acaparara la atención, los reflectores?

Además, pensé despreocupado, ¿para qué investigar? Yo mismo podría darme los resultados del salto de Roy, si iba a buscarme a mí mismo un par de semanas en el futuro.

Sonaba increíble, yo me estaría esperando, con un resumen preparado, archivos electrónicos… ¿de qué manera cambiaría mi futuro si aún no sucedía? Mientras preparaba la máquina, pensaba que al regresar, traería conmigo mi propia investigación adelantada catorce días, con esa información la adelantaría aún más para entregármela a mí mismo durante mi propia visita, la llevaría al pasado y volvería a adelantarla otros catorce días… ¡Sólo de imaginar ése efecto multiplicado al infinito en mi investigación, mi cabeza daba vueltas!

Eufórico atravesé el portal, programando mi salto a catorce días en el futuro, configuré los controles para mi propio regreso, dos horas después. Me parecía que sería tiempo más que suficiente, ¡y tenía prisa por volver!

Salí del portal a mi propio laboratorio. Mejor dicho, a lo que quedaba de él.

Pisos relucientes ocupados por el más sofisticado equipo de cómputo, miles de kilómetros de cables, pantallas luminosas… todo había sido reemplazado por montones de escombros ennegrecidos por el hollín, pilas de chatarra carbonizada ocupaba el lugar donde antes estaban las computadoras, aún se sentía el calor que

irradiaban, el vapor tibio en el aire.

No había nadie que escuchara mis gritos.

Abandoné los laboratorios. Todo el complejo presentaba el mismo aspecto, nadie recorría los pasillos como hacía sólo minutos lo hacían, minutos para mí, claro. Las puertas estaban abiertas, algunos laboratorios aún humeaban. Pude encontrar la pesada puerta de acceso, la abrí manualmente, me quemé las manos en el proceso. Había transcurrido casi una hora cuando pude ver al fin la luz del sol.

Antes de que pudiera acostumbrar mis ojos a la luz del día, tres de sus soldados me rodeaban, apuntándome con sus armas, ordenándome que me arrojara al suelo. Ellos me trajeron aquí.

Ya pudo constatar mi identidad, ya comprobó que mi cuerpo carbonizado fue encontrado entre estos mismos escombros y que fui sepultado hace tres días apenas, ¿por qué tanta tardanza? Me imagino qué pruebas habrán hecho con mis restos, nada agradable, pero claro, ya no me importaba, ¿cierto?

Usted me dice que la investigación indica que el incendió comenzó en el laboratorio dos, unos veinte minutos después de mi salida. Las cámaras de seguridad filmaron el chisporroteo de unos cables mal instalados en una cámara de atmósfera de oxígeno puro y la primera explosión que anuló todos los sistemas antiincendios, después no hubo mucho que hacer, en cuestión de minutos se extendió el fuego y murieron sesenta y cuatro personas… incluyéndome, por supuesto. ¡Claro que lo lamento!, me duele saberlo, pero lo peor es que no lo siento, todavía.

No puede hacer nada por mí, oficial, para usted, el incendio está extinguido, yo me encuentro seguro en este hermético cuarto de interrogatorios, rodeado por sus soldados, pero yo he de irme, mi reloj me dice que en unos instantes más. No puede hacer nada por impedirlo, yo mismo no sé cómo hacerlo, y tengo miedo.

Debería estar en el laboratorio para regresar, mi esperanza es que regrese y me encuentre en este mismo cuarto mientras el incendio devora mi trabajo, pero no estoy cierto de que así suceda. Siempre usamos la máquina en el laboratorio, todo regresaba al laboratorio, nunca sacamos nada que haya dado el salto. Los objetos no podían moverse de ahí, claro, sólo Roy pudo haberlo hecho, pero yo lo mantuve en una jaula, cerca de otra donde él mismo estaba, para ver qué ocurría… ¡Un momento!, ¿huelen el humo?, ¿sienten el calor?…

¡Duele!, ¡quema…!

La entrevista

Carlos Abraham

Hay tantos hoteles en Nueva Orleans, y tuve que terminar en el peor. Encendí la lámpara de veinte *watts* y el piso de madera hirvió con cucarachas asustadas. Me senté en la cama, resignado, una vez que la última se hubo escondido. Nunca más dejaría que eligiese el gerente del periódico; la próxima vez pagaría el alojamiento con mi bolsillo. Abrí la maleta y saqué sólo un *block* de notas y unos cigarrillos. No pensaba quedarme mucho tiempo.

El *Evening News* me había encargado un artículo sobre la brujería. Decidí entrevistar a los miembros más ancianos de la comunidad negra para recabar información acerca de las curiosas misas afroamericanas celebradas hacia el siglo XIX en esta sucia, hermosa y pululante ciudad.

Al cabo de unos días fui a un asilo situado en un suburbio, a ver a Molly Lee. La casona era de color rosa ceniza, un tanto descolorido por los años y el descuido. Era un paso cantado: la anciana, apodada Tía Carroña por la gente del barrio, en su juventud había sido esclava. Todos los datos la hacían aparecer como el informante ideal sobre el folklore de la zona. Debía conocer bien la vieja Nueva Orleans, tierra de esclavos venidos de África o Jamaica, cargados con grilletes en cuello, manos y tobillos, emborrachados con alcohol de quemar, en rechinantes barcos, pereciendo como carneros a manos del escorbuto y el tifus, engendrando oscuras generaciones de las que soy un eslabón. El algodón y el tabaco eran buen negocio para los blancos. Los negros, entretanto, vivían en galpones, amurados como reses, hablando a sus criaturas del más allá.

Molly llevaba sus noventa años con la dignidad totémica de los negros obesos. Me recibió en su breve habitación, a la hora acordada de antemano con el director del lugar. La cama, un ropero y la mesa con dos sillas eran el único mobiliario.

—Es un placer conocerla, *madame*.

Tosió una risa.

—Me han llamado de muchas formas, pero nunca *madame*.

No aparentaba enojo. Los rasgos eran indescifrables, como una máscara carcomida por el sol y las hormigas. Sólo sus palabras traslucían el interior.

La primera media hora fue rutinaria, el consabido cuestionario biográfico y sociohistórico. Cada tanto, intentaba alguna broma o ironía, con el fin de que se sintiera más cómoda. Pero la mujer era reticente. Contestaba con monosílabos o con frases breves y lapidarias, que vacilé en atribuir a su propia cosecha o a una oculta tradición oral de proverbios. Arribé al fin al tema que me había traído.

—¿Sabe que está jugando con la muerte? —preguntó de improviso.

—No creo en el Vudú.

—No me extraña. Usted es un negro vestido con traje. Sin duda protestante o ateo. Dígame, ¿qué hace aquí?

Me justifiqué como Adán:

—Me mandaron, señora.

—Sí, sí, un diario vespertino. Ahora dígame la verdad, muchacho.

En voz baja, declaré que el artículo era el único motivo que me hacía estar en esa ciudad infestada de calor e insectos. Hice ademán de levantarme.

Me detuvo con un gesto casi imperceptible.

—No se vaya. Una vez, un hombre llegó con otros fines. Yo fui el último eslabón de su larga busca. Pero a usted le creo. ¿Sabe que me cae bien? Quizá se deba a sus idiotas intentos de crear una situación distendida. No tengo nada contra usted.

La máscara reseca permaneció silenciosa un momento.

—Júreme que nada dirá de él. Hace un siglo que está muerto. Déjelo tranquilo. Sólo volvió hace cincuenta años.

—¿De quién habla usted? —dije con interés. Olía a una historia de valor antropológico. La anciana musitó con unción unas palabras que rehusó traducir, y luego dijo:

—Del jamaiquino. ¡Maldición eterna a quien pronuncie su nombre! Créame, no había nadie más cargado de odio. Servíamos a los Lemaire, hombres blancos con corazones negros. Como el ajedrez.

»Yo tenía catorce años y dos hijas. No conocí a mis padres. Los franceses eran unos perros, peores aún que esos españoles a quienes tanto critican. Abusaban de todos. Pero le temían.

»Cuando llegamos a tierra, en un barco con olor a sangre seca, él me asustaba porque tenía algo raro en la cara. Después me di cuenta: sonreía. Pero era una sonrisa que mostraba los dientes:

negros y aguzados en punta con una piedra de limar, como los caníbales del Dahomey. Ya no le tuvimos miedo, porque ahora el enemigo era otro. Sí veneración: cuando quería podía ser víbora, caballo, halcón, iguana, araña…

»Pero no pasar desapercibido es la perdición para un esclavo. El padre Lemaire estaba seguro que el jamaiquino había vuelto de la muerte, pues una lívida cicatriz le rodeaba el cuello. Su voz era un tormento, pero para mí era hermoso. En la zafra entonaba cantos en lenguas que apenas recordábamos y aseguraba que Cristo y Mahoma eran negros. Todos lo escuchábamos, reunidos por cientos. Todos, en nuestras noches de sueño y de piel.

»Lo prendieron una noche de lluvia. Doce caballeros con sus caballos. Levantaron la cruz. Días después vimos una iguana negra cerca del árbol y supimos que era él, burlándose".

Cesó de hablar, moviendo la cabeza de atrás para adelante mientras entonaba una casi inaudible melopea.

—Sus jefes no escucharán nada.

—No la entiendo.

—Para eso está el tiempo —dijo.

La historia me hizo pensar en el sincretismo, en John Coltrane, en las leyendas de antiguas civilizaciones sepultadas en lo más oscuro de las selvas. En los barrios miserables de negros. Imágenes ensangrentadas y sensuales acariciaron mi memoria hasta el amanecer.



Ilustración: Fernus

Al despertar, estaba cubierto con sudor; tenía la boca pastosa,

pese a haberme cepillado los dientes. Revisé mi *block* de notas, abierto sobre la mesa de luz. Lo había usado durante la entrevista, anotando detalles con mi diminuta letra. Las primeras páginas eran ordenadas; las últimas, caóticas e ilegibles. Eran las que correspondían a la parte más interesante del largo diálogo. "El dios tramposo: ver mitos amerindios", decía una de las líneas descifrables. Luego más páginas esperpénticas, y finalmente algo así como "Hyeronimus Bosch y los bestiarios medievales".

Dejé el *block* donde lo había hallado y decidí que el único desayuno que necesitaba era un buen *whisky*. Si me había hecho soportar mi reclutamiento en la Segunda Guerra Mundial, el año pasado, haría lo mismo con el calor de Nueva Orleáns.

Mientras bajaba los grasientos escalones del hotel, me llegó una racha de *jazz,* aún llena de noche. Louisiana. Territorio Francés de Ultramar vendido a los Estados Unidos de América, en gentil hermandad de verdugos. Los tres pilares de la esclavitud: oro, documentos y látigo.

Llegué a la hora de las vitaminas de *madame* Molly. No me quiso recibir. Recuerdo su mano a través de la puerta entornada, entregándome un tosco anillo de barro, y luego el ruido de la llave.

—¿Cómo durmió? —pregunté a través del cristal y de la cortina naranja.

—Mis días serán pocos. Cáncer.

—Lo siento. —Hubo un incómodo silencio.

—Oiga. Antes pensé que él podía matarlo, pero su odio es sólo para los blancos. No se quite el anillo. Esto no es su Bronx, es el infierno.

No se oyó nada más tras la puerta. Volví despacio, silbando, preguntándome qué habría hecho que la anciana cambiara tanto de un día para otro.

El temporal mordía la ventana de mi cuartucho de hotel. Pasé el tiempo documentándome en fuentes menos sinuosas que la Tía Carroña. El jamaiquino se aprovechó de las fiestas paganas. Mató a todo el clan Lemaire, de formas muy artísticas.

Guardé el anillo en una bolsita. En mi vejez sería un curioso

recuerdo.

Al darme vuelta vi lo que parecía ser un buitre o un caimán o un toro despellejado. Algo así como una canción de cuna llenó mis oídos. Una mano sin uñas surgió del aire y me aferró por la muñeca. Pude oír mis huesos quebrarse como madera seca. Me sacudí entre convulsiones, tratando de liberarme. Unas palabras guturales y sonrientes lamieron la habitación, pero no las entendí. Recuerdo que estaba en el piso cuando todo cesó.

Viví la llegada de los médicos, de la policía y del dueño del hotel como si formas de un sueño me rodearan.

Logré oír retazos de voces:

—Si era de color, ¿por qué lo atacó?

—¡Porque trabajaba para blancos, Harry!

NOTA DEL AUTOR: El presente texto constituye un ejercicio de estilo, y determinados aspectos de su concepciòn general, así como algunas frases, provienen del relato “Tambores de Haitì” (La Plata, Edición del autor, 1999) de Alejandro Zaccardi.

NOTA DEL EDITOR: La nota anterior fue aportada por el autor tiempo después de la fecha en que fue editado este cuento.

Hace cuatro meses, en Axxón N° 149, publicamos “La guardia noctura” , de Carlos Abraham. Este licenciado en letras y profesor de la Universidad Nacional de La Plata parece tener predilección por tratar en sus ficciones temas folclóricos en clave fantástica. No es casual: Carlos se ha especializado en proto-ciencia ficción y fantasía y su interés se centra en la investigación del material de géneros oculto en las revistas del pasado, lo que lo ha llevado a fundar y dirigir la revista Nautilus, un loable proyecto dedicado a la investigación de esos temas.

Fuera del río, lejos del mar

Alexis Javier Winer

La memoria de Iardén(*) retrocedía hacia los afluentes, cuando el río era una corriente estrecha y rápida, cuando pocas barcas corrían paralelas a la suya. Sus recuerdos solían detenerse en el de sus padres, más grandes sus barcas junto a la diminuta barca de niño, sobre las aguas la cesta de Moshé. La barca ya no era pequeña; tampoco Iardén lo era. Demasiado pronto los padres lo habían abandonado para ir en busca del mar.

El río era ahora más ancho y la corriente, aunque firme, ya no torrentosa. Las márgenes aún se deslizaban rápidas a los lados de la barca de Iardén, que disfrutaba ante la maravilla del mundo en movimiento, del esplendor de los árboles fijos en las orillas, anclados de forma imposible a una tierra a la que ni él ni nadie podía acceder. Desde luego, Iardén lo había intentado, pero la corriente apartaba las barcas de las orillas para devolverlas al centro del río. También había intentado remar contra la corriente, vencer el eterno discurrir de las aguas, prolongar siquiera por unos instantes la visión de determinado árbol, de cierta rama que sobresalía, de aquel color en una hoja de la rama del árbol, con la vana ilusión de no perder a sus espaldas todo lo que se perdía fuera del cauce del río.

Aunque inquieto, Iardén sólo le temía a dos cosas: al mar y a Dios. A Dios, porque está escrito que debe ser temido y respetado. Al mar, porque es el fin de todas las cosas, el fin del río, ya no un fluir ordenado hacia alguna parte ni la magia de las orillas en movimiento sino la ausencia de orillas y de orden, caprichosas corrientes y contracorrientes que arrastran las barcas lejos de la costa y las conducen a su antojo hacia las gigantescas olas que terminan por devorarlo todo.

Iardén le temía al mar aún más que a Dios. No era un temor reverencial sino verdadero pánico, pasaba noches enteras en su barca sin poder dormir, de frente a las estrellas. Debía haber alguna forma de vencer la corriente, pensaba, de eludir la posible y temida llegada del mar.

Sin embargo, era un hombre piadoso: cada shabat encendía dos velas en su barca, dos luces protegidas del viento y del agua por lámparas pequeñas, dos fanales, uno a proa y otro en popa, que le recordaban que ese era un día para celebrar y cuidar, un día

distinto, el día en que Dios, terminada su obra, al fin descansó. Los viernes por la mañana algunas barcas se unían entre sí y familias enteras se dedicaban a preparar lo necesario para recibir el shabat como se recibe a una novia.

Con las primeras estrellas en el cielo, el río también se llenaba de luces, dos velas en cada barca, y de cánticos, barcas abandonadas a la inercia de un rumbo que nadie intentaba corregir. Con la llegada de la noche, todos meditaban acerca de lo que habían hecho en la semana y se maravillaban por las cosas vistas: un árbol distinto a cualquier otro, un animal acuático capaz de vencer la corriente, remontarla algunos metros y alcanzar las orillas, el asombro ante una criatura capaz de desafiar las inquebrantables leyes del río.

De ese modo transcurrió durante algunos años, feliz y lejana al mar, la vida de Iardén.

Hasta que conoció a Berit. Sus barcas chocaron: él no había visto nunca a aquella mujer de grandes ojos pardos; ella jamás había conocido a alguien con tanta energía y bondad. Ambos reconocieron, el uno en el otro, el camino marcado por Dios, y poco después, en una ceremonia sobre las barcas de ambas familias que unidas unas con otras conformaban una pequeña ciudad flotante en el centro del río, se celebró la jupá. Luego aquella ilusión de ciudad se deshizo para devolver a cada cual su vida, y las barcas de Iardén y Berit se alejaron río abajo, impulsadas por la suave brisa que acompañaba al río hacia un mundo de esperanza y felicidad.

Pasaron dos años y las barcas aún se mantenían unidas: ahora el camino de Iardén era el de Berit, y el de Berit el de ambos. Las dos barcas, aunque fuertemente enlazadas, podían distinguirse una de otra. Cuando el río se abría en dos brazos, Iardén, antes de elegir por cuál seguir, consultaba siempre a Berit. Alguna vez él mencionó sus temores, pero Berit sonrió y le dijo que los ríos siempre desembocan en el mar. Iardén no volvió a mencionar el tema y comenzó a trabajar en una tercera barca, diminuta barca de niño, la cesta de Moshé. Si bien en shabat la felicidad era doble, de todos modos en el resto de los días Iardén se acordaba de Dios para agradecerle el regalo de una mujer tan devota y amante y el haberlo hecho

participar de la magia del mundo que había creado alrededor del río. Ya casi había olvidado la existencia del mar.

Pero el mar no se había olvidado de él.

El río era misterioso, el más grande enigma del Creador: sus brazos se multiplicaban y ganaban complejidad a medida que se alejaban de sus orígenes: algunos luego volvían a cruzarse, otros se alejaban en forma definitiva. Estrechos brazos torrentosos, otros amplios y tranquilos; en unos y en otros, a veces peligrosos rápidos que conducían directo al mar, otras veces cálidos meandros que invitaban a la maravilla de la contemplación. Podía decirse que el río, soporte de toda vida, ocupaba y daba forma a lo que se conocía como el mundo. De elegir los caminos adecuados, los hombres podrían navegar por él durante siglos antes de llegar al mar. Pero nadie conoce los caminos adecuados. Otros caminos ocultos, peligrosos, bajo la forma de rápidos que destruían las barcas contra las rocas o de remolinos que las arrastraban a las profundidades y las conducían de inmediato al mar, eran breves. Los padres de Iardén lo habían experimentado demasiado pronto. Pero él, ahora junto a Berit, la vida hecha milagro cada día, la bendición de un hijo en camino, casi había olvidado el mar y sus ominosos caminos de perdición.

La quietud de la corriente no parecía presagiar ningún peligro. Aunque la ausencia de animales era llamativa, ellos dos estaban concentrados en la pequeña cesta de su hijo, la cual, cuando estuviese lista, los acompañaría durante muchos años hasta que al fin, ya no una cesta sino una barca, tomara su propio curso. Berit y Iardén se abandonaban al lento fluir de las aguas ahora marrones, barcas enlazadas entre sí que, si bien conformaban una unidad, no eran una única barca porque es sabido que cada persona debe tener su propio espacio. Pero bajo la mansa apariencia de la corriente aguardaban, ocultas en lo marrón del agua, filosas rocas que mordieron el casco del navío de Berit y que ninguno de los dos había podido ver. Pronto la madera cedía, pronto el agua lo invadía todo. Iardén intentó llevar a su mujer a su propia barca pero ella, lágrimas de resignación al descubrir el terrible designio divino, no lo permitió: una sola barca no era capaz de contener a dos personas. Con sus últimas fuerzas Berit cortó las cuerdas que amarraban lo que fuera su

barca a la de Iardén para que las maderas no lo arrastrasen también a él a las profundidades. Luego ella y el hijo por venir se perdieron bajo las aguas: quizá un misterioso río subterráneo ya los conducía con premura al encuentro del mar.

En el río silencioso, nada que indicase que horas antes allí fuera posible algún tipo de felicidad. Río desierto como antes de que Iardén conociera a Berit, como si ella nunca hubiese existido. Pero las cuerdas cortadas a babor y la pequeña cesta inconclusa en manos de Iardén evidenciaban que aquello no era un sueño: él había tenido una mujer y un hijo, y ahora no tenía nada.

Pasaron los siete días de duelo en los cuales Iardén, por momentos a los gritos, a veces en susurros, sin poder nunca contener el llanto, le preguntaba una y otra vez a Dios por qué. Por qué primero sus padres. Por qué ahora Berit. Por qué, además, su pequeño hijo. Y por qué él, Iardén, no. Un dios que hacía algo así no era digno de respeto ni de amor. Ni siquiera era digno de aquel temor reverencial que la ley ordenaba. O acaso, se dijo entonces, la idea de dios era sólo un invento de los hombres. Acaso lo único real era el mar, y sus largos y caprichosos brazos que invadían el tributario río al que nunca debiera tener acceso para arrancar de la vida de los hombres a sus seres amados. Acaso el verdadero dios fuera el Mar, y todos los hombres no tenían otra finalidad en la vida que alimentar su insaciable apetito. Berit lo había desafiado con su sonrisa, con su juventud y descreimiento, y el Mar había ido a buscarla. Entonces, tras el séptimo día, los ojos ya vacíos de lágrimas, Iardén decidió poner a prueba, si era que en verdad existía y fuera quien fuese, al Creador del Universo.

Uno puede adentrarse en la senda del pecado, pero de ese modo no reta a Dios: apenas pierde su alma. Aquel Creador que antes escuchara con afectuoso silencio las parashot(*) de Iardén, ahora, un silencio indignante, no respondía a los furiosos insultos de aquel hombre desesperado. ¿Cómo encender la ira de Dios? ¿Cómo pretender equidad o justicia si Él, en su magnificencia, hace sufrir a quienes más lo sirven y consiente a quienes su capricho ilumina? Iardén pensó en Moshé, el padre de su pueblo, que nunca se mantuvo en buenas relaciones con Dios y, tras haber conducido a sus hijos durante cuarenta años en el exilio, no pudo llegar a la Tierra

Prometida. Pero ni Moshé, a pesar de sus penurias, había perdido a todos sus hijos… Quizá lo que Iardén debía hacer era pronunciar Su nombre, el verdadero, pero aquel nombre ni siquiera era conocido por los hombres más sabios.

Muchos años pasaron: Iardén envejecía sobre su barca, larga barba de plata, oscuros surcos en sus ojos, y sus labios resecos repetían cientos, miles, millones de posibles nombres que designaran a Dios. Y mientras los diferentes nombres nacían para luego, ante la indiferencia el Creador, no ser vueltos a pronunciar jamás, Iardén pensó muchas veces en el río, en el mar, en Dios, en sus padres, en Berit, en su pequeño hijo no nacido, en si hubiese tomado otro afluente, en que de haber estado más atento, en por qué el río era una sorpresa, por qué nadie conocía todos sus caminos, por qué almas inocentes elegían rumbos que sólo traían la perdición, en cuál era entonces la magia del río si uno debía vivir con el omnipresente temor al mar, en por qué Dios, solícito a la hora de sembrar la desgracia en la existencia de Iardén, ahora, día tras día, año sobre año, el cauce del río ancho como un pequeño mar, no le respondía, por qué ni siquiera le enviaba uno de esos remolinos o afiladas rocas como respuesta.

Y en especial, pensaba en qué le pediría a Dios en el caso de que atendiera su llamada: no el regreso de sus seres queridos, el tiempo en que hubiera pedido eso ya había pasado; tampoco la inmediata llegada al mar, no al menos todavía; no riquezas que jamás hubiese podido disfrutar; ni siquiera la respuesta a todos esos antiguos por qué. A medida que pasaban los años el pedido de Iardén, como él mismo, envejecía: las esperanzas se hacían anchas como ahora el río y demasiado frágiles, menos pretenciosas; había en ellas una menor ira y una mayor resignación. Pero jamás la renuncia. A fuerza de luchar con la voluntad de Dios, esa misma lucha, incluso más allá de la pérdida de su familia, se había convertido en su forma de vivir. Lo que Iardén ahora quería, lo que ahora aguardaba, lo que de cierta forma había esperado desde siempre, era el conocimiento supremo: quería conocer el río, cada uno de sus caminos, todos sus caminos. De conocerlos, podría navegar por él durante siglos antes de llegar al mar. Pero nadie conocía todos los caminos, pensaba Iardén, aún nadie los conocía.

Dicen los hombres sabios que el verdadero nombre de Dios se esconde en todas las cosas, que es impronunciable para sus hijos, que es largo como la edad del Universo o breve e insondable como el espacio que hay entre Aleph y Tav, que se forma con las palabras de su Torah, que es nombre y número al mismo tiempo, que ese número, ese nombre, guarda el secreto de la Vida, que alguna vez se perdió, que acaso duerme en el delicado diagrama de la hoja de un árbol a orillas de un río, que sólo el Mesías podría reconocerlo, que Su nombre último es la suma de todos los nombres, su propia Esencia. Los hombres sabios dicen muchas cosas, pero a Iardén no le interesaba la posibilidad de levantar a su familia desde el barro de las orillas: sólo buscaba llamar la atención de Dios.

Cierta noche, perdida ya la cuenta de los días, las noches y los años, entrecerrados sus ojos en la eterna duermevela de la ancianidad, nombre tras nombre tomaban forma en forma de susurros y Iardén dio, casi sin darse cuenta, con el nombre del Creador. Quizá ese nombre estaba conformado por todos los otros nombres pronunciados a lo largo de su vida. O tal vez el verdadero nombre de Dios se hallaba en los pensamientos y no en las palabras de Iardén. O quizá toda su vida desde los afluentes, el sufrimiento que había padecido, más todo lo que había pensado, actuado y dicho, era la forma de invocar aquel nombre verdadero. Tal vez no exista una forma exacta: Su nombre podría ser distinto para cada una de sus criaturas. O quizá lo conformara la vida de todos los hombres en su conjunto. Acaso sea el devenir del Universo lo que da forma al nombre de Dios. Y entonces, ¿cómo Iardén, cómo algún hombre hubiese sido capaz de invocarlo?

Lo cierto es que aquella noche, tras años de haberlo llamado, Iardén, casi sin darse cuenta, volvió a llamar a Dios, que aquella noche le respondió.

En un principio no sucedió nada distinto: la barca mantenía su curso, el río fluía como de costumbre, Iardén aún invocaba nombres ahora vacíos. Pero en las sombras se produjo una extraña forma de silencio, y pronto el anciano comprendió que aquel era un silencio imposible en el río, ni siquiera el perpetuo murmullo de las aguas o el canto de los insectos en las orillas. Iardén abrió los ojos a una oscuridad absoluta: ni siquiera el pálido brillo de las estrellas o los sutiles

fanales de las luciérnagas. Supo entonces que Él estaba cerca porque lo sintió dentro de sí, a su alrededor, en todas partes, una presencia tan poderosa que absorbía toda luz, todo sonido. No tuvo necesidad de hablar: Dios era el mundo y era Iardén, también parte de aquella Presencia que conocía sus pensamientos, su dolor, sus temores, su anhelo.

Entonces, extraviado de sí mismo, mientras retornaban los tenues colores y sonidos de la noche, se levantó con lentitud en el aire, imposible e impensada aliá[*]. En la barca, el cuerpo de anciano permanecía mientras la fuerza más poderosa del Universo llevaba a Iardén más y más arriba. La barca desde allí era una pequeña hoja sobre un hilo de agua, y el hilo parte de una complicada red que se extendía hasta el horizonte.

Iardén vio los afluentes, el nacimiento mismo de aquel río en unas montañas desconocidas; vio todos los árboles de todas las orillas; vio animales que, de una forma imposible, vivían fuera del río y sólo se acercaban para beber de sus márgenes; vio las barcas de todas las personas; vio cómo algunas, sin saberlo, elegían caminos que conducían en forma directa hacia el mar; vio los otros caminos, aquellos que el mar no conocía, aquellos por los que un hombre hubiese podido navegar durante siglos.

Iardén entonces comprendió que no se trataba de un solo río, sino que el mismo curso de agua era diferente para cada persona. Algunos hombres compartían durante un tiempo algunos de sus brazos para luego perderse por caminos distintos. Otros llegaban juntos hasta mar. Cada afluente era único: por cada niño, cada joven, la corriente era siempre torrentosa; para aquellos que, como él, alcanzaban la vejez, el cauce era ancho y la corriente, a medida que se aproximaba al mar, parecía perder impulso. Comprendió entonces que en aquellas aguas amarronadas, casi inmóviles, en aquella ausencia de animales que había presagiado la partida de Berit, debió haber advertido la proximidad del mar. Pero este pensamiento no le produjo dolor, quizá apenas un dolor atenuado, como el dolor se siente por el dolor del otro. Dios ahora estaba con él y su Presencia era un bálsamo que, al tiempo que le mostraba la maravilla de su creación, mitigaba el dolor para hacerlo soportable.

Iardén vio el río, los ríos.

Para después ver el mar.

En la densa oscuridad, repetidos relámpagos, breves espacios

de luz, unían los dos mares: el de olas tempestuosas abajo, el de inquietas nubes arriba. El delta del río, complejo entramado de aguas serenas, desembocaba en la máxima expresión de furia que Iardén jamás hubiese visto. La tormenta tenía lugar entre el mar y aquel cielo que espejaba el mar, y era hacia ella que Dios lo conducía. Todos los demás sentimientos retrocedieron ante el horror absoluto; Iardén no conocía el mar, pero ni siquiera en lo más terrible de su imaginación lo había visto de esa forma: la sumisión del río ante la ausencia de orillas y de orden, ante las gigantescas olas que significaban el fin de todas las cosas.

La tormenta, como si quisiera impedirle que se acercara, arrojaba hacia él trombas de aire y lluvia, pero Dios mantenía la firme determinación de empujarlo hacia ella. El alma de aquel hombre era el trofeo de una imposible batalla entre dos fuerzas titánicas. Iardén, a su vez, también se debatía entre dos sentimientos: por un lado deseaba el triunfo de la tormenta que lo devolvería al río, pero también creía que aquella lucha entre Dios y el mar tenía algo de concluyente: si Dios resultaba vencedor entonces Iardén, testigo divino, podría olvidar para siempre sus temores.

Pero la tormenta ganaba fuerzas, olas más altas, relámpagos menos espaciados, y bajo aquella secuencia de luz Iardén descubrió diminutos puntos que las olas arrastraban mar adentro. Sus fuerzas flaquearon dos veces: primero al comprender que aquellos puntos en la distancia eran hombres, sus barcas ya destrozadas, juguetes perdidos que pronto se hundirían. Volvieron a ceder cuando comprendió que Dios, acaso también por temor al mar, detenía su avance. Pronto la batalla dio un vuelco definitivo: entre las nubes se abrió paso un hilo de luz, dedo que, desde el mar, buscaba a Iardén. Aquello fue demasiado: cerró los ojos y se abandonó a la locura. Olvidó que no estaba solo, que nunca nadie está solo, y entonces Dios fue al fin vencido.

Cuando volvió a abrir los ojos, en el silencio del río nada indicaba el milagro. Río desierto como antes de que Iardén conociera a Berit, vacío como los años que precedieron a una batalla que quizá había tenido lugar sólo en sueños. Pero los cabellos aún húmedos y el regusto de la sal evidenciaban que todo había sido verdadero: Dios había acudido a él, había enfrentado al mar por él, y había sido derrotado.

Desde el horizonte cargado de nubes, lejano escenario de las

hostilidades, un rayo de sol acarició la frente del anciano, como si el mar hubiese renunciado al terror y ahora quisiera seducirlo. El rayo de sol era aquel dedo del mar que en la tempestad lo buscara a tientas y que ahora, sin Presencia Divina que pudiera defenderlo, había encontrado a Iardén indefenso sobre su barca.

Pero el final no llegó. La noche se transformó en día y aquella lejana tormenta, quizá aplacada por su triunfo sobre el Creador, dio paso a una nueva luz. Aquel día fue seguido por muchos otros.

El enfrentamiento entre Dios y el mar había concluido, pero un enfrentamiento más sutil tenía lugar en la quietud de la barca: la pugna entre las sucesivas emociones que dominaban a Iardén: furia, espanto, frustración. Vencidas ya las dudas acerca de si su experiencia estaba circunscripta al imperio de lo real, el hombre se preguntaba cómo era posible que Dios hubiese sido derrotado. ¿Acaso el mar era más poderoso? Pero el mar también era parte de la Creación y entonces, ¿cómo podía lo creado vencer a su propio Creador? O quizá no lo fuera: el río como el fin de Sus dominios. Pero eso, pensaba Iardén, no podía ser verdad. Tras la muerte de Berit, él había cuestionado la existencia de Dios pero luego, para poder desafiarlo, debió creer en Él. Nadie puede enfrentarse a algo que no existe. Y con aquella creencia a la que había dedicado el resto de su vida, Iardén había terminado por aceptar a Dios como la fuerza más poderosa en el Universo; había cuestionado sus designios, pero jamás su Poder o su Obra. E incluso ahora se negaba a aceptar la derrota ocurrida ante sus propios ojos. Dios no podía ser más débil que el mar. Ningún poder que se rebele contra Dios tiene oportunidad de prevalecer. Y entonces pensó que había sido él, Iardén, quien había retrocedido, y no Dios, que no había hecho sino obedecer los dictados del miedo en aquel hombre insignificante. En consecuencia, el derrotado había sido Iardén.

Sumido en sus tribulaciones, ignorante de su entorno, encerrado en sí mismo, Iardén cuestionó entonces la naturaleza de su propio pedido: al principio sólo había deseado el regreso de Berit y de su hijo, pero a medida que los años transcurrían, había llegado a comprender que de encontrar el Nombre, las figuras que pudiera levantar del barro no serían en realidad su familia sino un burdo remedo de seres sin alma, una condena aún mayor que la ausencia.

Con la infinita tristeza de saber que no había forma de volver a verlos, el pedido de Iardén tornó en una suerte de resignación: si no era posible revertir los designios divinos, quería al menos conocer el porqué de los mismos. Pero Dios no da explicaciones, y durante muchos años el hombre obtuvo silencio como única respuesta. Hasta que un día descubrió que ya no era ése su anhelo, que lo que en realidad deseaba, lo que siempre había deseado, era evitar la suerte de Berit, la de sus padres, la de su pequeño hijo por nacer. Pensó entonces que sólo al conocer el río y todos sus caminos podría lograrlo. Y cierta noche, Dios se presentó para cumplir este deseo, pero, ¿en verdad lo habría hecho? Al preguntarse esto, muchos días después de haber sido devuelto a su barca, Iardén se apartó de sus pensamientos para contemplar el río y comprobar que, pese a su propia derrota frente al mar, Dios había hecho realidad su deseo.

Reconoció de inmediato, aunque jamás se había internado antes en aquella parte del río, la figura de los árboles sobre la orilla; supo de la adusta filigrana en cada hoja; reconoció también el dibujo que conformaba la lucha de las distintas corrientes en el agua, y de inmediato su memoria relacionó el paisaje con lo que había visto desde el aire para luego ver ante sí todos los caminos que lo aguardaban y saber adónde conducía cada uno de ellos. Se sorprendió al comprender que guardaba para sí cada recuerdo único, detallado y exacto de todo lo que Dios le había mostrado. Y entonces también supo que aquella sorpresa sería la última. A lo largo de los días que siguieron, pudo identificar cada árbol, cada rama, cada hoja antes de que aparecieran en la distancia. Cada vez le brindaba menos satisfacción y más horror comprobar que su memoria nunca fallaba. La magia del mundo se había perdido; jamás volvería a experimentar el asombro. Todos los colores del río parecieron fundirse en uno solo; el cumplimiento de aquel deseo había resultado en su ruina. Pero el enojo de Iardén no fue dirigido esta vez hacia su propia torpeza por haber desperdiciado décadas enteras en desear aquello, sino contra Dios que, de alguna forma, al decidir en qué momento de la vida de Iardén aparecer, había también elegido cual deseo complacería. Si hubiese aparecido antes, pensaba el anciano, si se hubiese conformado con responder a aquellos por qué o incluso con devolverle de alguna forma, de cualquier forma, a su familia…

Y había otro reclamo: si Iardén sólo deseaba conocer el río, ¿por qué Dios le había mostrado también aquello que más temía? El hombre no estaba preparado, nunca lo había estado, para enfrentarse al mar. Y entonces ni siquiera la derrota era responsabilidad suya. Todas las desdichas de su vida, y ahora también la desesperación de tener que elegir entre la insoportable

eternidad de permanecer durante siglos en un río ya sin sorpresas o de enfrentar otra vez al mar, tenían un sólo responsable: Dios.

De pequeño los padres de Iardén le habían enseñado que todos los hombres tienen un propósito y un destino, pero él no lograba comprender el significado del suyo. O quizá su vida jamás había tenido propósito, o peor, la intención de Dios había sido burlarse de él, una burla dolorosa… Pero Dios no era así, no podía serlo. Iardén había sido parte de Él, de alguna forma aún lo era. Debía haber un motivo para mostrarle todo aquello, algo que iba más allá del inocente pedido de Iardén. Ver el río, ver el mar. ¿Cuál habría sido el plan divino? Pensó entonces que quizá Dios había interpretado su deseo incluso mejor que él mismo: conocer el río era sólo una forma de escapar, y acaso Dios había querido mostrarle algo más. Y con aquella idea, tuvo la certeza de que la clave de todo estaba en el mar, en lo que Dios deseaba enseñarle y el miedo le había impedido apreciar.

Por primera vez con esperanzas, Iardén hizo a un lado el miedo para repasar los hechos desde otro punto de vista, y centró sus recuerdos no en la titánica lucha entre Dios y el mar sino en las barcas en el delta a medida que se aproximaban, y luego en las barcas en el mar. En el delta eran todos ancianos, los jóvenes arrebatados antes de tiempo no llegaban al final del río. Allí la corriente perdía fuerzas y depositaba las barcas en el mar casi con resignación. Aquellos ancianos podrían haber luchado contra la corriente pero algunos, aterrados, se dejaban llevar, y otros, Iardén no terminaba de aceptarlo, parecían entregarse ansiosos a aquel final terrible. Se concentró entonces en las barcas en el delta: muchas tan sencillas como su propia barca. Sin embargo, otros hombres dedicaban su vida a construir grandes embarcaciones, verdaderos palacios flotantes a los que, pensaban, el mar no podría vencer.



Ilustración: Ferrán Clavero

En el mar, las olas elegían primero las barcas más grandes.

Las sencillas llegaban un poco más lejos. Algunos jóvenes que alcanzaban el mar por los canales secretos, construían balsas con los restos de sus barcas destrozadas allá en el río e incluso se adentraban aún más que los ancianos que llegaban desde el delta. Pero todas las embarcaciones, tarde o temprano, terminaban por ceder y los hombres, abandonados a las aguas, pronto serían arrastrados a la profundidad de la Dumah, del silencio. No había esperanza. Dios mismo se lo había mostrado: toda lucha era una lucha inútil.

O quizá no… Una vez más los pensamientos de Iardén se dirigieron a la batalla: Dios no había luchado contra el mar de abajo, que se ocupaba sólo de recolectar restos de hombres y navíos, sino contra el de arriba, contra esas nubes que se cerraban frente a Iardén. El anciano entonces lo supo: las nubes le ocultaban el sol que nacía, y aquel hilo dorado no provenía del mar, no lo buscaba ni intentaba seducirlo. Dios, que es la luz, el triunfo de la luz sobre las tinieblas, apartó las nubes que el mar le opusiera para Iardén, pero él entonces sólo pensaba en huir.

Ahora, devuelto a la calma del río, el mundo apagado para siempre, supo que la iluminación, que cualquier cosa parecida a la sorpresa, sólo podría encontrarla al examinar en sus recuerdos las cosas que el miedo le había impedido ver. Podía recordar cada árbol, cada recodo del río; por lógica, si se esforzaba lo suficiente, podría también recordar lo que acaso vio por un instante y no pudo advertir.

Entrecerrados los ojos, regresaba por última vez a la escena de la batalla, pero ahora apartó sus pensamientos del cielo y de las nubes para centrarlo en los puntos sobre las aguas. Con la destrucción definitiva de las barcas, algunos se hundían pronto en la desesperación del Sheol(*). Pero otros, observó, no se rendían: luchaban de todas las formas posibles. ¿Con qué propósito? Desde el mar podía apreciarse el mar hasta el infinito, no había ningún lugar al que llegar, ninguna razón para mantenerse a flote…

Pero desde el lugar privilegiado en el que Dios había puesto a Iardén, y con la ayuda de Su luz, pudo ver ahora en el recuerdo el lugar en el que el sol nacía, la respuesta a todas sus preguntas, a todos sus miedos: en la distancia, el mar moría en una playa que muy pocos lograban alcanzar. No era el tamaño de las barcas lo que los salvaba, sino el deseo de una nueva oportunidad, el convencimiento de que, pese a todo, el mar podía ser derrotado y de

que más allá, en el Olam haba, había algo por lo que valía la pena luchar. La inquebrantable fe en Dios, cultivada a lo largo del río, los ayudaba allí donde ninguna otra ayuda era posible.

Aquello que se les ofrecía a quienes lograban cruzar el mar no era el regreso al río, sino el acceso a un mundo distinto, a una vida nueva y asombrosa para Iardén: el Tejiat HaMeti, es decir, la resurrección, el retorno al seno de Abraham, acaso un mundo más próximo al de la era mesiánica que menciona la Torah. Detrás del mar aguardaba una vida sobre tierra firme, la posibilidad de tomar cualquier dirección y dirigirse a cualquier sitio, una dimensión que la mente del anciano apenas alcanzaba a concebir. El tibio y hasta entonces velado recuerdo de aquella lejana tierra prometida se hizo presente en la memoria de Iardén con toda su nitidez: el sol nacía para acariciar unas barcas inmóviles y extrañas sobre la playa, navíos que podían conducirse a voluntad. Contra el horizonte se perfilaban los techos de las viviendas de hombres que elegían vivir a orillas de aquel mar, nadar en sus aguas, nutrirse de sus peces. Un mundo imposible en donde el mar podía ser amigo. Y también alcanzó a distinguir el comienzo de caminos que se perdían tierra adentro para aquellos que partían en busca de una vida fuera del río, lejos del mar.

El anciano recordó aquella discusión que en otro tiempo había mantenido con Berit: ella desdeñó su terror al mar y, aunque no había visto ni llegado a imaginar aquella tierra, debió creer en la existencia de un lugar así y en las palabras de la Biblia: “Expiró pues Abraham… y fue a reunirse con sus padres”. Ella quizá había podido vencer al mar, y él entonces también lo haría. Iardén, al comprender la generosidad del regalo de Dios, sonrió por primera vez en muchos años. Luego abrió los ojos en dirección al murmullo de las olas que nacía en la distancia.

Jueves 2 de diciembre de 2004.

(*) Significado de las palabras hebreas presentes en el texto en el orden de su aparición:

Iardén: nombre que significa “el que desciende”.

Moshé: Moisés, salvador del pueblo judío. El nombre significa “extraído de las aguas”.

Shabat: Sábado, día de descanso.

Berit: nombre que significa “fuente de agua”.

Torah: Pentateuco, los cinco libros que componen la Biblia, también significa “guía”, “enseñanza” y “ley”.

Jupá: significa “boda”. También se denomina jupá al dosel nupcial donde se celebra la boda y que representa el hogar que se crea en ese acto.

Parashot: plural de parashá, que significa “oración”.

Aleph y tav: respectivamente, primera y última letra del alfabeto hebreo, reemplazado en el catolicismo por sus homónimas del alfabeto griego: alfa y omega.

Aliá: significa “ascenso”. Si bien en la actualizad se relaciona esta palabra con el establecimiento en Israel, y antes con el peregrinaje al Templo, el significado original es el “ascenso” de Moshé al monte Sinaí. También se llama aliá cuando una persona es invitada a participar en los actos litúrgicos de un servicio en la sinagoga.

Dumah: significa “silencio”, en el texto se refiere a la acepción que tenía esta palabra para los hebreos antiguos, que era una forma de denominar al Sheol o limbo, lugar en donde los hombres, tras su muerte, aguardaban el eventual llamado de Dios.

Sheol: es una palabra de origen desconocido que designa a las profundidades de la tierra a donde bajan los muertos y en donde, según las Sagradas Escrituras, los buenos y los malos mezclados tienen una lúgubre supervivencia en lo que se considera un pálido simulacro de su vida anterior.

Olam haba: significa “más allá”, y se refiere a todo lo que sobreviene después de la muerte.

Tejiat HaMetim: significa “vuelta a la vida de los difuntos”, o mejor dicho, “resurrección”. No se debe confundir este término con “reencarnación” . Mientras que la reencarnación es el regreso del alma al mundo (a este mismo mundo) para obtener la purificación absoluta o alcanzar el “nirvana”, creencia común de las religiones orientales, la resurrección significa para los judíos el acceso a un plano espiritual superior, el regreso a la Fuente de la Vida Eterna, al seno de Dios.

Abraham: Padre de Isaac, del cual nacieron Esaú y Jacob. Los hijos de Jacob son los doce Patriarcas, de los cuales se forma el pueblo de Israel. Dios le cambia el nombre original, “Abrán”, que significa “padre”, por el de “Abraham”, que significa “padre de muchos pueblos”.

Alexis Javier Winer es argentino y trabaja como diseñador web en una importante empresa petrolera. Ha publicado una novela, *Los fragmentos del pasado*, fue premiado en el Concurso Axxón, Mundos Diferentes, por su cuento “Por la vía sentimental” y ha participado en la antología *Más y mejores cuentos*. En Axxón han sido publicados sus relatos “El mayor poder”, N° 112 y “Cuentos de horror a la hora de dormir”, N° 120.

Ojo en el cielo

Paula Ruggeri

Philip K. Dick, Phil para sus amigos, Phil Trafa para su mujer, se despertó esa mañana como siempre, destapado. Su esposa roncaba a su lado, envuelta en todas las mantas. Phil masculló una de sus palabras favoritas. Tenía tres o cuatro de esas y las usaba en toda ocasión. Fue a la cocina y se hizo un café que le salió aguado. No importaba, ella lo hacía peor. Se duchó. Al salir de la ducha resbaló con el jabón y casi se cae, pero no se cayó. Como por milagro se mantuvo en pie.

Otra vez, pensó. *Fallan las leyes naturales. La Naturaleza no permite que no te caigas cuando resbalas con el jabón*. Comprensiblemente, no haber muerto por una caída en la ducha lo llenó de desconfianza. Ayer había tenido la misma sensación. Se había servido una taza de café y estaba riquísimo. Eso jamás ocurre. Sacudió los hombros, como tratando de liberarse de esa sensación de irrealidad. No lo logró.

—Buen día, querido. Espero que hayas dormido bien. —La voz de su mujer, alegre, puso todos sus instintos de alerta en funcionamiento. Algo no andaba bien. Normalmente, ella se despertaba a las puteadas limpias. La vio acercarse en bata, con una taza de café en la mano.

—¿Te gustó anoche?

Fue como si me caminara un elefante por arriba, pensó pero dijo: —Eh, sí. ¿Estás bien?

—Claro que sí. Estoy maravillosamente bien.

Dick se puso los anteojos para verla mejor. Se los saco, se restregó los ojos, la miró de nuevo. No había dudas, estaba tan horrenda como siempre. *Eso*, pensó, *sí es real*. Sin embargo…

—Creo que pasa algo malo, Margot. El mundo es diferente. Las leyes naturales fallan. Creo que la realidad es un ojo que nos mira y tiene miopía. O astigmatismo, tal vez se esté quedando ciego, tal vez…

—¡Uf, otra vez estas estupideces! Hablo en serio, Phil Trafa, te volviste loco, ¿entendés? Colifa. Demente. Psicótico. ¿Tomaste las pastillas que te dio el doctor?

—¿Qué pastillas?

—Éstas, tarado. —Le revoleó una caja en la cabeza. Las pastillitas de colores se derramaron por el piso—. Cinco cada cuatro horas. Ahora andá a trabajar que se te hace tarde. Pero escuchame bien, Phil Trafa, no hables de esto en el trabajo ¿entendés? O te despedirán.

De mala gana, Philip K. Dick, Phil Trafa para Margot, se puso los pantalones y fue al trabajo.

Su trabajo no era un gran trabajo. Trabajaba en un taller como mecánico y no ganaba un gran ingreso. Pero era suficiente para que Margot se hiciera un implante de pestañas cada semana, comiera dulces por tonelada y mantuviera su auto rojo, vistoso, funcional. Pero lo que no podía permitirse era una mascota. Siempre la había querido. Pero era tan difícil. Ni en cuotas la podía comprar.

En el trabajo, Phil se mantenía todo lo callado que podía. Que no era mucho.

—¿Sabés, Bill?

—¿Qué, Phil?

—Creo que el mundo no es real. ¿No te parece que un vulgar mecánico gordo como vos no debería tener una mujer tan bella como Norma Jean? ¿No creés que ella debería casarse con una estrella de béisbol, o un gran escritor, o alguien así? Mirate, Bill, y decime si no tengo…

—Callate, Phil, o te voy a partir la tenaza en la cabeza. Tenés algo con mi esposa, ¿verdad?

—Mirá, Bill, podés partirme la cabeza con la tenaza y estaremos en un mundo real. Pero si partís la tenaza en mi cabeza, eso no haría más que demostrar que yo tengo razón y que las leyes naturales fallan y…

—Decime, decime que dormiste con Norma y entonces…

—No dormí con tu mujer, Bill. Lo que te digo es otra cosa.

—Entonces, si no dormiste con mi esposa, callate y dejá de buscar problemas.

—Bill.

—¿Qué pasa ahora, Phil?

—Hoy me resbalé con el jabón en la ducha y no me caí.

—Qué mala suerte. Podría trabajar tan tranquilo…

—Mi mujer se despertó tan alegre esta mañana, ¿sabés? Eso no es real. Ayer el café me salió rico. Creo que hay un virus en el sistema o tal vez nos invadieron los ultracuerpos, tal vez la Tierra fue destruida y nosotros somos venusinos…

—Phil, calmate, ¿querés? Estás chiflado, pero todos te queremos. Te diré lo que pasa: el mundo lo tenés pintado en los ojos, ¿ves? Y a veces se descascara un poco la pintura, como en este auto, ¿ves? Necesitás chapa y pintura, eso es todo. ¿Por qué no vas al doctor? Te hará bien. Ahora dejame trabajar, ¿querés? Callate un poco. El silencio es salud.

—Bill.

—Callate o te parto la tenaza en la cabeza.

¿Por qué insistía en querer partir la tenaza y no la cabeza? Phil no pudo dejar de pensar en eso.

Cuando volvió a su casa, encontró a su esposa leyendo un libro entre montones de envoltorios de chocolate. Al menos eso era normal. Pero tuvo una corazonada.

—¿Qué leés? —le preguntó, con tono indiferente.

—Leo a Stephen King y no deduzcas estupideces. Esta está buena de verdad.

—¿Ah, sí? —murmuró él. Sus sospechas estaban confirmadas. Su esposa se había licenciado en Letras y solo leía a Shakespeare y esos otros que no se acordaba. Él no era instruido y ella siempre se burlaba de él con citas que no comprendía.

—Phil, ¿de qué te disfrazarás para la fiesta del doctor Sherwood? Yo no sé si ir de aldeana o de Gatúbela, o tal vez de Cleopatra.

—No iré —dijo él.

—Sí irás. El doctor Sherwood es la personalidad más importante del condado de Essex.

—Estamos en Nueva York.

—No interesa. Yo te digo que irás. No voy a una fiesta de disfraces desde hace veinte años. Es una invitación formal. Tal vez él después lleve el automóvil a tu taller. Pero no creo. Tiene un Mercedes.

—Iré de mecánico —contesto él con voz sombría.

—Dios mío. ¿Por qué no te gusta leer, ni bailar, ni las salchichas ni las películas de amor ni nada que me guste a mí? ¿No querés disfrazarte de Marco Antonio o de Batman o de bandido romano?

—Anacoreta de Alejandría —empezó a decir Phil rojo de furia…

—Anixamandro, bestia —le dijo su mujer. Sintió que la ira lo tomaba por los cabellos como Minerva a Aquiles (yo también soy culta). Enrojeció y tartamudeo.

Anixamandro decía que el mundo era…

—Un solipsista, eso es lo que era. Dejate de pavadas que tengo que implantarme las pestañas nuevas para la fiesta del Dr. Sherwood. No el bosque de Sherwood, el doctor. A vos el bosque no te deja ver el árbol. Siempre fuiste un idiota. —Se fue dando un portazo.

—Anacoreta —masculló—. A eso debí dedicarme y no a la caza de brujas.

La puerta se abrió nuevamente de un golpe y asomó Cachavacha con los pelos parados.

—Tal vez el doctor Sherwood te dé otras pastillas, algo que te saque esas idioteces de la cabeza. —Y volvió a dar un portazo.

Phil escuchó arrancar del auto y tomo la honda. Rápidamente abrió la ventana y con certera puntería le asestó un piedrazo al auto de su vecino, Flanders.

—¡Maldición! —masculló. Seguramente Flanders vendría a asestarle un sermón de predicador peor que un mazazo en la cabeza. Y si eso no sucedía y sólo lo demandaba el seguro, entonces eso no era real. Cerró la ventana de un golpe, como es costumbre en la familia Dick.

Pero la ventana no se rompió.

En la fiesta del doctor Sherwood todo transcurría con normalidad. El predicador estaba de Demonio de Tasmania y su mujer de bailarina de cabaret. Flanders estaba de sacerdote y le dedicó un sermón sobre la honda y sobre un tal David que mató a un pobre Goliat y fue preso y sobre doscientos dólares. La mujer de Flanders estaba de bailarina de cabaret. Margot se había disfrazado de aldeana. Él de bandido romano.

Todos comían y bebían y trataban de hablar con el doctor Sherwood. Margot había aplastado a Mistress Sherwood y lo había logrado.

Nadie le prestaba atención.

Salió al parque a meditar. Era raro que todo se presentara tan normal. Eso significaba algo, ¿qué? Una voz argentina interrumpió sus pensamientos.

—¿Querés champán?

Sobresaltado, se dio vuelta. Esa forma de hablar no era normal, pensó. Y lo que tenía frente a sus ojos, tampoco.

Una mujer… la palabra es “angelical”.

Eso sugerían las dos alas blancas que cargaban sus hombros y la aureola brillante que exhibía sobre su cabeza. Tenía una cabellera larga, espesa, de un color castaño dorado. Tenía los ojos más dulces… esa dulzura forzosamente debía hacer desconfiar a un hombre como Philip K. Dick. Otro diría que tras ella se escondían segundas intenciones. Él se dijo, sencillamente, que ella era extraterrestre. Alta, delgada, sonriente, llevaba dos copas de bebida burbujeante en las manos.

—Qué buen disfraz —atinó a decir él, aceptando la copa. Ella era ligera. Aérea… *Liviana como una copa de champaña,* pensó. Lo que lo maravillaba eran sus pestañas. Castañas, aterciopeladas, sedosas. Eran naturales. Hacia años que parecían siglos que no veía pestañas como ésas. Cortaban la respiración. Se sintió mareado. Podría acariciarlas, besarlas, rociarlas de amor oleaginoso. ‘Oleaginoso’, repitió para sus adentros. Otra vez sucede lo mismo. ¿Por qué pensé oleaginoso? —se preguntaba. ¿Por qué antes dije ‘anacoreta’ en lugar de ‘Anixamandro’.

—¿En qué pensás? —le preguntó el ángel rubio.

—En aceite —dijo él maquinalmente—. Adiós. —Pensativamente volvió sobre sus pasos pero, para su sorpresa, el ángel lo tomó de los hombros.

—Sé que pensás —le dijo—. Por eso estoy aquí. Pensaste ‘oleaginoso’. Eso es una falla del sistema, un virus. Al Señor no le gusta cuando un virus se infiltra en el sistema. La Informática Celestial…

—¿La qué? —Phil se volvió y la encaró con ojos enrojecidos. Pensó que ella le tomaba el pelo.

—Pensás que te tomo el pelo.

—Sí.

—Pero si no tenés… —ella rió y volvió a parecer ligera como…— como champán, ¿eh?

A Phil le causaba rabia esa intromisión en sus pensamientos.

—Te dicen que delirás —prosiguió ella—. Vos decís que no.

Pero cuando alguien te cree, como yo… sos vos mismo el que no confía en su propio pensamiento y eso lo convierte en un delirio. ¿Querés volver a la normalidad? Rojo. ¿Querés ver la realidad? Azul. Como en todo, vos elegís.

Le mostró dos caramelos. El rojo era de ají. El azul era de ajo.

—¿Me estás cargando? —dijo él—. Se compran en cualquier kiosco.

—¿Te estoy cargando qué, un muerto?

—Dejá de hacer juegos de palabras imbéciles.

—Dejá de molestarte cuando otros son más brillantes que vos. Si querés volver a tu mundo de mentiras, Rojo. Pero si querés ver la realidad, por negra que pueda ser, azul. Vos elegís. Tomalo o dejalo.

—Andate al…

—¿Adónde? —preguntó ella con ansiedad.

—No, no vas a hacer otro juego de palabras idiota. Dame la azul.

Ella se rió. Luego le dio el caramelo.

—Esto que hacés es muy importante.

—Bah. Me gustan los de ajo.

—En gustos no hay nada escrito, dijo un chancho comiendo basura.

—¿Querés que me lo coma o no?

—¿Y qué esperás? Me estás haciendo perder un tiempo terrible. Juega Racing hoy, sabés —consultó un reloj diminuto en su cabello—. ¡Pero la…! Dale, tomate el ajo que no llego.

Philip K. Dick, Phil para sus amigos, Piltrafa para su mujer, abrió el envoltorio del caramelo. Mirándola muy fijo, abrió la boca y…

Y…

Abrió los ojos en un fondo negro. Todo era negro. Espacio sin profundidad, sin color, sin perspectiva. Sin geometría, sin nada de nada.

Bajo sus pies, nada.

Sobre su cabeza, nada.

A la derecha, nada.

A la izquierda, nada.

Lentamente, giró para ver que había detrás.

Lentamente…

Primero vio una calva como la suya.

Luego vio una barba blanca de quince metros.

Luego vio unos ojos pequeños, negros y llenos de arrugas.

Luego una nariz así de larga.

Luego… acabemos de una vez. Vio a un viejo igualito a Panoramix. Y por supuesto, era Dios. ¿Quién más?

—Hola —dijo Phil K. Dick. Sonó un poco cohibido, como confundido. Estaba impresionado, pero quien no lo estaría.

—No me hables que estoy muy furioso. Y mi Ira es la peor Ira. Te borro y hago otro dibujito. Eso haré si me molestas.

—Pero yo…

—Pero yo, nada. ¿Sabes qué es esto?

—No —admitió.

—Esto es el Universo. No es nada. Tu mujer, tu auto, tu vecino Flanders, no existen. Nueva York, Estados Unidos, el planeta Tierra, no existen. El ángel burbujeante de champaña, no existe. ¿Sabes por qué existen para ti todas esas cosas?

Dick no respondió. Era la confirmación de su más profundo espanto. Al fin balbuceó…

—Lo tengo…

Dios lo miraba mientras se acariciaba la barba con dedos largos y huesudos.

—Tengo… —Dick comenzó a temblar…

—Dilo de una vez.

—Pintado. —El temblor no le dejaba articular bien las palabras. Comenzó a toser, ahogado. Una náusea como una marea lo envolvió y tuvo una convulsión.

—¡En los ojos! —gritó Dios en su terrible Ira—. ¡EL MUNDO LO TIENES PINTADO EN LOS OJOS! ¡SÍ, SÍ, SÍ! —Comenzó a reír con carcajadas terribles.

Dick se dejó caer en la nada.

—Bueno, bueno. Tampoco es para ponerse así. Anda, sé buen chico, siéntate. Así. ¿Estás mejor?

Con su Infinita Paciencia, Dios se sentó a su lado. —Escucha, Dick, muchacho. Te lo contaré con florecitas y pajaritos para que lo entiendas.

»Yo había creado un mundo completo. Con árboles, con peces, con vacas, con hombres. Los hombres los hice a mi imagen y semejanza.

»Ése fue mi peor error. Mira mis uñas. ¿Las ves? Largas y sucias. Mira mi barba, desgreñada, roñosa. Soy un sucio y un mal tipo.

»Que sea sucio y un mal tipo no quiere decir que no pueda crear cosas hermosas. ¿Sabes quien fue Miguel Ángel? Jamás se lavaba las manos antes de comer y tampoco después. ¿Has leído a Petrarca? Bueno, aunque pocos lo sabemos, Laura no lo quería por que él le pegaba. ¿Has leído a Quevedo? Se emborrachaba. ¿Balzac? Un tacaño. ¿Víctor Hugo? Era tan mujeriego que le robó la mujer a su propio hijo. Así es… —suspiró—. Yo hice cosas bellas. Y el hombre las destruyó. El mundo me había tomado tanto trabajo. Milenios. Después me sentí tan cansado que me tomé una siesta de dos milenios de nada y con qué me encuentro cuando me despierto… —su voz pasó del murmullo al trueno bíblico—. ¡CON UN BASURAL! Con parquímetros, con automóviles, con supermercados, con tintura para el pelo…

»Comprenderás que lo destruyera.

»Entonces me sentí vacío. Cuando un artista destruye su obra… Conserva algunas cosas que valen la pena. —Metió la mano en la barba y sacó el “Nacimiento de Venus” de Boticelli—. ¿La conoces?”, preguntó.

—Mi ángel rubio como la…

—Como la champaña, sí. Con pestañas naturales y sedosas. El original se llamó Simonetta Vespucci. Murió amarga y consumida a los veintitrés años. ¿Y sabes por qué? —preguntó con voz dulce.

—No. ¿Por qué?

Dios le pegó un mamporrazo y gritó: —¡PORQUE LOS HOMBRES ABUSARON DE ELLA! ¡Y ELLA SE MATÓ DE HAMBRE!

Dick se desmayó otra vez.

Cuando despertó había un montón de libros delante de él. *La Divina Comedia*. *Don Quijote de la Mancha*. *Los Tres Mosqueteros*. *El Club Dumas*. Y *Ojo en el Cielo*, de Philip K. Dick.

Dick lo tomó y lo miró con asombro.



Ilustración: Luis Di Donna

—Yo nunca este escribí un libro.

—Tú no. Y eres, como bien dice tu mujer, un bruto y un ignorante. Philip K. Dick fue un autor importante del siglo XX. Se dedicó a la ciencia ficción y a la paranoia por partes iguales. Él me dio la idea.

»Destruí todo. Inventé un nuevo Philip K. Dick. Pinté el mundo tal cual era en sus ojos, tus ojos. Así ya no tuvo que tomarme los milenios que me tomó antes.

—¿Y por qué hiciste el mundo tan malo como era antes?

Dios suspiró.

—Por algo el hombre está hecho a mi imagen y semejanza. Por no perderme la telenovela, qué quieres. Sino, qué hago aquí. Solo y aburrido. Y bien, Dick, me has causado un problema, lo voy a solucionar. Ahora lo sabes todo. Pero lo olvidarás todo. No querrás pasar la Eternidad así, conversando conmigo. A pesar de ser un polemista brillante, por supuesto. El problema es que tú no lo eres. Vas a volver a tu mundo. Puedo hacer algunas concesiones. ¿Quieres ser más guapo? ¿otra mujer?

—Quiero a Simonetta Vespucci.

—No. Ella no. No me la arruinarán de nuevo.

—Bien. Quiero un millón de dólares.

—Bah. Te los gastarás en dos años. No.

—Quiero ser más sabio.

—¿Para qué? ¡Mira para lo que sirve!

—Está bien, quiero otra mujer y una mascota de verdad.

—Oh, bueno. Eso no es difícil. Muy bien, Phil. Vas a olvidarlo todo y volverás a la fiesta del Doctor Sherwood. ¿Quieres un perro o

un gato?

—Un perro. ¿Podrías ahorrarme la fiesta del Doctor Sherwood?

—Muy bien, volverás a tu casa, a dormir.

Dick sintió los párpados pesados. El negro se volvió neblinoso y de la niebla emergieron los colores primarios, se mezclaron y aparecieron verdes, violetas, rosados…

—Adiós, Phil.

Despertó en su cama, como siempre. Como todas las mañanas, su mujer lo había destapado. Tomó el café aguado de siempre, su mujer le gruñó como siempre. Lo único que lo alegraba de haberse casado con ella eran sus pestañas. Eran verdaderas. Ya no se veían como ésas. Por lo demás, se preguntó por qué no se había hecho sacerdote en lugar de dedicarse a la caza de brujas. Pero tenía un perro. Eso era lujo.

Paula Ruggeri nació en Buenos Aires en 1970. Ha publicado relatos y ensayos en revistas y antologías de Argentina, España y México; algunos de sus textos están disponibles en Internet. Es autora del libro *El gran compendio de las criaturas fantásticas* (2005) y este es su primer cuento en Axxón.

Superarse o morir - El criterio de la ciencia ficción

Fran Ontanaya

Planteamiento:
La ciencia ficción cuenta ya con más de cien años de historia, una vida comparable a la de otros subgéneros modernos como la novela negra o la historia de detectives, si obviamos los antecedentes clásicos que de forma puntual preludiaron su aparición. En ese tiempo la temática que Jules Verne dio a luz se ha diversificado y ha evolucionado, segregando sus propias corrientes (ópera espacial, aventura planetaria, *steampunk*) y movimientos (*new wave, ciberpunk*). Sin embargo, con el subgénero ya plenamente desarrollado, todavía no es fácil encontrar en él la madurez y la consciencia crítica necesarias para equiparar esta temática de indiscutible validez actual, en nivel y consideración, al resto de obras que han influido de forma trascendente en la literatura universal.

Desarrollo:
En cuanto a la conciencia crítica, la ciencia ficción se enfrenta a un hecho y a un problema. El hecho es que gran parte de las obras que han alcanzado una distinción especial la han conseguido probablemente gracias al reconocimiento externo: ***1984***, ***Un mundo feliz***, ***La naranja mecánica***, ***Matadero 5***, ***Fahrenheit 451***… Novelas no convencionales, provocadoras en su capacidad de profundizar en conflictos importantes, de cuestionar la política, la sociedad, los sistemas, etc., pero cuya popularidad dentro de la ciencia ficción no supera en mucho la de obras de menor entidad.

El problema aludido está en la tendencia a enmascarar la falta de criticismo (en un sentido constructivo) tras criterios "especiales" que, por una parte, niegan la capacidad del lector/crítico en general para valorar la calidad de la ciencia ficción y, por otra, le restan valor a las virtudes que han hecho clásicas las grandes obras, sustituyéndolas por otras que tienen más parte en la capacidad imaginativa del lector que en el talento creativo del narrador.

Es cierto que la ciencia ficción tiene más libertad —más radio de acción— para escoger sus parámetros. No obstante, esto es con más frecuencia una zancadilla que una virtud bien aprovechada, ya que los autores se recrean en aquello que, por ser extraño, creen no

poder dar por supuesto, actuando en contra de la calidad propia de la obra. Incluso la importancia de esa libertad es discutible; a la hora de crear una situación inusual, extraordinaria, que rompa los parámetros del lector, cualquier escenario es apropiado, como han demostrado Rulfo o Kafka entre muchos. Con la ciencia ficción se pueden incluir novedades que añaden una panoplia extra de recursos y situaciones conflictivas, pero es indudable que estos también se pueden hallar sin entrar en la especulación. Con lo cual, la ciencia ficción es en potencia más variada, pero no necesariamente más (ni menos) profunda en un sentido humano que, por ejemplo, la historia de un americano enamorado de una enfermera inglesa durante la primera Guerra Mundial (***Adiós a las armas***), o la de un esquizofrénico en una familia cuya una normalidad es sólo una fachada (***Confesiones de un artista de mierda***).

Por supuesto, la literatura en sí es un lenguaje con una estructura que va más allá de temas y argumentos y, como tal, habrá siempre un conjunto de criterios básicos para juzgar el valor (desde el punto de vista humano) de cualquier obra. El hecho de que lectores de todos los gustos y colores hayan sido capaces de seleccionar una muestra de obras clásicas de ciencia ficción es la prueba de que, lejos de ser ajenos a esta literatura, están simplemente utilizando su criterio, amplio, diverso y experimentado, para distinguir las obras perdurables de las desechables. A falta de un filtrado más diáfano desde dentro del subgénero, sin embargo, otros autores de mérito se han de quedar en la sombra para el gran público (Ursula K. LeGuin, Daniel Keyes, Theodore Sturgeon, Connie Willis, etc.), mientras los nuevos autores se encuentran con que no existe presión alguna sobre ellos para superar las fronteras de la ciencia ficción.

Nudo:

Si se analiza con un poco de frialdad el estado de la ciencia ficción, lo primero que salta a la vista es la escasa distancia que separa la producción comercial (literatura “best-seller”) de la obra ambiciosa. Mientras en subgéneros con más tradición (terror, fantasía) aún se discrimina entre la obra comercial y la de calidad, en la ciencia ficción, apoyándose en esas virtudes alternativas, se presenta todo junto y mezclado. Especialmente curioso es que se pueda llegar a acusar a la crítica no especializada de entender toda la ciencia ficción como historias de marcianos y naves espaciales, cuando desde dentro no se siente ningún reparo en ofrecerla y consumirla sin distinción.

Echando la vista atrás, se descubre que la ciencia ficción, como otros subgéneros nacidos en la era moderna, tiene una historia

diferente a la del resto de la literatura. Antes de la Revolución Industrial y del aumento de las tasas de alfabetización en Occidente, el libro era en gran medida un producto culto, prestigioso, que requería un esfuerzo considerable para ser impreso y distribuido. Los lectores a los que iba destinado eran, a su vez, gente que había recibido una educación, entre ellos aristócratas, humanistas, artistas u otros escritores. En consecuencia, se tenía un cuidado especial por darle a la obra una importancia comparable a la de su trascendencia y su capacidad de influir en otros; por eso tales autores, desde Miguel de Cervantes a Victor Hugo, quedaron como referentes para la literatura posterior.

La ciencia ficción, sin embargo, tuvo orígenes mucho más humildes, una vez que el romanticista ***Frankenstein o el moderno Prometeo*** de Mary Shelley quedó anticuado por las maravillas de la era mecánica. El mismo Julio Verne creó muchas de las bases de lo que se entiende por una narración clásica de ciencia ficción, como la ambigüedad entre el bien y el mal de los avances científicos y su influencia en el equilibrio de poder (***20.000 leguas de viaje submarino, Robur el conquistador, Los quinientos millones de la Begún***), el sentido de la maravilla tanto del invento colosal (***De la Tierra a la Luna***), como del viaje más allá de lo conocido (***Viaje alrededor de la Luna***, ***Viaje al centro de la Tierra***), etc. Todo eso son “paradigmas”, elementos comunes que relacionan entre sí la ciencia ficción. Pasada la primera Guerra Mundial, con la sensibilidad de Europa herida por sus propios desmanes, el ascenso de los Estados Unidos como potencia industrial y la necesidad de evasión en plena depresión económica, el folletín de ciencia ficción se convirtió en refugio de miles de adolescentes. Sólo el salto del folletín a la novela ya supuso romper prejuicios tanto comerciales como de consumo. Y, por supuesto, esa novela primigenia seguía las pautas del folletín del que provenía el subgénero (H. G. Wells, Edgar Rice Burroughs, E. E. Doc Smith). Inevitablemente estos orígenes dejaron marcada la ciencia ficción y, a pesar de diversificarse bien pronto (desde el coqueteo con la Generación Perdida de Ray Bradbury al espíritu folletinesco de Isaac Asimov, pasando por un Theodore Sturgeon que anticipaba la New Wave o un Frederik Pohl que combinaba la crítica con la especulación), fue aquella literatura popular la que quedó como referente, considerándose a partir de entonces “ciencia ficción normal”.

Fuera de la ciencia ficción, la literatura “best-seller” está perfectamente identificada y ocupa su propio lugar, cualesquiera que sean sus cifras de ventas. Es una literatura que se adapta al lenguaje de sus lectores, igual que hace, a su modo, parte de la

ciencia ficción; no sorprende por eso que obras tremendamente populares dentro del subgénero (“Dune”, “Fundación”, “El juego de Ender”, “Hiperión”), no obtengan respuesta alguna de la crítica general, que reconoce en ellas la tipología del “best-seller”, ni de lectores de “best-sellers” que no han tenido contacto con la ciencia ficción, por encontrarse con un lenguaje que no está adaptado a ellos (un “desprecio” que tantas veces conduce a la reflexión como al victimismo). Dentro de sus límites, sin embargo, estas obras pueden parecer no sólo entretenidas, sino “revolucionarias”; así, a mucha gente le pareció más notable que Dan Brown dijera en ***El código Da Vinci*** que el florentino había pintado a María en vez de a Pedro al lado de Jesús que la calidad intrínseca de la novela. Lo que, cuando no se está distinguiendo la obra comercial de la obra de calidad, sirve para sembrar confusión y para sugerir a los nuevos autores que su objetivo, en aras de impresionar a quien es fácil impresionar, ha de ser la idea revolucionaria, pirotécnica; a pesar de que, como decía el ***Fausto*** de Goethe, siempre hay alguien que la pensó antes.

Que se trate de ciencia ficción, y por lo tanto de materia “intelectualmente” más profunda (y en ese aspecto, en cualquier caso, superada siempre por la divulgación científica), no oculta una falta de profundidad en todos los demás aspectos. Cuando fuera del género se pueden leer ficciones que hablan de Hiroshima, de Sarajevo, de la Rusia de la revolución o la España de la Guerra Civil, no puede extrañar nada, en absoluto, que para mucha gente la mayor parte de la ciencia ficción tenga la misma profundidad, el mismo espíritu, la misma capacidad de remover conciencias, que ***El código Da Vinci***. Y es que la ciencia ficción no se ha entendido como una literatura de reflexión tan a menudo como debería, sino como un producto de consumo y evasión que, siguiendo la ley de Sturgeon, de vez en cuando se ha desafiado a sí mismo y ha dado obras maestras. Obras que, en un porcentaje razonable y proporcional, han tenido la repercusión de clásicos modernos.

Conclusión:

Con una visión más o menos amplia de lo que es la ciencia ficción y lo que es el resto de la literatura, se puede decir que, al contrario de lo que se pueda creer, la ciencia ficción ha ocupado hasta ahora y en buena medida el lugar que se merece. Desde luego, hace falta mucho más que una “ciencia ficción normal” para situar sin pudor más de dos o tres nombres al lado de los Kafka, Faulkner, Pushkin, Hemingway, Goethe, Steinbeck, Bécquer, Borges, Hugo, Tolstoi, Dostoievski, Shakespeare, Cervantes, etc.

Es necesario que no se pierda (o desaproveche) tanto el sentimiento,

el drama, la tragedia, la madurez, la alienación de lo conocido, incluso la abrasiva, cáustica y a veces descorazonadora transparencia de una crónica realista, en favor de la exhibición de gadgets científicos en torno a personajes individuales y con poca empatía. Las obras de ciencia ficción deshumanizadas, creadas por el mero espectáculo, lo más entretienen y se les saca provecho hasta que pasa la última página; pero, en el fondo, no aportan nada duradero a los lectores, ni por lo tanto a la literatura.

La ciencia ficción podría ser mucho más trascendente. Sólo viendo hasta qué punto influye la ciencia y la tecnología en nuestra vida diaria, hasta se puede pensar que tendría que ser uno de los grandes temas del siglo XXI. Pero para eso, en cuanto a crítica, tiene que hacer algo más que dejar a gente de fuera el trabajo de resaltar sus auténticos maestros mientras dentro se codean con meros "best-sellers"; y en cuanto a creación, tiene que abrir sus ventanas, coger referencias del resto de la vida y utilizarlas en su marco especulativo, librándose de una concepción limitada de origen. El lector no tiene que ser sólo un espectador; la ciencia ficción tiene que fundirse con él, hurgar en sus impulsos, emociones, traumas, sueños y miedos, construirse a sí misma con ellos, anticiparse a ellos con sus recursos únicos, y dejar un cambio que perdure y sea trascendente. Ésa es la diferencia entre la Gran Literatura y la pequeña literatura, y entre una ciencia ficción superada por la realidad y una ciencia ficción que supere a la realidad.

Axxón 153 - agosto de 2005

Otra tragedia griega

Gerardo Horacio Porcayo

Se rasca los sobacos con experiencia de burócrata y mira el holovisor sin mirarlo. Está hundido en el abovedado laberinto de fibra óptica. Sus sentidos expandidos por el Deck *Mitsubishi*; el deformador axónico, bien ensamblado.

—Mierda —barbota y cambia el canal. Los panzer palpitan contra la vulva hinchada y rojiza del Kremlin. Un comentarista "*atempo*" narra el caos como si se tratara del campeonato mundial de peso pluma—. Esta chingadera está rancia.

Podría probar el medio millón de *Transponders* restantes con los mismos resultados. Anuncios de las maravillas bizarras que plagan e infestan *Port Dick*. Documentales sobre nuevas exploraciones al espacio profundo. Billones de películas interactivas.

Prefiere lo clásico. Lo interiorista.

Manipula la pantalla sensible del *Mitsubishi* y digita éxtasis protocolario. Arranca el pequeño rectángulo negro del deformador y lo arroja contra la foto de Lebeau. Marco y cristales, hechos astillas.

También sus sentimientos.

—Jódete —le grita al retrato. Terca, irracionalmente, rememora. Más allá de lo recomendable. La fase de transición entre programa y programa siempre acrecienta sus angustias.

Se incorpora. Los cables, conectados a la cumbre de su cráneo, lastran su avance. Recoge la mala impresión *Atarka*; un fragmento de vidrio ha desgarrado el labio superior de Lebeau, también el lunar que le obligó a implantarse… Y recuerda a los cirujanos. Mierda, vaya que los recuerda. Palpaban a Lebeau con una lujuria que él apenas era capaz de igualar. Superaron esa crisis. Sólo esa.

Sus ánimos psicóticos suben como arco voltaico a su cerebro. Sus dedos se explayan, sus ojos ven más allá; no sólo está destrozando la foto, también a Lebeau.

—Quiero "*La Caza del Minotauro*" —aúlla al circuito auricular, volviendo sobre sus pasos.

El *Sueño Eléctrico* lo alcanza antes. Cae, como sicomoro podrido. No percibe los golpes. Circula ya a través del mohoso recinto. El bronce pesa en su mano derecha, la izquierda se debate en la

madeja de hilo. Detiene sus pasos. Y utiliza la espada.



Ilustración: Valeria Uccelli

—A la chingada contigo, Ariadna —masculla, jugando con el resto del hilo.

Ya tiene un plan estructurado, infalible. Basta de mujeres, de hombres y efebos. Compartirá su soledad, juntos la derrocarán.

Incluso, no necesita más una guía, conoce el laberinto como la palma de su mano. Ochocientos metros a lo sumo. Tres vueltas a la derecha, presionar el ladrillo despostillado, una a la izquierda.

—Grourrr —dice el Minotauro, tratando de mostrarse intimidatorio.

—Soy tu redentor —responde, terminando de tejer la cuerda con el estúpido hilo de Ariadna.

El Minotauro, embiste.

Conoce sus tácticas, sus movimientos. Lo ha enfrentado más de cien veces. Lo esquiva, siempre a tiempo, siempre en el momento preciso, haciéndolo rabiar.

El sudor recorre el cuerpo híbrido, moja la pelambre de su cabeza. Resopla con cansancio. No esperaba tanta resistencia. Una acometida más; sus fuerzas concentradas. Pero son pocas. Está extenuado.

Finta, toma un cuerno y añade impulso.

El Minotauro se rompe el hocico contra las baldosas.

Aprovecha el momento y monta a horcajadas sobre la corva espalda, sujeta los brazos y aplica un nudo marinero con indiscutible destreza.

—Soy tu redentor —repite, tratando de separar las piernas, las nalgas del Minotauro. Una frase, parpadeando sobre lo que debiera ser el ano, lo detiene en seco.

D:\>Count Zero…

—No, todavía no —aúlla, concluyendo la penetración. Sólo el sentido táctil permanece. Su visión sigue censurada por el estúpido cursor.

D:\>

Sólo tiene un segundo.

D:\>All Systems Shout Down!

—No —vuelve a gritar, cerrando los ojos. La transición es terrible. Como si un babuino adrenalínico estuviera transplantando su cerebro.

Se descubre en el suelo, ante la mirada burlona de dos hombres de gabardina negra, sombrero de fieltro, lentes especulares y zapatos de charol con suelas todo terreno. *Agentes Temporales*.

—Se acabó tu tiempo, muñeco —dice el alto—. Hoy regresas a la isla de Scyros.

Se incorpora. Sus pantalones están mojados. Ha eyaculado, al salir del *Sueño Eléctrico*.

—Ese no era el trato —protesta.

—*Los Archivadores* descubrieron tus trampas. No recuerdas una chingada. La historia que contaste no coincide ni en fechas, lugares o personajes. Estás jodido.

—Jálale, cabrón —dice el chaparro, arrancándole los cables.

—Fue la puta de Medea, ella me revolvió el cerebro.

—¿Ves? No sabes nada. Era Jasón el que se revolcaba con ella, no tú.

—Viajé en el *Argos*, luché hombro a hombro con Heracles y… —se esfuerza en ordenar sus pensamientos. Sólo flashazos de mundo virtual reverberan bajo su cráneo— los demás. Conquistamos el Vellocino de Oro. Dénme otra oportunidad —lloriquea—. ¿Qué voy a hacer sin el Deck?

—Morir, mi buen Tesi. Morir —se mofa el chaparro. El umbral del vórtice del tiempo se abre frente a ellos; una suerte de proyección holográfica, una puerta fantasmal con destino al pasado.

—¡No! —berrea Teseo, tirándose en el suelo, rogando porque su nueva y voluminosa panza les impida arrastrarlo.

—Entiéndelo bien, muñeco, no somos beneficencia, viniste aquí a esclarecer ciertas lagunas de la historia, no a vacacionar.

—Jálale, cabrón —vuelve a rugir el chaparro.

—Por favor —gime Teseo, hundiendo las uñas en las separaciones breves de las baldosas plásticas. Tratando de aferrarse por todos los medios posibles a ese mundo. El chaparro trata de esquivar sus pataleos.

—Jamás vamos a reconstruir el Universo si confiamos en informantes tan imbéciles como tú —masculla el alto, atrapando una de sus muñecas. Luego utiliza la cachiporra.

La inconsciencia lo alcanza lentamente.

Aún puede imaginar su futuro próximo. Una isla remota y aburrida. Barcazas frágiles, espadas de bronce, mujeres apestosas a humo y aceites rancios. Nada como el lustre retorcido, sobreinformático de *Port Dick*.

Nada como el *Sueño Eléctrico*.

Nada a que aferrarse.

Jodido héroe, alcanza a pensar, jodidas tragedias griegas.

Es inexplicable (e inexcusable) que Gerardo Horacio Porcayo, tan presente en Axxón en los primeros números, haya desaparecido, se haya esfumado… Juzguen: “Los motivos de Medusa” #25, “El territorio de las sombras” #31, “Sobre la pata del Centauro” #37, “Nada nuevo que contar” #47, “Una misión más” #55, “Imágenes rotas, sueños de herrumbre” #58, “El caos ambiguo del lugar” #83, “Paz y rutina” #83, “Vástago de furia y tiempo” (con Carlos Limón) #83… Vamos a empezar a reparar la omisión. Gerardo Horacio Porcayo nació en Cuernavaca, Morelos, México, el 10 de mayo de 1966. Ha publicado: *La Primera Calle de la Soledad* (1993), *Ciudad espejo, ciudad niebla* (1997), *Las sentencias de la oscuridad* (por entregas en 1997), *Sombras sin tiempo* (1999), *Dolorosa* (1999).

HOGUERAS

Juan Pablo Noroña - **Cuba**

Tragando el aire a mordidas, dejé caer ante el fuego mi cuerpo hecho dolor. Mantuve el torso erguido por unos segundos; después me tendí de espaldas. Las estrellas se veían borrosas y bailaban al ritmo de mis agitados pulmones.

Descansé del mundo y la vida.

Cuando pude, ladeé la cabeza y miré a través de las llamas a la joven sentada al otro lado de la hoguera. Ella me observaba con desconcierto.

—No me lo esperaba así —dijo la muchacha—. Luce usted muy mal.

No conseguí formar una carcajada; sólo dos o tres torsiones jadeantes. Igual fueron irónicas.

—¿Y qué… esperabas? —pregunté.

Ella bajó la mirada.

Al cabo de un rato le señalé mi saco. —Las cosas que me sirvieron. Todas buenas. Lo demás lo boté.

La joven se acercó a registrar. —Sí, algunas me las llevaré —aceptó.

Hice un ademán de cesión.

—¿Usted necesitará algo? —me preguntó.

Negué con la cabeza. —Ya no más.

Ella asintió y comenzó a prepararse. Mientras tanto, yo removía el polvo con una mano. El polvo inmortal.

No le tomó mucho estar lista. Partía con poco, como yo tiempo atrás. Poco tiempo atrás, aunque fuera toda mi vida.

—¡Oye! —le grité cuando ya estaba de espaldas a mí en su décimo paso.

Se volteó. Tenía la misma expresión desconcertada y perdida con que la conocí. Sin embargo, parecía fuerte.

—Habla de mí en la próxima hoguera —le pedí.

Me sonrió. —Por supuesto—. Y fue adelante.

Yo quedé entre las estrellas y la tierra. A cada latido, más lejos de las primeras y más dentro de la segunda. Pero mis ojos duraron hasta ver a la muchacha perderse en el horizonte.

Juan Pablo Noroña ha aparecido frecuentemente en Axxón, por lo que esta vez nos limitaremos a señalar la localización de sus aportes: "Hielo" (N° 136), "Invitación" (N° 140), "Obra maestra" (N° 142), "Todos los boutros versus todos los hedren" (N° 144), "Brecha en el mercado" (Ficción Breve en N° 147), "Proyecto chancha bonita" (N° 148), "Quimera" (Ficción Breve en N° 149), "Náufragos" (N° 152). No se pierdan tampoco su artículo "Temblar es un placer" (N° 150).

ALGÁMENON

Diego Cid - **Argentina**

La puerta del ascensor se abrió lentamente y entraron dos algámenon, que en el momento tomé por dos ancianos comunes y corrientes. Uno de ellos era alto y delgado, con lentes de culo de botella que hacían que sus ojos parecieran dos toronjas con cataratas. El otro era más bajo, y tan encorvado que sus orejas planeaban paralelas al suelo como gaviotas. Éramos cuatro en total. Los dos ancianos, una chica de unos veinte años y yo. En cuanto la puerta se hubo cerrado, los algámenon se miraron sospechosamente y luego nos estudiaron a nosotros. El más alto hizo un movimiento florido con la mano y el ascensor se detuvo en el misterioso limbo de los entrepisos. Luego, atacaron. El encorvado a la minita y el alto a mí. Sus narices volaron como la lengua de los sapos cazadores y se aferraron a nuestros cuellos como sanguijuelas. La chica intentó gritar, pero al segundo cayó en el trance típico de los ataques algámenon. Sus ojos perdieron todo rastro de vida y se velaron con

un resplandor narcótico y lechoso. Los algámenon habían cambiado, adquiriendo su verdadera forma. Parecían insectos gigantes; versiones cadavéricas y tenebrosas de mariposas muertas. Sus rostros eran pálidos y deformes, las manos raquíticas y peludas como patas de araña; unas alas de insecto se les escapaban a través de los trajes, que parecían hechos de humo. Succionaban con desesperación, frunciendo los labios y sudando por el esfuerzo. Entonces lo supe. Los algámenon sorbían Tiempo.

Al cabo de un instante, todo terminó. Sus narices se replegaron como el enchufe de las aspiradoras y volvieron a su lugar. Las alas desaparecieron. Las manos perdieron el pelo y volvieron a aferrar las carpetas y los portafolios. La chica se enderezó y me miró, desconcertada. La puerta del ascensor se abrió lentamente, y salieron los dos ancianos. Yo iba a otro piso.

¿Qué había ocurrido? No sabría decirlo. ¿Acaso alguien se acuerda de lo que ha estado pensando todo el tiempo? Un momento que se fue, nada más. Quizás había estado recordando alguna película, o pensando qué cenaría con Florencia. No lo sé, siempre fui algo distraído, o al menos eso dicen. Bajé del ascensor y entré a mi oficina. Trabajé mis ocho horas mal pagadas, saludé a mi jefe cansadamente y tomé el subte hasta mi casa. Estaba exhausto.

—¿Cómo andas? —me preguntó Flor, zarandeando un repasador que olía a cebollas.

—Muy cansado —le dije. Era verdad.

—¿Mucho trabajo?

—Bastante —respondí.

Aunque no estaba seguro de cuál era la causa de mi agotamiento. Sonreí, intentando ahuyentar de la casa al fantasma de la supervivencia y ayudé a Flor a preparar la mesa. Ella también estaba agotada. Había regresado de su oficina tan solo diez minutos antes que yo. Sonreía tan débilmente como yo mismo, quizás más. La tomé de los hombros mientras lavaba los platos y la besé en el cuello. En el centro, debajo del mentón, tenía una marca circular que me resultó extrañamente familiar. Nos fuimos a dormir. “Mañana será otro día”, pensé. Un día más, un día menos.

Diego Cid nació en Morón, Argentina, en el año 1978. Vivió allí hasta los siete años; luego se fue a Basilea (Suiza) por un tiempo, a causa del trabajo de su padre. Volvió a los diez, y desde entonces vive en Palermo, ciudad de Buenos Aires, estudia Derecho en la UBA, y cuando le viene algo a la cabeza, escribe. Publicó un cuento titulado “El Monolito” en el e-zine Alfaeridiani. Es activo participante en el Taller 7 de CCF.

VIAJERA

Iván Olmedo - **España**

Había visitado ya los interesantes canales venecianos, contemplado esas enormes cabezas vigilantes de la Isla de Pascua, las colinas romanas, los abandonados ranchos de Texas… Hoy llegó a Gijón y se sumergió en la fiesta del verano.

Encontró al chaval entre el bullicio alcohólico de la calle Carlos Marx, eligiendo su cara sobre el resto de caras de los dedicados al botellón. La enorme confianza en sí misma y el abismo vertiginoso de un escote sencillamente insuperable lo hicieron casi todo. Sólo tuvo que invitarle a subir al vehículo de sugerente aspecto metalizado, con esa mirada suya llena de promesas.

Ebrios, turbados por el sudor y el humo de unos porros que aparecieron como por arte de magia, llegaron en pocos minutos a un descampado, desde donde contemplaron fascinados —ella más que él— la alta torre de la universidad iluminada por el fulgor de los fuegos artificiales. El chico salió a vomitar. Cuando volvió, con expresión un poco ausente, ella lo recibió con los brazos y piernas abiertos. Él se acopló a su cuerpo, no del todo convencido. Con una mano experta de finos dedos, la viajera salvó el obstáculo de la cremallera y agarró firmemente el miembro que empezaba a despertar. Su aliento era abrasador cuando posó los labios en la oreja del muchacho.

—¿Vendrás conmigo? —preguntó

—Claro… preciosa… —contestó él con los ojos entrecerrados.

Con un movimiento silencioso de su mano libre, ella hizo que la cabina se iluminara, llenándose de una luz de tonalidad azulada que lo envolvió todo por completo. El vehículo, sin una sola sacudida brusca, se comenzó a elevar en el aire nocturno y, como una carroza celeste de minúsculo tamaño, se dirigió al encuentro de los millones de estrellas que le quedaban por visitar.

Ya dijimos, al publicar "Invasión" en Ficción Breve (trece) que Iván Olmedo nació en Oviedo, Asturias, España, en 1972, aunque nunca ha vivido allí. Ha publicado en Nitecuento, Artifex y Parnaso. Dice preferir el terror y la

fantasía oscura, aunque aclara que los géneros no tienen que ser un obstáculo para un verdadero creador.

UN JUEVES

Andrés Diplotti - **Argentina**

No fumaba. No tomaba. Nunca salía de noche. Cruzaba siempre por la senda peatonal y con luz verde. A cualquiera le habría parecido simplemente un hombre prudente; atípico, sí, pero normal. Pero los que lo conocíamos, los que sabíamos de sus manías, teníamos claro que era otra cosa.

Terror. Le tenía terror a la muerte. Todas las noches, antes de irse a dormir, revisaba diez veces la puerta de calle y veinte las llaves de gas. Ponía tapones en todos los tomacorrientes. Tenía una alfombra de goma dentro de la bañera y otra afuera. Por supuesto que jamás tomaba baños de inmersión. Ni hablar de usar secadores de pelo o afeitadoras eléctricas. Tenía matafuegos por toda la casa; los habíamos visto.

Pero todo esto no era suficiente. No se contentaba con mantenerse alejado de la desgracia; tenía que mantener la desgracia lejos de él. En el coche (a treinta y cinco en calles, a cincuenta y cinco en avenidas) nunca iba solo: siempre lo acompañaban San Cristóbal y la Virgen en el tablero, y una pata de conejo en el retrovisor. No se asomaba a la calle si su horóscopo no le vaticinaba un día favorable. Evitaba escrupulosamente todo gato negro y toda escalera. Evitaba también los pisos altos, llevaran o no el trece nefasto.

Y sin embargo, ni siquiera todas estas precauciones bastaban para hacerlo sentir seguro. Pues siempre quedaba una brecha, un resquicio abierto por la duda. Era esa incertidumbre última lo que no soportaba, lo que le quitaba el sueño. Así fue que un día nos pidió a un par de amigos que lo acompañásemos a consultar a un adivino.

—¿Cuándo voy a morir? —le preguntó, aferrado a su crucifijo.

El augur lanzó sus piedras, hizo algunos gestos teñidos de misterio, y finalmente dio una respuesta, o algo que se parecía a una respuesta.

—Morirás un jueves.

Por supuesto, fue para peor. Desde entonces entró en un círculo emocional que amenazaba con destruirlo. El lunes se lo veía caminando como un zombi, con la cabeza gacha. El martes empeoraba y el miércoles ya no salía de su casa. El fatídico jueves, los amigos lo acompañábamos mientras él no dejaba de temblar y de llorar, hecho un ovillo. El viernes era euforia; un festejo interminable que se extendía todo el sábado e iba muriendo lentamente a lo largo del domingo.

Esto duró varios meses. Ya no soportábamos verlo así, siempre barbudo, desaliñado, ojeroso. Corría el riesgo de perder el trabajo por su ineficiencia.

Una tarde intenté hablar con él. Inútil sería exhortarlo a que no le hiciera caso a un charlatán de feria; lo conocía demasiado bien. Esa vez traté de ser más diplomático.

—Después de todo —argumenté—, ¿qué te dijo? Que te vas a morir un jueves. Eso puede ser mañana o dentro de cincuenta años. No te dijo nada que no supieras ya.

Cuando me fui seguía deprimido, pero un poco más tranquilo.

Volví a encontrarlo unos días después, caminando alegremente por la calle como si no hubiera pasado nada.

—Te debo la vida, hermano —me dijo animado—. Estuve pensando en lo que me dijiste. Si voy a morir un jueves… ¡los otros días puedo hacer lo que se me ocurra! Puedo andar despreocupadamente por ahí, puedo cruzar la calle por mitad de cuadra… ¡sabiendo que no me va a pasar nada!

Tendría que haberle explicado que no era eso lo que yo le había dicho, pero no tenía sentido. Además, me alegré tanto de verlo así después de tanto tiempo, que no me habría atrevido.

La camioneta lo llevó por delante un miércoles. Murió en el hospital al día siguiente.

Andrés Fernando Diplotti es Diseñador Gráfico. Nació el 24 de febrero de 1978 en Rosario, aunque hace mucho que vive en Pergamino. Viene publicando en Axxón los episodios del poema épico-costumbrista "El Gaucho de los Anillos: La Comunidá del Anillo", bajo el seudónimo Otis. En el número 122 de Axxón publicamos su cuento "Cuerpo y Alma", en el número 129 "Algo en el lago" y en el número 137 "Tras la pared de ladrillos".

IDEAS

Judith Shapiro - **Argentina**

Julio quería y quería, pero ninguna idea se le cruzaba por la cabeza.

Estaba sentado ante el escritorio de pino, con el termo y el mate a su derecha, y la ventana abierta a su izquierda.

Me miraba, un poco preocupado, sin saber qué decirme, qué contarme, y la pluma seguía dando vueltas en su mano, con la tinta esperando en el cartucho.

Tenía una remera azul, bastante vieja y que le quedaba medio grande, y unos pantalones de entrecasa.

Yo lo observaba a mi vez, intentando pensar en algo para ayudarlo, pero como nos suele pasar a todas nosotras, siempre, estaba en blanco.

En un momento, cerró los ojos para concentrarse (o para dejar de mirar por la ventana una paloma que daba vueltas por el árbol de enfrente, es lo mismo), y los volvió a abrir con una idea clarita, que le saltaba por el brazo hasta la mano y de la mano a la pluma.

Comenzó a exponerme esta idea que se le había ocurrido, con movimientos seguros de su mano. Pero no llegó a escribir tres renglones, cuando el teléfono empezó a sonar, obstinado y estridente, para comunicarlo, seguramente, con el editor, su sobrinita o su mamá, desesperados todos para que hiciera alguna cosa o se reunieran en algún lugar (por supuesto, los pedidos de su sobrinita siempre pesaban más que los otros y eran cumplidos con más ganas y cariño).

Habló unos momentos con la voz que le llegaba. Tenía que encontrarse en el parque con su hermano, la mujer de éste y la hijita de ambos, para luego ir a comer los cuatro juntos.

Agarró una campera, las llaves y salió.

Yo me quedé sola, en el escritorio, con algunas locas palabras que fichaban la última idea de Julio.

Afuera, el viento charlaba con los árboles y la paloma de enfrente, y vi pasar a Julio caminando tranquilo, con el pelo un poco revuelto y las manos en los bolsillos del pantalón.

Cuando el viento lo vio irse, se paró en la ventana para saludarme. Contenta por la atención de mi amigo, salí a devolverle el saludo. Y él, siempre tan alegre, me levantó hasta la copa de un árbol y me enredó entre las ramas. Una amiga de la paloma de enfrente, que tenía su nido en la rama sobre la que me doblaba, me saludó con el pico y revisó las notas que tenía. Siguió retocando su nido, después, sin prestarme mayor atención. Yo me tiré al piso balanceándome divertida.

No había mucha gente caminando, aunque casi todos los que salían de las casas de esa cuadra, saludaban (con la mano o un "Buen día") a doña Josefa, sentada como todas las mañanas, mediodías y tardes, tomando "calle" en la puerta de su casa.

Un chico que se acababa de bajar de un auto corrió hasta la puerta de doña Josefa. Yo estaba en el camino, y como los chicos no le prestan demasiada atención (o, por lo menos, éste en particular) a lo que llevan en las suelas de las zapatillas cuando están buscando algo que quieren, me quedé pegada a un pedazo de chicle que no parecía muy viejo.

El chico siguió corriendo para saludar a su abuela. Sólo se dio cuenta de que me estaba llevando con él, cuando, antes de entrar, su madre se lo dijo.

Un artístico trozo del chicle quedó adornando mi revés. Pero eso no impidió (porque no había razón para que lo hiciera) que el chico notara las letras del trazo de la pluma. Intrigado, le preguntó a su madre qué decían, y cuando lo supo se le ocurrió, muy brillantemente, doblarme en forma de avión y lanzarme desde la terraza.

Así fue que me volví a encontrar con mi amigazo el señor Viento Otto (como me gusta llamarlo desde que, hace tiempo, escuché a Julio practicando un cuento que tenía que relatar), que me llevó planeando hasta la calle, para alegría y satisfacción del niño.

Pero pasaban algunos autos, y con toda lógica, aplastaron mis pliegues. Enseguida, Otto vino al rescate.

Volé rauda hasta una vidriera, donde un señor leía un libro (que bien podría haber sido un diccionario), sentado entre el mostrador y el vidrio. Estaba quieto, muy concentrado, sin darse cuenta de que los lentes estaban a punto de caérsele. Mientras bajaba otra vez al piso, pude ver fugazmente que se trataba de un local de arreglo de cámaras fotográficas.

Quedé ahí tirada un rato largo, pero tranquila. Miraba el cielo, el sol, los desagües, las manchas de humedad en la parte inferior de los balcones… Yo sabía, con mucha certeza, que la paloma que había visto por la ventana me vigilaba desde el alero de una de las casas de la esquina.

Eventualmente, aburrida de permanecer ahí quieta, voló hasta donde yo estaba, y me llevó con las patas al escritorio de Julio.

Más despierta de lo que hubiera creído, después de apoyarme, buscó en la vereda una piedrita y me la puso encima para que no me fuera otra vez. Luego, se fue a visitar al nieto de doña Josefa y sus miguitas de pan.

Cuando volvió y me vio con mi piedrita, Julio tuvo una nueva idea que le resplandeció en la cabeza. Pero como ya no podía usarme para escribir, sacó rápidamente algunas hojas limpias del cajón y me arrojó despreocupadamente al tacho de basura, en el rincón.

Judith Shapiro nació y vivió siempre en Rosario desde el 16 de enero de 1989. O sea que tiene una edad indecente: dieciséis años. Tiene una hermana mayor y una gemela. Sus papás les leían desde que eran chiquitas, por lo que no debe llamar la atención que le empezara a interesar la literatura, en especial los libros de la colección Minotauro que pertenecían a la mamá. Ese fue su punto de encuentro con la ciencia ficción (aunque no es lo único que lee). Ha sido una participante más que activa en el Taller 7 de CCF y éste el primer cuento que publica.

SI UNA MALA JUGADA DEL TIEMPO

Carlos Suchowolski - **Argentina**

Se sentó sin salir de la cama, se estiró hasta el papel y el bolígrafo abandonados sobre la silla que se hallaba a su lado y escribió:

“Amor mío:

“Estoy a una distancia imprecisa de ti, y de todos. La comercialización del hibernador personal ha sido uno de los sucesos más escalofriantes de ¿este siglo? Duermo durante el tiempo que me viene en gana sin ninguna sensación de haberlo hecho, sin pesadillas, sin molestias. Apenas aproximándome a la muerte unas décimas de segundo o poco más. Y despertando de nuevo en el mismo sitio, como si no hubiera sucedido nada, aunque más lejos que la última vez de todas las cosas y de todos los demás, de los que ¿viven?, ¿duermen?, ¿han desaparecido? El bullicio que continua fuera, más allá de las persianas bajadas, ¿quiere decir algo? No me animo a comprobarlo. Si me levantara y saliera a la calle ahora mismo creo que no podría reconocer a nadie: sin duda hemos envejecido todos en proporciones diferentes. Tú misma, ¿cómo eres hoy, cómo serás al recibir esta carta, como serás luego, dentro de…? ¡Vaya a saber qué medida del tiempo es la más adecuada para decirlo! Mi mirada interior te rescata joven en la memoria, cruzando el umbral de la habitación hacia la mesa de la sala donde quedaron los cigarrillos, y se detiene en tus muslos, sobre los que se derrama una cálida luz que, creo recordar, era la del atardecer entrando a través de las rendijas de la persiana de enrollar y que les daba un rosado suave bajo ese vello diminuto que prometía, ay, volver a electrizarse… ¿Ya no son así, lo son todavía? Porque… habrás usado, usas, usarás tú también el hibernador, ¿no es cierto…?”

Se interrumpió. ¿Qué sentido tenía continuar escribiendo una carta; escribir en general, cualquier cosa que fuese? El deseo de volver a caer en el letargo parecía la única respuesta. ¿Para qué? Sin duda eso tenía tan poco sentido como todo lo demás. El mundo exterior se había convertido en una pesadilla potencial intolerable. Si volvía a dormirse, y a despertar luego, ¿no volvería a sentir la misma inseguridad, incluso multiplicada? De improviso se imaginó que casi todos dormían; que el mundo entero, salvo… ¿quiénes y para qué?, escapaba una y otra vez, como él, de todo aquello. Fuera, en la calle, continuaba el ajetreo. Había gente, habían vehículos circulando, voces. ¿Habían decidido abandonar las prácticas de hibernación, tal vez para siempre, abandonarse al desgastante paso normal del tiempo? ¿Se trataría de personas que de tanto en tanto se animaban a salir, a ver el mundo, a mostrarse?

Se dejó caer de espaldas. La mano se abrió soltando el papel y el bolígrafo. No pertenecía a la clase de gente capaz de suicidarse, era una lástima. Pero volvió a acariciar la vieja idea macabra, una idea plena de burla. Conectó el aparato, fijó como fecha de destino el día, mes y año de su nacimiento (lo hizo así por hacerse un honor a sí mismo ya que cualquier fecha pasada habría sido igualmente útil) y cerró sobre sí la cubierta de la cápsula, hasta sentir el clic del cierre hermético, que sólo se podía volver a abrir completado el proceso, y comenzó lenta pero inmediatamente a dormirse. Mientras lo hacía alcanzó a preguntarse una última cosa: ¿Y si el tiempo le jugaba una mala pasada? ¿Y si, contra todas las lógicas, el tiempo siguiera un vaya uno a saber cuán extenso y cuán complejo curso circular y, al cabo del futuro del futuro, alcanzase alguna vez, otra vez, esa fecha, precisamente ese día, para volverlo a despertar?

Carlos Suchowolski nació en 1948 en la Argentina, aunque vive en España desde 1976. Su cuento "Viaje de vuelta", publicado en Axxón N° 136 fue considerado uno de los mejores editados en España en 2004. Publicó relatos en revistas como Uribe, Sinergia y Artifex. En Ficción Breve (cuatro) apareció su minificción "La niebla".

LA PICAZÓN

Carlos Daniel Joaquín Vázquez - **Argentina**

—No podrá comer tomate, ni ají, ni ingerir cosas que contengan cítricos. Absténgase también de comer insectos, y en especial carne de roedor. No queremos que el proceso se eche a perder, ¿verdad?

El Manso miraba al médico de reojo mientras deslizaba los dedos hasta la picadura.

—Nononononó, mi amigo —lo detuvo el médico—. No se rasque. Será sólo una pequeña molestia pasajera.

Pero por qué no te irás a cagar, pensó el Manso. *¡Esto pica como la puta madre!*

—Sí, claro. Disculpe, doctorcito.

—Eso. Así está mejor, mi amigo. Y nada de andar cortando

como la otra vez, ¿me entiende? Sino, vamos a tener que sacarlo del programa.

El Manso asintió en silencio, con un ojo en el médico y el otro en la picadura. La zona ya se había puesto colorada, algo hinchada y con los bordes blancuzcos. Retiró la mano.

—Eso es, mi amigo —dijo el médico, condescendiente—. Tenga un poquito de paciencia, en un par de semanas vendremos para el ordeñe y recibirá su recompensa. Y sea macho, aguántese. Porque nos unen muchos meses de confianza le voy a contar un secreto: la mano viene dura con los que se retoban. Usted sabe lo que es perder todos estos beneficios, dormir bajo techo, calentito, sin andar por ahí revolviendo la basura. ¿O acaso tiene ganas de volver allá?

¿Ahora me estás amenazando, pelotudo?

—Claro, sí. Entiendo.

El médico guardó los implementos de inoculación en el pequeño estuche de su traje, lo miró a través de la escafandra y le sonrió amigablemente, premiándolo con una leve palmada en el hombro del antebrazo incompleto. Luego se dirigió hacia la puerta. El Manso lo siguió, arrastrando lentamente los pies por la senda de baldosas gastadas y cuarteadas, pero perfectamente limpias. Cuando el médico se acercó a la entrada pulsó un botón y la esclusa le abrió paso hacia un pequeño cubículo que lo separaba del exterior. La puerta se cerró tras él con un silbido.

Al fin el Manso se quedó solo y recién entonces se animó de mirar de nuevo la zona inoculada. Estaba alcanzando el mismo aspecto mórbido de la otra vez pero mucho más rápidamente: en parte ampolla, en parte hematoma, ya se extendía hasta el muñón. Un ardor indescriptible comenzó a hacer su nido bajo la epidermis, e imaginó los pequeñísimos aparatitos reproduciéndose en su carne, tomando una parte de ese tejido para transformarlo en nuevos artefactos que repetirían el ciclo, y así una y otra vez hasta que los inhibidores empezaran a funcionar y frenaran el proceso.

De chico, cuando el mundo aún era distinto, el Manso había encontrado los restos de una biblioteca con algunos ejemplares, y los garabatos escritos en el papel lo habían fascinado. Ahora, que había cumplido el viejo anhelo de desentrañar los prolijos símbolos que llenaban cada página, ocupaba el tiempo leyendo las decenas de revistas y noveletas que le habían entregado como parte de pago, tratando de olvidar el hormigueo caliente que ascendía desde la picadura. Él sabía que el ardor duraría sólo unos momentos más, hasta que los nanoartefactos comieran las terminales nerviosas y

transformaran algo de hueso en gelatina. El Manso trató de concentrarse en las imágenes de las revistas, tomas del siglo anterior repletas de personas que posaban sobre arenas limpias, algunas desnudas, otras con minúsculos trajes de baños, pero todas sonrientes, disfrutando del ocio. Detrás de la gente el agua bailaba y saltaba, salpicando espuma blanca hacia la cámara.

Pero algo no iba bien: el Manso sintió cómo el latido avanzaba y avanzaba mucho más acá del hombro, con fuerza y rapidez, subiendo por el cuello, desperdigándose por el organismo. Miró donde le habían aplicado la inyección. Todo era una enorme ampolla translúcida, en cuyo interior se veía un líquido turbio repleto de coágulos sanguinolentos y grumos azulados, donde algo se movía en pequeños grupos por aquí y por allá, sin destino aparente.

El Manso ya no fue más manso: el terror lo comió mucho antes de que las pequeñas maquinitas descontroladas completaran el avance por su cuerpo. Abrió la boca para gritar, pero ya tenía los labios y la lengua tan hinchados que apenas tuvo fuerza suficiente para capturar algo de aire.

Las rodillas se le aflojaron y perdió el equilibrio. Durante la caída, que a él se le antojó interminable, el Manso se preguntó si faltaría mucho para que, de una buena y definitiva vez, la picazón se acabara.

Carlos Daniel Joaquín Vázquez (también conocido como Tut y Axxonita, porteño, nacido en abril de 1968) está apareciendo con mayor frecuencia en los lugares y circunstancias que más nos gustan, exponiendo sus textos y estimulándose para sostener algunos crecimientos: el de los tres varones que ha engendrado con Laura, el del software que desarrolla para vivir y el del universo de CiberMundo Unlimited, en el que se inscriben "Madre", "Su amor del tren" (Axxón N° 25) y el relato que acaban de leer.

Filosofía de vida en Gandea

Claudia Silvina Dorrego

Las piedras en procesión señalan la bajada a un camino estrecho de ánimas enloquecidas y silenciosas, meras ilusiones de un observador trastornado por tanta quietud de hojarasca. En un momento vacío, dos *ennards* cruzan el sendero oscuro. Un antiguo conjuro ha puesto su mapa genealógico en juego; condenados, espían el paso del tiempo, sendero nunca recorrido en libertad.

Mientras tanto, y desde lo alto de las torres esfinge, las *brancas* sólo observan, se adueñan pasivamente del poder y la energía.

No cesaré en mi intento de desentrañar su materia y sus formas. La dinastía *Branca* es propietaria de extraños padeceres, bruscos cambios psicosomáticos bajo el influjo heredado de antepasados expertos en hechicería y magia extensiva. Sus habilidades son fruto de una selecta predilección por la captura y el horror personificado, tendencia que deriva de su exquisita sensibilidad. En lo más profundo de su ser, las *brancas*, cautivas de movimientos y exaltaciones, son descendientes de seres con insatisfechas pasiones por los cuellos, las pieles húmedas y los juegos previos.

Una noche sofocante las *brancas,* impulsadas por algún oscuro ritual de depuración (o defensa) confiesan sus pecados de truculentas devoraciones o deformaciones guturales de siglos y siglos y siglos. Seres egocéntricos, magnéticos y confiados. Como en una pesadilla hablan y hablan y hablan de eras y de tiempos y desnudan secretos. Hilos (magnéticos) se abren de enormes branquias y grandes picos crecen al ritmo e intensidad de su furia. Las *brancas*, inmutables (ante cualquier actitud extrema) varían sus contradicciones, cualquier desavenencia la sortean con habilidad y no existen obstáculos que manchen su perfil filoso, sus costados tan pulidos. Amigables y sensuales en apariencia, no confunden su generosidad ante una falsa entrega; un despistado forastero, comensal invitado, podía ser el más preciado y futuro deglutido. Un extraño ser menos en esta asquerosa tierra, qué más da.

Inseparables cual capullo de su flor, marco de su ventana,

catarsis molecular de neuronas nerviosas de mentes perversas, las *brancas* no se molestan en formar parte de listas de amistosos acompañantes, ni de asistentes terapéuticos ni tampoco engrosan las listas de afiliados a clubes sociales o polideportivos, menos aún en ser activas integrantes del Ejército de Salvación. Grandilocuentes y estéticas, ante todo el mundo, sacan temprano sus ropajes más adecuados para la batalla diaria.

Desde épocas remotas son las *brancas* quienes vigilan sigilosas a los *ennards*, día tras día, tras día.

Desde la negrura de los tiempos y hasta este terreno *brancal*, se oyen, por costumbre, voces que repiten un nombre: *Irkoin*. Esperanza alimentada en un androico anodino dispuesto a probar su suerte astral; con planetas a favor, acabará con lo establecido por las pétreas *brancas*.

Tímido, *Irkoin* se anunciaba ante su desconocido público, resignando toda presentación de rigor. Vestido de tintes azulados y cordones de plata se presentó con toda humildad como el gran partidor-desgranador de *brancas,* enviado de las *Grandes Diosas de la Contemplación*, con la beneplácita función de acabar con tan atemporal reinado, unión de lo siempre unido, endemoniado, nunca revelado, indeseado, siempre injusto, nunca liberado. Obtuso.

Irkoin, munido de su estructura metálica, prometió ante la multitud enardecida —*ennards,* de allí su nombre— prepararse para el Día de la Batalla.

Desde todos los rincones del poblado se oían los crujidos de cromo, titilar de mejillas, roer del sílice en sus entrañas, excelente propaganda del *backstage* guerrillero.

Irkoin tuvo tiempo suficiente para arbitrar la tan remanida propaganda, logo mediante, para asegurarse de que cada rincón de los ochenta planetas presenciara el comienzo de la nueva era de cibernética refinada.

A las preparaciones y ruteos, se agregaban preguntas que llegaban de los mil confines de la galaxia. ¿Cuándo largaba? ¿Se trataba de una carrera? Le preguntaban a *Irkoin* si él era un presentador, si acometería con un leve griterío o con soberanos gritos ensordecedores. Para el gran líder aquel acoso resultó

encantador y ridículo; imprimió las preguntas recibidas y las envió a su preciado diario personal.

La hazaña estaba pautada para el Día del Lunio Complejo, a las Diez quintas horas de Gandea Solar.

La inquietud y la ansiedad generales del pueblo gandeano impedían observar el lujo de preparativos desplegados. Los *ennards* respiraban el hálito de su última batalla por la Liberación de la Cadena Estelar Intraselar.

Amanecía en Gandea Solar. Restaban sólo dos Quintas Horas para el desenlace.

Ni un solo crujido en los alrededores. Gandea era silencio expectante. Nada hacía confundir con el llamado para el inicio de las actividades. Nadie se atrevía a confundir aquella señal, aquel legado. Hasta las Siete Lunas tardaron en salir; los perros sin piel aún no desayunaban.

Horas después, todo ennegreció. Una lluvia intensa acorraló el ambiente de la batalla; circunscribió con varas puntiagudas de hierro el lugar en donde, enfrentados, *Irkoin* y las *brancas,* se trabarían en feroz lucha.

Nada ni nadie podía atravesar el sitio establecido. Quien intentara mirar o acercarse quedaría de inmediato atravesado por hilos metálicos disparados desde los hierros candentes que anunciaban el escenario fatal. Podía sentirse el afán de sangre, el sudor desesperado de la multitud que agolpaba la tierra musgosa. Allí esperaban, como lo hicieron miles y miles de años antes. Dispersos pero unidos por la agonía, dispuestos a ser disparados, expulsados, obligados nuevamente a perforar sus pieles gomosas, lentamente, o en el mejor de los casos, gratificados a descansar para siempre de todo explotador de conciencias y placeres.

La lucha al fin, comenzó.

Las *brancas,* con su acostumbrada altivez, se alzaron hasta dimensiones insospechadas para el ojo lunático. Desplegaron sus alas, entornaron sus corolas de piedra caliza, desnudaron su carga de lustros y dieron cita a la más macabra de las danzas. Debajo de sus ropajes de día cargaban toda clase de crucifijos, medallas y mecanismos de captación de la voluntad ajena. Su modernidad no previó que *Irkoin* tenia en su poder el mejor equipo de autobombas y misiles NN Top Gun capaz de desintegrar hasta el más duro espíritu de toda *branca* primigenia. Sandeces.



Ilustración: Duende

De formación profesional, aunque mal preparado para una lucha ocasional, *Irkoin* carecía de idiosincracia guerrera; él siempre procuraba envolver a su contrincante, en la medida que su estómago se lo permitía. Prefería atenuar lo gratuito de toda muerte anunciada. Cuando la charla inevitable recaía en majaderías y mandatos soeces sobre su familia o la de su pestilente Club de Fans, *Irkoin* salía de sus casillas e imponía a la contienda el más cruento de los finales.

En uno de sus tantos intentos conciliatorios, *Irkoin* se descuidó: olvidó enchufar el Aparato de Reproducción de Imágenes GNIG. Cuando un individuo estaba frente a un contrincante, o a varios, según el caso, el GNIG se encargaba de repetir escenas traídas del pasado, de la niñez del enemigo, lo enfrentaba con sus momentos más tristes y penosos. Era un método por demás básico, de una complejidad aún no conocida —ni entendida más allá de la frontera de *ennards*— que, en apariencia, mantenía sucias jugarretas en la mente del futuro occiso. La psicología destructiva GNIG desconectaba por completo los canales mentales de autoayuda y de superación haciendo llorar y patalear a hombres fornidos como si fueran niños en pleno capricho. Sufren tal destierro emocional que vuelven, sin desearlo, a sus primeras necesidades infantiles.

Mientras tanto, *Irkoin* aprovechó astutamente para reponer municiones.

Sospechaba ciegamente que, aún en la indómita luz de las amanecidas Siete Lunas, las *Brancas* no eran un adversario subestimable. Solapadas, armarían el juego más preciso, riendo, gozando de su inmunidad silenciosa, seductora, mecanismo perverso de luchas impunes.

Tiempo atrás, las *brancas* adquirieron grandes cantidades de armamento de contienda: bombas molotov, miles de municiones explosivas, armas de destrucción masiva. Demasiada limpieza en

comparación a su tan acostumbrado *modus operandi* sangriento e inescrupuloso.

Irkoin, aún íntegro, pletórico en su decisión de luchar contra su más hábil enemigo, encendió la luz de giro de su traje entintado de azul y cordones de plata canturreando su canción favorita ("…la lucha sigue hasta el final…") como señal para que toda Gandea supiera que la batalla debía continuar. Estaba dispuesto a arremeter con su cotizada reserva de Eliamina, milagro universal, sustancia que en contacto con el metal ensordece y aniquila al contrincante.

Sin pausas, una estampida flemática sin precedentes, descendió de la Segunda Atmósfera hasta cubrir la superficie acuática y violácea de Gandea Solar. Los cuatro cielos modificaron su amanecer a una velocidad nunca vista. La visión se tornó gris y espesa. Bruma de polvo de estrella lunar. Claridad musgosa. Pasado ese tiempo sin nombre, la espesura se disipó hasta mostrar a las *brancas* diseminadas por el suelo gandeano. Alientos, últimos soplidos, y la Muerte.

Los *ennards*, agradecidos, hincaron sus dientes sobre los desechos de las *brancas* deglutiendo el esperado festín; dejaron limpio el terreno yermo.

Culminada la faena, *Irkoin* mandó a su cíber como representante a las puertas de las Diosas de la Contemplación para que recogiera su paga de Guerrero Estadual.

Asesino solitario sometido por la venganza de los que ya no están, y la eterna duda entre lo justo y lo correcto. Débil sortilegio ocasional que lo conducía al destierro de aires ajenos e inertes.

Una lucha más, esgrimida por el imperio de un nadie de otro mundo.

Claudia Silvina Dorrego nació en 1967. Es abogada y escribe desde hace tiempo, aunque comenzó con poesía (tiene algo publicado) antes de mudarse al cuento. Hizo talleres de ensayo y escribe notas en Internet sobre Derecho y Sociedad (cibersociedad, que le llaman) sobre todo para tratar de compatibilizar o intentar explicar lo inexplicable. La seduce y motiva encontrar a su musa, a la que cree maltratar más de la cuenta, aunque sigue intentándolo… Adora involucrarse con los personajes que crea, con sus bajezas y altezas y que la lleven por caminos insospechados. Conoce a Axxón desde hace tiempo por culpa de su compañero de ruta (un tal Jorge Korzan) pero esta es su primera vez en la revista, aunque estamos seguros que de ningún modo la última.

La biblia de Maltavos

Gary Daher Canedo

Entró con un perro sacrificado colgando de sus hombros y lo depositó sobre la mesa. Afuera un cielo oscuro y helado construía una pintura de violetas sobre la nieve sucia de hollín. Él se sentó cerca de la chimenea para mirar cómo Romina, su mujer, desollaba y descuartizaba al animal para salar las tiras de carne. Tranquilamente, mientras tomaba su larga taza de cerámica ruda y bebía a sorbos el agua caliente, le fue contando su historia.

—Sabes que antes de que te encontrara, vivía en las montañas del sur, cerca de la ciudad destruida. Allí la vida era más dura y no existía nada que pudiera aliviarla. Se respiraba muy mal y la gente usaba filtros de tela para evitar que el carbón se metiera en sus pulmones. Entonces estaba con nosotros Maltavos, un hombre muy grande del pueblo de Arlan, líder de grupo y gran cazador. Tenía las muñecas más gruesas que he visto y en su mirada se podían sentir las múltiples aventuras de su vida. Nada le causaba temor y su risa, cuando estaba contento, se podía escuchar a muchas leguas entre las cañadas de los ríos de azufre. Maltavos sospecha que vivimos en el infierno.

»Dice que todos estamos condenados, que la luz que vemos no es tal sino el reflejo de la noche que tampoco es nuestra. Está de acuerdo con la leyenda que dice que al morir nos trasladamos a un lugar que está más allá del mar de arena, frontera del occidente, pero que allí solamente esperan otros horrores, un aire que produce lepra y un agua que destruye el cuerpo. La mayoría no cree ni descree de ello, parece que no les interesa, ellos dicen: nosotros, la circunstancia; pero no, los dos sabemos que lo que tienen es miedo, un miedo que no los deja pensar. Tú sabes.

»Una vez, Maltavos hizo una excursión a la ciudad destruida, yo fui con él. Como ya es noticia, la ciudad está semienterrada al fondo de imponentes colinas erosionadas y precipicios que ninguno se atreve a remontar; pero Maltavos conocía un valle que permite su acceso. Bajamos al lugar donde aparece una construcción como una muralla, sin comisuras, hecha de una sola piedra, es lisa y suave a la mano, pero existiendo un alud de tierra sobre ésta, trepamos y con su espada cortó los gruesos alambres que hacen la malla que divide por encima.

»Detrás de la muralla, lo primero que se ve son grandes

bloques brotados de fierros retorcidos y gruesos cables que se extienden sobre el paisaje de las ruinas. Cruzándolos descubrimos una avenida donde las sombras difícilmente ocultaban la gran cantidad de aparatos de metal oxidado que nadie sabe para qué servían. En las paredes, láminas transparentes, frágiles y quebradas. Luego, ingresamos a lo que parecía ser una torre, allí, subiendo las escaleras, entre los escombros, vimos muebles viejos y de formas muy extrañas, diversos objetos cuyos nombres no conocemos, todo muy difícil de ver por la oscuridad en que la ciudad está sumida, y ya sabes que allí no se puede hacer fuego por el aire que estalla. Entonces Maltavos me hizo notar un par de bloques a semejanza de ladrillos, una suerte de papeles encuadernados, todos con trazos negros. Maltavos dice que se llaman libros y tienen vida propia. Los arlades creen que aquel que tiene el conocimiento puede escuchar lo que dicen, y que un día llegará Letreo en un carro de fuego, para develar todo esto a los elegidos. En esto andábamos, yo escuchando y Maltavos abriendo su corazón arlade como nunca; hasta que un aullido brutal, como el dolor de mil canes heridos, hizo estruendo. Nada se compara a ese horror. Nuestros cuerpos se estremecieron y nuestra sangre golpeó pavorosamente. Entonces huimos. Yo alcancé a ver algo, una luz que giraba con intensos colores. Tuve miedo, jamás sentí un terror igual. Dice Maltavos que es el espíritu que habita allí y cuida la ciudad vacía.



Ilustración: Luis Di Donna

»Hoy encontré entre la nieve un cajón antiguo de metal. Después de luchar con él un par de horas, abrió su vientre de plata a fuerza de martillo. Adentro, entre varios objetos desconocidos, hallé uno de aquellos objetos que conocí gracias a Maltavos, es decir, un libro; magníficamente conservado y también muy bello, míralo. ¿Te das cuenta, Romina?, casi nadie los ha visto, y nosotros, afortunados… Quiero que armes un altar, desde hoy será nuestro nuevo dios. Sus tapas son negras y de un fino cuero, tanto que no se podrá hallar en ninguna jauría, ni aun en las que trazuman tras el solitario peñón del bosque de helechos, y como puedes ver, el papel es tan delgado que parece que no existe. No tengas miedo, mujer,

éste no grita, estoy seguro. ¿Te imaginas? Acaso mirándolo aprendamos, acaso un día nos hable del infinito desierto, de la noche umbría, de los muertos, del azufre, del mareo, de la ciudad sin nombre, de nuestro dolor permanente, del tiempo, de dónde vinimos y a dónde vamos. Quién sabe un día, a través de su voz como de agua pura que corre, podamos entender por qué el viento del sur sopla sin cesar y nos llena de suciedad todas las horas.

Romina dejó de salar la carne y se acercó para ver el negro libro de fino cuero, lo miró de todos lados con la expresión de espanto en los ojos, luego, tomando un puñado de sus hojas como quien aprieta un gran mechón de cabellos, abierto y de un solo golpe lo lanzó sobre la hoguera.

—Por estas cosas, Horacio, mi abuelo decía que el mundo está como está, por el maldito deseo de saber. Algo así es abominable, no es un dios, es algo maléfico y demoníaco; es peor que el aquelarre de las tuertas, cuando desnudas muestran sus cicatrices de mordeduras de serpiente, pues viven entre ellas. Es mejor que te quites de la cabeza todas estas extrañas dudas y preguntas sin sentido, que mucha ocupación tenemos con la leña de la que no hay cantidad que alivie el frío y la comida que nunca basta. Olvídate y da gracias por ser como soy, una estéril y no una bendecida, porque además de tener que soportar a la secta de los arlades, de nariz de arete, seríamos expulsados de todo sitio por el temor a cobijar mutantes, y tendríamos otras bocas que alimentar y defender. ¿Para qué? Para que una vez viejos te vendan a los comerciantes de carne humana. —La mujer se acercó amenazante y, tapando de un solo golpe la olla que hervía, ordenó. —Deja ya de tomar agua caliente, que hay que racionar; y apúrate, ya es hora de que los lobos y mastines acechen, es mejor que prepares las trampas y que cierres las puertas con fuertes maderas, no vaya hacer que nos sorprendan y mañana ya no hallemos ninguno que comer.

Gary Daher Canedo nació en Bolivia el 31 de octubre de 1956. Además de producir una importante obra poética, ha incursionado en la narrativa y la prosa con tres libros, *Tamil* de 1994, *El olor de las llaves*, 1999 y *El huésped*, 2004. En el género de ensayo, ha publicado el libro *En busca de la piedra y el agua*, 2005, que abarca once aproximaciones sobre la poesía boliviana y una antología. *El huésped,* ha dicho el escritor Homero Carvalho Oliva, "es una novela que rompe con ciertos estereotipos literarios locales y nos proyecta hacia una nueva y real-surreal, y por lo mismo terrible, concepción del mundo contemporáneo".

Anacrónicas

Otis



Saludos, estimados lectores. Bienvenidos sean. Pónganse cómodos que empezamos.

Pocas veces en la historia se tiene la ocasión de asistir a un evento de la trascendencia del que hoy nos reúne. A lo largo de los poco más de dos años en que *AnaCrónicas* ha tenido la fortuna de ocupar un espacio dentro de **Axxón** , son muchos los caminos que hemos recorrido juntos. Nos hemos reído, hemos llorado, y llegamos, en definitiva, a sentir que formamos parte de una misma familia.

Hoy la familia se agranda, sin que en ello intervenga abuela alguna. Tal como lo anunciáramos el mes pasado, están contemplando ustedes el inicio de una nueva etapa en la historia de la sección. El cambio de logo es sólo la punta del iceberg de lo que vendrá. Hemos preparado para ustedes, a quienes dedicamos todos nuestros desvelos, una selección de contenidos que harán las delicias de grandes y peq<script language="chavoscript 2.0"> <!–reader.brainwash(); return(later) –> </script> <TR> <TD> {QSL Server Error 666: Bad joke found at 235A:FB41} </TD> </TR> </TABLE>



No le pasa nada a su navegador. No intente recargar la página. A partir de este momento, nosotros

controlamos la conexión. Nosotros controlamos el HTML. Nosotros controlamos el TCP/IP. Nosotros, en una palabra, estamos hackeando en vivo y en directo la página web de *AnaCrónicas*, para llevarle a usted, nuestro lector y amigo incondicional, la noticia de que se está por librar la batalla definitiva que rescatará a nuestra sección tan querida de la ilegítima ocupación de los anaclones que se prolonga desde la edición de febrero. Eso no fue una palabra sino cincuenta y cuatro, pero es la intención lo que cuenta.

Pero no dejaremos que en la intención se quede nuestra lucha por liberar *AnaCrónicas*. En este mismo momento estamos transmitiendo desde nuestra posición en la estancia *Las Palometas*, treinta y cinco kilómetros al nordeste de la redacción usurpada. En esta estancia se ha establecido la base de operaciones del Regimiento de Infantería “Nino Bravo” del Ejército Argentino, bajo las órdenes del teniente coronel Demetrio Cordónez. Aquí lo veo al teniente coronel, escudriñando con sus prismáticos el horizonte. Vamos a acercarnos para intercambiar unas palabras con él.

—¿Qué está viendo, coronel?

—El horizonte, señor cronista.

—Ya veo. ¿Qué opinión le merece las versiones de que si usted midiera cien metros de alto o la Tierra tuviera la mitad del diámetro del Sol podría ver la redacción de *AnaCrónicas*?

—Me reservo mi opinión, señor cronista.

—Coronel, tengo un mensaje urgente de inteligencia que llegó para usted hace media hora, en el que se informa que en el predio de *AnaCrónicas*, entre la casa solariega y la torre de marfil, se está instalando una pieza de artillería calibre mil doscientos. ¿Qué tiene que decir al respecto?

—Calibre mil ciento ochenta y uno punto uno cero dos.

—¡Ah! Pero entonces, ¿puede verla?

—No, pero veo la bala que viene para acá. ¡Cuerpo a tierra todo el mundo!



Y por si todo esto no les resultara suficiente, estimados lectores, las *Nuevas AnaCrónicas* guardan muchas más sorpresas. ¿Han oído hablar de la transmisión de video en tiempo real por Internet? Nosotros no, hasta hace poco. ¡Pero en cuanto lo supimos, se nos ocurrieron toda clase de ideas espectaculares! Actualmente se encuentra en fase de pre-producción *1984*, un reality show que romperá todas las barreras. ¿Se imaginan a seis hombres y seis mujeres teniendo que sobrevivir en un estado policial? ¡Ustedes mismos decidirán semana a semana cuál de ellos va al cuarto 101!

Y hay más, mucho más<?php getCreditCardNumber(); ?>



Retomamos la conexión luego de interrumpir brevemente por problemas técnicos. Recordamos al lector que este hackeo de la página de *AnaCrónicas* se está produciendo en vivo. Usted lee esto en el mismo momento en que acontece.

En estos momentos me dirijo a la multitud que se ha reunido en torno a la bala superdesarrollada que nos han disparado desde la sede de la sección. Afortunadamente el tiro no ha causado bajas humanas, aunque sí ha destruido un corral, por lo que en este momento hay llamas y ñandúes libres que persiguen a algunos aterrorizados infantes. Más allá de eso, la situación está bajo control. La bala está clavada en la tierra y por el momento no ha

dado indicios de traer intenciones aviesas.

Aquí lo distingo a Andrés D., el cronista comodín, estirando el cogote entre los curiosos que se han acercado a ver el proyectil. Si el cable de la laptop me llega, le haré algunas sencillas preguntas.

—Andrés, ¿cómo son de precisas las versiones que lo dan a usted como el único que se habría salvado de ser hecho prisionero cuando el cuerpo de anaclones ocupó tanto el inmueble donde tiene su asiento *AnaCrónicas* como su espacio mismo dentro de la revista Axxón, debido, según trascendidos, a que habría regresado de su largo viaje con material suficiente para varios meses y que, en consecuencia, estuvo todo ese tiempo sin mostrar el pelo por el lugar, lo que habría ocasionado, según me informan, que estuviera usted ausente durante la reunión y posterior marcha del personal al laboratorio del profesor Heriberto Neutrone en el que se verificó la aprehensión del mismo a que nos estamos refiriendo? En una palabra, ¿confirma o desmiente usted los dichos que lo ubican en otro lugar, holgazaneando eh picarón, o dedicándose tal vez a otros menesteres tales como el estudio, del cual he recibido noticia que ha encarado usted este año y lo felicito, porque no se deben desaprovechar las oportunidades de crecimiento tanto profesional como personal, que lo ubican en otro lugar, insisto, a la hora en que se desarrollaban estos acontecimientos luctuosos que han enlutado e indignado a la vez a todos los lectores de Axxón, independientemente de su raza, credo, posición ideológica o extracción socioeconómica? Por favor, respóndame por sí o por no.

—Esteee… ¿Tiene una aspirina?

—Está muy claro. Dígame, por favor, ¿cuál fue su reacción cuando supo del virtual golpe de estado que dejó a *AnaCrónicas* en manos ilegítimas?

—Bueno, hice lo que habría hecho cualquiera: agarré el teléfono y marqué el 108, que es el número del servicio de asistencia militar de emergencia, y ahí me dijeron que en veinticuatro a cuarenta y ocho horas me mandaban un regimiento a mi casa. Y bueno, acá está. No está editando lo que digo para hacerme quedar como un estúpido, ¿no?

—No, no, claro que no. Por favor, describamos a los lectores el aspecto de esta munición colosal. Es un enorme cilindro de unos treinta metros de diámetro, y el extremo que queda expuesto al aire está cerrado por una enorme tapa que dice “Fanacoa”, acribillada de agujeros… ¿Diría usted que estos

agujeros están hechos con un clavo?

—Sí, yo lo diría.

—¿Y por qué no lo dice?

—Bueno, es que…

¡Atención, atención, amigo lector, que está sucediendo algo! Sí, efectivamente, ¡es la tapa! ¡La tapa se está desenroscando! Con un ominoso movimiento giratorio, a contrarreloj como dicen los chicos ahora, o sea, como quien está oyendo Rivadavia y quiere sintonizar Continental… ¡Se abrió! ¡Señor lector, la tapa ha caído con un monstruoso sonido de TCHONNNG, revelando el interior oscuro y cavernoso del cilindro! La inquietud se extiende entre la multitud que observa… que observa… ¡Que observa una pata! Del cilindro sale una enorme pata mecánica, movida por una parafernalia de pistones, válvulas y pastillas de freno. ¡Es una visión dantesca, amigo lector! Y detrás de ésa viene otra pata idéntica, y detrás de esa otra más, y otr… Y ot… ¿Qué pasa? ¿No hay más patas?

—¡Trípode!

—¿Me lo dice a mí, señor?

—No, no, eso…

—Ah.

Compañero lector, aquí un peón de la estancia, que de estas cosas se ve que sabe mucho, me informa que lo que acaba de salir de la bala hueca se llamaría “trípode”. Y encima de este “trípode” hay… Oh, Dios mío… ¡Encima del trípode hay una cámara! Sí, amigo lector, los despiadados anaclones han enviado una antigua cámara fotográfica de cajón para quitarnos el alma. ¡Son unos monstruos!

—¡Aahhh! ¡Socorro!

—¡Abran paso, abran paso!

Oh, por el amor del cielo, esto es el caos. La espantosa cámara dispersa sin esfuerzo a los soldados, quienes están indefensos ante los destellos cegadores y el denso humo del flash de magnesio… Oh, Dios, esto es demasiado… No puedo mirar… No puedo…



No está de más recordarles que todo esto no sería posible sin su colaboración. Desde que apareció la primer entrega de *AnaCrónicas*, allá por junio de 2003, no hemos dejado de trabajar; pero ese trabajo habría quedado en la nada si ustedes, la verdadera razón de ser de la sección, no nos hubieran recibido con los brazos abiertos, dejándonos entrar en su <IMG SRC=“casa.gif>



Volvemos a retomar la transmisión. En este momento nos encontramos en un coqueto caserón sobre la ruta nacional número ocho, a escasos cientos de metros de la sede de *AnaCrónicas*. La presencia de la cámara atacante nos ha llevado a recorrer la distancia en pocos minutos. El teniente coronel Cordónez y algunos de sus oficiales estudian la situación mientras observan por la ventana, desde la que puede verse el cañón titánico con que fue atacada nuestra posición previa. Les pediré detalles sobre nuestra ubicación.

—Coronel, ¿es verdad que Ricardo Mollo y Natalia Oreiro estaban interesados en comprar esta casa?

—Negativo. Eso lo inventaron las revistas de chismes de la capital.

—Dígame, coronel, ¿por qué se ha detenido el avance estando tan cerca del objetivo? ¿Tiene algo que ver con las cosas negras y chatas que reptan por el predio de enfrente?

—Afirmativo. Creemos que el regimiento de anaclones en realidad no desbarató al subversivo comando P.P.P. como se dio a publicidad, sino que se limitó a domeñar y entrenar a sus elementos para usarlos en beneficio propio como una suerte de perros

guardianes. Lo que estamos viendo es un pelotón de gorgojos de buen tamaño estacionado, convenientemente, en la playa de estacionamiento del supermercado Norte.

—Es una visión atroz, amigo lector. Estamos hablando de alrededor de… Uno, dos, tres… No, no… Uno, dos… Se hace difícil contarlos, debido a que nos obstaculiza la vista un cartelón en el que se lee "Colón Malbec, lleva dos, paga $5,50". Voy a preguntarle al cabo Polonio, quien se encuentra a mi lado monitoreando los movimientos de estos coleópteros cucurliónidos, qué posibilidad tenemos de sortear con éxito este escollo.

—¿Pero podéi creer vo' lo mal ubicados que 'tan estos guasos? Te juro por mi madre, varón, nunca vi unos vagos tan mal parados en el campo de bataia. ¡Los vuá hacer fleco, los vuá!

—¿Eso significa que se utilizarán balas desflecadoras? ¿Coronel?

—Afirmativo. Tenemos que avanzar lo más rápido que sea posible y además los miembros de casa nos estás mirando feo. ¡Atención tropa! ¡Preparen! ¡Apunten! ¡Fuego!

—RATATATATATA… ¡BUUM! ¡BUUM! FIIIIIuuuuuuuuuuuuuu… ¡KABUUM!



En definitiva: Las *Nuevas AnaCrónicas* son tanto suyas como nuestras. Me rectifico: son más suyas que nuestras. Aún a riesgo de parecer obsecuente, me atreveré a afirmar que nosotros no somos más que humildes trabajadores a su servicio. Son ustedes, estimados lectores, quienes nos alientan y nos marcan el rumbo, y nos premian con una lealtad que sabemos que no recibiríamos si no fuese merecida. Es por eso que esta nueva etapa que hoy se abr¡Éxito! ¡La campaña de reconquista de

AnaCrónicas ha tenido éxito! Amigo lector, tengo mis manos sobre el teclado que hasta hace un momento usurpaba el Otis apócrifo, quien ahora es prendido por los soldados. ¡Se acabó la oscuridad! ¡Se acabó el miedo! ¡Se acabó la amenaza de las *Nuevas AnaCrónicas* que pendía sobre nuestras cabezas como una espada de Clotildes! No cabe la menor duda de que acabamos de transitar por un punto de inflexión en la historia en el que se determinó mucho más que el destino de la sección de intelectualidad y metafísica de una revista de ciencia ficción. La tormenta ha pasado y ahora se extienden ante nosotros campos luminosos y floridos, perfumados por la flor de la lavandina.

—Dígame, señor Pseudotis, ¿qué se siente que todos sus planes de dominación por medio de la literatura de masas se hayan desmoronado de esta manera?

—No canten victoria aún. Podrán haberme atrapado a mí, pero hay muchos otros que no caerán tan fácilmente. Se dispararán antes de entregarse.

—En ese caso, creo que no habrá inconvenientes en aceptar sus condiciones de rendición.

—No, ustedes no entienden. Ya se deben haber replegado todos al megacañón. Se disparán… ¡a la Luna! ¡Ja ja ja!

—¿A la Lu…? Pero… ¿Qué es esto?

—¡Terremoto! ¡Terremoto!

—¡Aaahhhh!



Una noche no podía dormir y tomé dos píldoras para los nervios. No me hicieron efecto. Utilicé el viejo

sistema: contar ovejitas blancas que saltaban una valla. Conté como cinco mil ovejas. Después las esquilé. La lana la convertí en telas, las telas en trajes; puse los trajes en venta. A eso de las tres de la mañana llevaba perdidos como setecientos ochenta y cinco mil pesos. Con esos problemas, ¿quién puede dormir?

Me dormí a las cuatro. ¿Para qué me habré dormido? Tuve un sueño horrible. Soñé que estaba en un harén en Turquía. Rodeado de cientos de muchachas: rubias, morenas, pelirrojas… Lo horrible del sueño es que yo también era una muchacha.



Interrumpimos estos chistes de Juan Verdaguer para llevarle al lector las últimas novedades. Hemos sufrido inconvenientes técnicos a causa del tremendo disparo que marcó la evasión del regimiento completo de anaclones. En todo el barrio han reventado vidrios y aparecido fracturas en las paredes. La casa de *AnaCrónicas* ha perdido íntegra su ala oeste, por lo que es poco probable que vuelva a volar.

La explosión ha dejado inutilizable la formidable pieza de artillería. El que fuera el cañón ha quedado abierto, convertido en una flor, y empiezan a llegar a él los insectos polinizadores. A su lado, partida en dos sobre el césped, yace la torre de marfil, como símbolo de la caída del régimen, como símbolo de la caída de la opresión y, por sobre todas las cosas, como símbolo de la caída de una torre de marfil.

Me silban los oídos, aunque los demás han quedado un tanto ensordecidos por la detonación y no los oyen. Los colaboradores prisioneros han sido liberados luego de meses de cautiverio, y ahora

intentan que el clon capturado de Otis lea el *Anacronicón*. Como usted recordará, amigo lector, este libro impuro es un archivo cifrado de la memoria del Otis original, que sólo puede ser decodificado por la propia configuración cerebral de éste o una de sus réplicas. Veamos qué están diciendo:

—¡No, no y no! ¡Me niego a leer esto!

—Daaale, leelo que te conviene…

—¡Jamás!

—Si me permiten, yo se lo leeré.

—¡Licenciado Menditegui!

¡Qué escena, amigo lector! En este acto se reencuentran viejos compañeros que no se han visto desde el inicio de esta crisis. Ya se abalanzan todos sobre el licenciado Menditegui, ya lo rodean con sus brazos en incontenible ímpetu; ya le echan una soga al cuello y lo arrastran en dirección a uno de los pinos que embellecen el parque.

—¿Qué se siente volver a reunirse con un amigo?

—¿Qué se va a sentir? ¡Bronca! ¡Este desgraciado nos traicionó a todos y se puso del lado de los clones! ¿No se acuerda que él mismo lo confesó en su romance?

—¿Perdón? ¿Dice que el licenciado Menditegui tuvo un romance con los clones?

—¡No era yo! ¡Agghhh…!

—Sí, sí, ahora diga que no es lo que no es lo que nosotros pensamos. ¿No le da vergüenza? ¿No piensa en su pobre madre?

—¡Que no era yo, car…aaaagh! Había leído el… ¡Ngghhhh!

—Por favor, caballeros, aflojen un momento la soga para que el licenciado pueda decir sus últimas palabras y este linchamiento se lleve a cabo con arreglo a la ley.

—Gracias. Estaba diciendo que había leído un fragmento del *Anacronicón* y había perdido el juicio. No sabía lo que hacía. Pero lo he superado. Los padecimientos físicos y psicológicos que me causó purgar la locura son inimaginables; pero a causa de esos mismos padecimientos tengo ahora un callo en el espíritu que me protege de los efectos del manuscrito nefasto. Les ruego me permitan expiar mis faltas leyéndoselo a Otis, ya que está visto que es una empresa que no acometerá por su propia voluntad.

—Bueh, está bien.

—Ojalá le salga mal, así lo colgamos de una vez.

Así es, amigo lector, el licenciado Carlitos Menditegui se ha ofrecido para la peligrosa tarea de leer el *Anacronicón* para el clon de Otis. Qué valor, qué determinación, qué manera de salvar el pellejo, señor. Ahora regresa a la casa, se acomoda en un sillón, toma el libro, lo abre, va a leer, va a leer, va a leer…

—¿Qué tal, Otis? ¿Empezamos? Ahí va: "Érase una vez un viejo molinero que al morir repartió entre sus hijos todo cuanto poseía: al primero le dejó el molino, al segundo le dejó el asno, y al menor sólo le tocó un suerte un pato…"

—¡No! ¡El del pato con ojotas noooo…!

—"Pero el pato, que era muy avispado, le dijo al joven: 'Chabón, vos fumá abajo del agua y dormí sin frazada, que si hacés todo lo que te dice papúa te van a llover la guita y las minas. ¿La cazás, fierita?'"

Me indican que me aleje, dado que lo que se va a escuchar aquí no es para todos los oídos. Mientras sigo la recomendación, le damos paso a un cable urgente que nos llega de la región de Cuyo.

> ***San Juan.*** *Una bala calibre 1181.102 ha caído en el Valle de la Luna, a unos ciento cincuenta kilómetros de esta capital. Según informan las autoridades del Parque Nacional Ischigualasto, la caída del proyectil gigantesco ha provocado la destrucción de la célebre formación rocosa conocida como "El Cobrador de la Rifa". Aparentemente no hay sobrevivientes de esta catástrofe, aunque no habría que lamentar más pérdidas materiales que la de una cámara fotográfica de cajón que llevaba rumbo norte, acompañada por una llama. Se cree que el destino del artefacto era Salta, donde planearía dedicarse a fotografiar turistas junto al camélido sudamericano.*

¿No es notable la velocidad con que pasa el tiempo en este informe en vivo? Me hacen saber que ha terminado ya la sesión de lectura. Me acercaré al recinto para entrevistar a los protagonistas.

—¿Cómo se siente, licenciado Menditegui?

—Vuelva a preguntarme en un par de días.

—¿Y usted, Otis?

—¡Alabeadas sean todas las estrellas que, transmutando en helio el hidrógeno primordial, calor y luz irradian con nucleosintético ímpetu! ¡Oh, elementales espíritus ácueos, ígneos, aéreos y térreos que por gracia y obra de Philia y Neikos, los irreconciliables mas complementarios gemelos hijos del sabio de Agrigento, líricamente conformáis el cosmos sensible al ánima y la retina! Válganme cuantos por esta tierra han dejado efímera huella, pues serán rememorados… Por todos los demontres de este mundo y el siguiente, ¡HE VUELTO!

—¡Ha vuelto! ¡Ha vuelto!

—Vos lo habés dicho, insigne cronista. Acabado ha para mí el vaporoso sueño de la inexistencia, y una nueva aurora asoma su broncínea calva sobre el horizonte. Aprisa, removed estos oprobiosos grilletes que mis evoluciones reprimen y consagrad sin demora a la acción vuestros apéndices dactilados, que ni un instante ha de ser perdido en lamentar lo que ya no es o celebrar el retorno de lo que nunca debió ingresar en los insustanciales reinos de la preterición. ¡Buen ánimo, caballeros, que miríadas de cosas hay por disponer y Cronos apremia!

¡Final feliz! ¡Luego de tanto sufrimiento y angustia, la historia ha tenido un final feliz, amigo lector! Los camaradas se abrazan y derraman lágrimas de alegría. Otis, el licenciado Menditegui, Andrés D., Dänik Eraparauntaar, Rosemary Romero, Bráian Aragonés Castellano, y hasta el profesor Heriberto Neutrone, arrepentido del papel que desempeñó en la trama anaclónica. Ya se unen a la ronda el teniente coronel Cordónez y su soldadesca, visiblemente emocionados. ¡Y cantan! ¡Cantan, amigo lector!

Porque un amigo es uuuuuuna luuz

brillando en la oscuuuuuriiidad…

Si hasta yo mismo siento que se me humedecen los ojos. ¡Qué emoción! ¡No podía pedirse un mejor cierre para este episodio! Con su permiso, amigo lector, voy a unirme al festejo y a disfrutar del ananá fizz y los budincitos marmolados que están trayendo de la cocina. Lo dejo con el capítulo 9 de “La yunta e’ torres”. En directo desde el lugar de los hechos informó Próspero Calvo. Buenas



tardenoches.

La yunta ‘e torres (9)

Otis



La yunta e’ torres

Capítulo 9

El enanito y el elfo,
el mago y el montaraz
llegaron al fin nomás
por un asunto e’ importancia
a Las Edoras, la estancia
con las montañas detrás.

“¡Quién vive!”, hablaron los guardias
que estaban en la tranquera,
y dijo el mago: “a cualquiera
que traiga intención e’ bien
nunca se le grita ‘quién’
sinó ‘pase cuando quiera’”.

Se impresionó el vigilante
y al compañero jue a hablar:
“Lo vas corriendo a buscar
a don Teo y le decís
que está el Gandalf Ponchogrís
con gente acá pa’ charlar.”

El otro golvió enseguida.
“Dice que pueden seguí,
pero que dejen aquí
las latas y los facones.

Éstas son las condiciones
que pone el Lengua e' Lumbrí."

"Tá güeno", contestó el Trancos.
"¡Pero guay con esta espada!
No le vaya a pasar nada
ni la saquen de la funda,
que al que ansina se conjunda
lo viá correr a patadas."

Al viejo patrón lo hallaron
bajo ponchos y cobijas.
Cuidandoló estaba la hija
de su hermana la dijunta,
y el sirviente en la otra punta
con nombre de sabandija.

Se sorprendieron de ver
quien juera bravo guerrero
encorvao sobre un brasero
más pálido que fantasma,
demientras que el consejero
le ponía cataplasmas.

Pensó el Lengua que el istari
tenía en venir mucha audacia,
y con poca diplomacia
le gritó: "¡Juira, lechuza!
Siempre que éste se nos cruza
nos pasa alguna disgracia."

"Si hay disgracia", dijo el Gandalf,
"ésa no viene conmigo.
Yo solamente le digo
que se está poniendo feo,
y hay que pararle, don Teo,
las patas al enemigo."

"¡Por favor, no me hagan rair
con las cosas que me vienen!
A la edá que el patrón tiene
uno no está pa' esos trotes.
No me escuche a estos pavotes,
don Teodén, no le conviene."

“Ricuerde que por cuidarlo
hace mucho que no duermo.
Usté ’tá bastante enfermo”,
seguía diciendolé el Grima,
“como pa’ que éstos encima
se lo lleven por los yermos.”

Retrucó el Gandalf: “Ya basta,
viborita con careta,
que te doy con la chancleta
y esa lengua viperina,
con perdón de la sobrina,
te la hago a la vinagreta.”

“¿Ya vio, patrón”, dijo el otro,
“qué insolente está este mago?
¡No permita que estos vagos
le echen pelos en la leche!
¡Si yo juera usté, los hago
que a rebencazos los echen!”

Vido el mago que ya iba
pa’ largo con ese atasco.
Con su bastón un chubasco
ahí mesmo se improvisó
y a palazos lo corrió
al Lengua e’ Lumbrí del casco.

“¡Por qué no te vas, sotreta,
a emponzoñar a tu agüela!
¡Corré a tenerle la vela
a tu patrón verdadero,
pedazo e’ bicho rastrero,
que te clavo las espuelas!”

“Al Sarumán se vendió
pa’ repartirse el botín.
Ayudemé, misia Eugüín,
a sacar de acá a su tío,
que ajuera no está tan frío
como le contaba el ruin.”

Tomó el patrón don Teodén
mejor color con el fresco.
“Mi amigo, yo le agradezco,

ahura estoy mucho mejor.
Mi gentileza le ofrezco
por librarme del traidor.”

Dijo el Gandalf: “Mucho tiempo
se ha perdido ya, mi rey.
Ya bastante ha dado el güey
cornadas a su colega;
ahura que la guerra llega,
ser unidos es la ley.”

Al rato nomás don Teo
andaba e’ mil maravillas.
Se acomodó en una silla
y habló en lo que liaba un pucho:
“Vamo’ a tener que dir muchos
al fortín e’ Cuernavilla.”

La reunieron a la tropa
con el comendante Eumer,
y acabando de poner
a la misia e’ cuidadora
se jueron de Las Edoras,
quién sabe si pa’ golver.



Especial: “Mi propia muerte” (2)

varios autores

Cuando planteamos la morbosa consigna que consiste en describir la propia muerte en un relato breve no imaginamos que la respuesta sería un vendaval de cincuenta relatos. Esto significa que si un tercio de ellos posee méritos suficientes como para aparecer en las sucesivas entregas de este especial, tendremos cuatro o tal vez cinco MI PROPIA MUERTE. Vamos pues por la segunda.

Otra vez hay escritores expertos y desconocidos, algunos de ellos debutantes, lo que nos permite augurar una saludable renovación de los que solemos llamar “autores de la casa” . Vamos a las presentaciones.

Susana Sussmann: Cuando presentamos “En sus manos..” en Axxón N° 150, dijimos que Susana Sussmann nació en 1972 en Valencia, España, de madre española y padre alemán, pero desde que tiene 8 meses de edad vive en Venezuela. Estudió física y se especializó en el área de cuerdas y supercuerdas (física teórica). Tenemos otro cuento de ella que nos gusta y publicaremos muy pronto.

Claudio Alejandro Amodeo: nació en la ciudad de Buenos Aires el 6 de noviembre de 1977. En Axxón se han publicado sus relatos “La chica de rojo” (149), “La muerte interior” (150) y “Encuentros” (152). Está haciendo un gran trabajo en el Taller 7, tanto sobre sus propios textos como en la faz organizativa y en los aportes para el crecimiento del grupo. No es poca cosa.

Marcelo Di Lisio: nació en San Martín, Pcia. de Buenos Aires, en 1968. Está casado, es papá de dos hijos y el tercero está ahí, a un mes de distancia. De profesión diseñador gráfico, coordinador del área de diseño de Synaptic Links. Lector de Ballard, Disch, Varley, LeGuin, Bester, George R. R. Martin, Boris Vian, Cortázar, Fontanarrosa, Bioy Casares, y los otros también, claro. Acaba de animarse a escribir algo y este es el resultado.

José Carlos Canalda: (Alcalá de Henares, España, 1958) es tan frecuente en Axxón que nos limitaremos a señalar en qué números están sus cuentos… y es casi seguro que nos estamos olvidando de alguno: “Érase una vez” #138, “Reality show” #142, “La lámpara” #148, “Manuscrito encontrado en un manicomio” #150, “El fin del mundo” # 150.

Daniel Antokoletz Huerta: (Buenos Aires, 1964) vuelve a decir presente, como lo hizo en Axxón N° 152 con “Medusa en la ciudad”. Se comenta que entre 1993, cuando su cuento breve “La sentencia” recibió la Primera Mención del Premio “Más Allá”, y nuestros días, se conservó en un ataúd criogénico porque estaba impaciente por conocer el futuro.

Alejandro Moia: nació en marzo de 1980 en la Capital Federal, Argentina. Lector desde siempre de ciencia ficción, trabaja de programador desde que egresó del colegio Pio IX. Emigró a Madrid en 2003 para dar, dice, el siguiente paso migratorio dentro de un tiempo.

Otros seis enfoques del “gran tránsito”, diferentes, cada uno de ellos determinado, promovido, tallado y mordido por las pulsiones que nos desvelan o nos hunden en pavorosos abismos. Como dije en la primera entrega, y no temo repetirme, ya nos enteraremos si acertaron o si por lo

menos se aproximaron a la cosa en sí misma, aunque eso, claro, no sirva para nada…



Ilustración de Fernus

QUIERO VIVIR

Susana Sussmann - **Venezuela**

Quiero vivir… Ésas fueron las últimas palabras que pronuncié como ser humano en aquellos lejanos días en los que pensaba que la inmortalidad no podía reservarme más que libertad, felicidad y poder.

He sido un bebé muerto en el vientre de una madre que lo odiaba. Sentí cómo mi corazón latía más y más lentamente, se iba

deteniendo, mientras mis manos arrugadas trataban con urgencia de asirlo a través de la ropa y de la carne. Me ahogué en la sangre putrefacta de un enfermo de cáncer pulmonar. Las ruedas de un camión rompieron casi todos mis huesos y derramaron mis sesos por la carretera. Fui adicto y viví la inenarrable experiencia de morir en pleno éxtasis de lujuria. Me envenené por accidente cuando mi madre me tomó en brazos luego de manipular sus pesticidas. Me rompí la nuca cuando se estrelló el ultraligero en el que volaba. Una mina de oro se desplomó sobre mi cabeza y duré varios días agonizando hasta que la sed y la fiebre me vencieron. Fui una adolescente anoréxica que acabó abriéndose las venas.

Todo comenzó cuando viajé al norte de México en busca de un tema para mi trabajo de grado. Yo quería investigar sobre el uso terapéutico de las plantas alucinógenas en los rituales indígenas, así que busqué y busqué, hasta que encontré a un viejo indio que aceptó enseñarme, y me tomó como su aprendiz. Con la excusa del peyote y de los hongos, poco a poco fue introduciéndome en el extraño y aterrador mundo de la brujería. Fueron años de zozobra. La vida de un brujo era terrible, y muy dura y peligrosa.

Con el largo entrenamiento fui aprendiendo a expandir poco a poco el capullo que encierra mi energía vital, y a moldearlo como si de gelatina se tratara. Abandoné gradualmente todas las cadenas que me ataban a mi antigua vida, y al final me mudé a vivir con mi maestro en su choza. Yo mismo fui descubriendo que la vida no es más que la existencia de un capullo de energía, y que toda esa energía proviene de una fuente primigenia. La muerte es la disolución de ese capullo y el regreso a la fuente. Lograr la inmortalidad se reduce a disolver el propio capullo, pero sin disgregarse en la fuente primigenia, conservando así la conciencia de ser.

Aprendí a hacerlo, y lo conseguí, al igual que mi maestro lo había hecho algunos años antes. Los chamanes que logran la inmortalidad nunca regresan para contar cómo es la vida después de la vida. Y los aprendices actúan basados en la fe. Yo tenía fe en que podía conseguirse (nunca encontraron los restos de mi maestro) y creía, como todos los demás, que la inmortalidad era deseable. Qué estúpido y arrogante fui.

Logré morir sin morir, expandir mi capullo de energía hasta el infinito, y volver a cohesionarlo. Vi la fuente de la vida y de la conciencia, el origen de toda la energía vital del universo, más negra que la más oscura noche. La amenazadora sombra me recordó con vaguedad la imagen de un águila enorme, presta a devorarme. El águila finalmente me tragó y me encontré inmerso

en la nada. Durante un tiempo inconmensurable sentí cómo mi ser iba disolviéndose, y por poco caigo en el olvido. Cuando ya todo parecía perdido logré reunir de nuevo los fragmentos de mi conciencia, y así como fui tragado por el águila inmortal, fui escupido, como diría mi maestro, igual que una semilla de durazno. Conservé mi conciencia desde ese día. Pero no soy libre, ni poderoso, ni feliz. Sin poder evitarlo me siento atraigo por los capullos en expansión de aquellos seres que van a morir.

En estos momentos me encuentro compartiendo los últimos instantes de vida de una mujer. Ignoró cómo morirá, cómo moriremos. Tampoco sé cuándo será, pero el momento se aproxima. Ella es escritora, como lo fui yo en vida. Lo peor de todo es que he podido comprobar que ella ha leído los libros acerca de mi aprendizaje que yo publiqué hace años. Eso me ha llenado de horror, pues, ¿a cuántas personas puedo haber inducido a buscar la inmortalidad con mis escritos?

Estos pocos días que he pasado a su lado me han permitido influir ligeramente en su subconsciente, mientras duerme, y deseo que estas líneas que ella escribe ahora sirvan de advertencia a aquellos que creen, como creía yo, en la maravilla de la inmortalidad. Nunca lo intenten en sus casas. Les aseguro que se arrepentirán por toda la eternidad.

Yo, que añoraba vivir por siempre, ahora imploro lo que me está negado: vivir… mi propia muerte.

EL LIBRO DE LAS PREDICCIONES

Claudio Amodeo - **Argentina**

En quince minutos habré concluido la escritura de estas palabras. Cerraré con mis manos gastadas las solapas del último volumen de mi obra y lo introduciré en un sobre con el rótulo: “para Horacio Bermúdez, *el hijo del tiempo*“. Lo colocaré sobre la pila de hojas presentes en el escritorio. Me relajaré en mi sillón térmico de piel cultivada del siglo XXII y serviré un último vaso de whisky escocés del siglo XX. Miraré por la ventana con mirada parsimoniosa y veré a los niños jugando con una improvisada pelota de cuero y retazos

de tela cosidos. Me permitiré soñar con aquellas florecientes generaciones pero contendré la tentación de predecir su destino. El trabajo ya estará finalizado. Nada restará por agregar a mis líneas. Una obra magnánima de revelación del futuro que será escudriñada durante siglos por eruditos y profanos en busca de afrentas y esperanzas. El libro de las predicciones estará terminado y mi vida realizada.

Entonces, los niños se alejarán como espantados por alguna extraña visión. Dejarán olvidada su pelota desgajada meciéndose bajo una imprudente ventisca otoñal. La hojas secas se arremolinarán y bailotearán sin disimulo. Afuera alguien divisará la llegada de una tormenta y apretará el paso. La calle quedará desierta. Será la hora.

Un dolor persistente se alojará en mi pecho instantes después. Sabré con seguridad su procedencia y su infalible desenlace. Será cuestión de esperar. Una mano involuntaria se posará sobre el estigma y en vano intentará aliviar su carga. Recordaré a todas aquellas personas que me precedieran, protagonistas tristes de mis predicciones, y me contentará la idea de saber, por fin, qué sintieron al ver la profecía cumplirse en su propia carne. Desconcierto, resentimiento y finalmente, resignación. Sentimientos que marcan el conflicto de la pérdida y la posterior llegada del equilibrio natural de la Vida. Pensaré en las profecías, en sus oscuros designios y en la futilidad de los intentos por desviar el curso de los acontecimientos. Todas se cumplirán, implacables, porque no existe ni existirá voluntad suficiente en el ser humano para revocarlas. Se cumplirán hasta que otro profetice en el nombre del Cielo y su palabra sea más poderosa y eficaz que la mía. Se cumplirán sólo hasta que aquel que me las sembró en la lengua y en la pluma decida no hacerlas realidad.

El vahído será el siguiente mensajero de la fatalidad. Mi cabeza parecerá no hallar reposo sobre mis hombros. La sensación de algo hinchándose dentro de mi cráneo me invadirá. El flujo del aire se ofuscará. Como si un trozo de alimento se atorase en mi garganta, indeciso de continuar su camino o regresar al exterior. El ahogo, sin embargo, no me inquietará demasiado. Sabré que ése es el momento y tendré la esperanza de un deceso pacífico, sosegado. Las ideas se presentarán confusas, inconexas. No me será posible reconocer mi entorno de inmediato pero luego me aliviará poder redescubrir mi escritorio y mis anotaciones imperturbables. El vaso de whisky caerá de mi mano flácida y estallará con un sonido apagado. No veré sus pedazos ni su contenido desparramados. Habrán desaparecido de mi realidad percibida. Su recuerdo se

borrará de mi conciencia, las cosas perderán su valor, se relativizarán. Ya no habrá más niños jugando ni hojas de otoño arremolinándose. No sabré si hay sol o si llueve ni tampoco me inquietará saberlo. Sólo importará el final. Sólo pensaré en su llegada. La ansiaré.

Una mueca contorsionará mi rostro. La punzada aguda me dirá que ya no será agradable ni tranquilo el final. Con la cabeza inclinada sobre mi pecho divisaré la sombra esparcirse en el suelo del pasillo, acercándose. En algún punto de mi mente sabré de su llegada, ágil y silenciosa. La oscuridad se ceñirá sobre la habitación cual manto nocturno y entonces veré su máscara. Pálida, fría, inexpresiva. Me mirará como quien mira una pila de ladrillos que debe transportar. Una mirada tediosa y meditabunda que piensa y repiensa el modo más simple de cumplir la tarea. Allí estará, frente a mí, el protagonista más asiduo de mis adivinaciones y quizás, el más noble de ellos. Es dueño y a la vez esclavo de su trabajo. No puede sino ejecutar una y otra vez aquello para lo que fue destinado, de forma casi mecánica, impersonal. Su figura espectral se alzará y aleteará sobre mi cabeza. Me escrutará como buscando información, ávido de conocer mi pasado y mi destino aunque más no sea para romper la monotonía de su existencia. Pero ése es un conocimiento que sólo se otorga a aquellos que demostramos la capacidad de amar al Cielo más que a nuestras propias vidas y de ser leales incluso en los momentos de tormento. Sus cuencas vacías semejarán los valles sobre la superficie pálida de la luna. Su manto oscuro se ceñirá sobre mi cuerpo letárgico formando un pabellón semicircular y me rozará en forma descuidada con su helada sustancia mortuoria.

En aquel duelo atemporal nos examinaremos como cumpliendo los pasos de un milenario ritual. Girará suavemente a mi alrededor sin quitarme la oscura y profunda mirada de encima y ejecutará su tenebroso réquiem con voz cavernosa. El sonido parecerá provenir de muchos lugares al mismo tiempo, rebotando en la sala y multiplicándose aún más. Hará vibrar el aire con su gorjeo y lo cargará de angustia. Será un canto que evocará los llantos de millares de seres sufrientes a lo largo de la historia, y que cada vez se hará más extenso y sombrío conforme haya sufrimiento en la tierra. Mi corazón también entonará aquel quejido como resultado de una empatía macabra. Ambas voces se harán una y el torbellino tragará la visión borrosa de la habitación a oscuras.

Caeré de rodillas, obnubilado, y en un ultimo esfuerzo soplaré las palabras que habré guardado celosamente hasta ese momento. Las palabras que aliviarán mi conciencia y me

permitirán descansar en paz: "*Que se cumpla en mí tu voluntad*".

Luego, el fin del dolor. El despertar de la pesadilla.



Ilustración de Fernus

EN COMPAÑÍA

Marcelo Di Lisio - **Argentina** 

¿Quién será ese buen amigo
que morirá conmigo
aunque sea un tanto así?
J.M. Serrat

Estoy tan cansada. No aguanto más. Llevo cuarenta días en el hospital. Antes me internaban, en dos o tres días lograban compensarme y me mandaban para casa. Pero ahora no doy más, llevo tanto tiempo, me duele todo el cuerpo y no sé de dónde sacar oxígeno con lo poco que me queda de pulmones. Respirar es una tortura que me deja exhausta. La lastimadura en la pierna volvió a sangrarme y tengo tantas manchas y venas destrozadas en los brazos, las pantorrillas, los tobillos, ah… si por lo menos no me doliera la espalda.

Hace años que el simple hecho de reírme junto a quienes me acompañan puede desencadenar el más terrible acceso de tos, pero hasta la semana pasada al menos podía hablarles sin agitarme, en cambio ahora ya ni ganas ni fuerzas tengo. Le dije a mis hermanas que sólo se queden ellas conmigo, que le digan a los chicos y a los demás que no vengan a la clínica, yo no quiero que me vean así. Las tres se quedan conmigo y me cuentan cosas de afuera. A la noche se turnan… Ahí viene la enfermera con el nuevo aparato para el oxígeno.

Mierda. Me deja aniquilada. Dos horas y media con la mascarilla sobre mi cara, agarrada con elásticos, presionando, para recibir el oxígeno en forma directa. Es increíble lo que me pican las mejillas, los pómulos, el mentón. Esto es lo único que me faltaba para seguir hinchándome como un sapo, mirá cómo tengo los pies. Y tengo que repetir estas sesiones cuatro veces al día. Cómo voy a hacer para soportarlo. Ojalá se les muriera el aparato.

Ya les dije a las tres todo lo que tienen que hacer, anoche le dije a Silvia lo que tenía que darle a cada una de las nenas. Para los nenes algo se me va a ocurrir. Anoche estuvieron todos acá conmigo, se lo dije a Silvia y me preguntó que quiénes habían estado, le dije que los chicos, todos los sobrinos, sabés cómo se reían, y se me quedó mirando. Después se fue al baño y yo la oí llorar. ¿Me estaré olvidando de alguien? No, creo que no.

Entra una de las enfermeras y me pregunta si agarré algo

hoy. Pero hoy salió el veintiocho y yo le jugué al ochenta y dos. Casi. Tendría que haberle jugado a los dos, le dije a Silvia. Las enfermeras me prometieron que no me van a abandonar, siempre que vienen les digo *no me abandones, mirá que vos me lo prometiste.* A veces durante la noche me despierto tosiendo y encuentro a alguna de las enfermeras sentada en la penumbra, mirándome en silencio desde el silloncito al lado de mi cama. Dice que así descansan mis hermanas también. Le digo que por la mañana le cambie el agua al jarrón de las flores, están lánguidas y descoloridas, como yo, pienso, se están yendo conmigo. ¿Alguien más vendrá conmigo? ¿Me van a dejar ir sola?

Está parado delante mío. No lo vi entrar, tenía puesta la mascarilla del oxígeno mientras desde el silloncito miraba perdida la tele suspendida ahí arriba. Todavía tengo que aguantar el sopor de media hora más de oxígeno. Me atonta. No recuerdo haberlo visto entrar. Ahora desvio la mirada porque no me gusta que me vean en este estado, sin embargo ellos vienen, no me dejan sola en ningún momento. Menos mal, no quiero que me dejen sola, pero es horrible que me vean tan desmejorada y toda conectada. ¿Habrán venido los otros chicos y no me di cuenta? Me gustaría que vinieran todos, pero para qué, mejor no.

¿Qué hacés, flaca?, me dice y se agacha adelante mío. Me agarra de la mano. Tiene los dedos fríos, decían que estaba haciendo frío. Hace tanto que no veo el sol, por la ventana del cuarto apenas entran unas gotas pálidas, más que nada durante la mañana. Tan poco sol en el cuarto, tan poco oxígeno en mis pulmones. ¿Se estará muriendo también? El sol digo. *Estoy tan cansada,* le digo. Me mira con los ojos húmedos y se queda agachado agarrado de mi mano hasta que varios minutos después viene la enfermera y me saca la mascarilla. *No me abandones,* le digo cuando sale. Me quedo temblando y quisiera que él se vaya. Me apoyo con el brazo en la mesita, por Dios. Respiro en profundidad y es tan inútil.

Recién me dijo Silvia que don Carlos anduvo por casa y le comentó que el jardín estaba hecho un desastre, que el pasto estaba crecido y las flores todas bichadas. Él siempre me da una mano con las flores. Ahora cuando me mejore tengo que ir a revivirlas. Quién sabe ellas

también vengan conmigo, quizás yo no vaya a mejorar, como esa manzana oxidándose entre las cajas y cajas de pastillas sobre la mesa de luz. ¿Cuántas cosas morirán en el mundo en el mismo momento que yo? ¿Yo seré esas cosas? ¿Esas cosas serán parte de mí y se van a morir junto conmigo porque yo me estoy muriendo? El perro que escucho ladrar todas las noches, un árbol en una isla en el Tigre, un pibe enfermo de repente en un pueblito de quién sabe qué país y tantas otras cosas.

Me están pasando morfina. La vez pasada le pifiaron a la dosis y tuve que aguantarme no sé cuántos días de dolores en la espalda. No quiero acordarme. Estoy la mayor parte del tiempo inconsciente. Abro los ojos y los veo, alguno sentado en la cama, otros en los sillones, alguno parado contra la pared. Cierro los ojos, me duermo, los vuelvo a abrir y las caras son otras o están cambiadas de lugar. ¿Alguno de ellos moriría por mí?

Estoy en coma, eso dijo el médico. Cada vez respiro más pausado. A veces pasan varios segundos entre una respiración y otra. Me gusta pensar que esas estrellas detrás del vidrio agonizan conmigo, que ya casi no existe el jardín que cuidé con tanto amor durante tantos años, que soy el jardín apagándose junto con cada una de sus plantas, que estoy conformada por una legión de seres, objetos y astros que desparramados por el universo son parte de mi muerte, que yo soy quien yace en esta cama en un hospital y todos ellos son parte de mí, como si fueran mis brazos, uno más de mis cabellos, mis uñas, mis poros y ahora juntos exhalamos por última vez para morir, yo, nosotros.

CARA Y CRUZ



José Carlos Canalda - **España**

Todos nosotros, a lo largo de nuestra vida, hemos cometido errores. A veces éstos no revisten especial trascendencia, o bien acaban solucionándose con el tiempo, pero otros, los peores, pueden acarrear consecuencias irreversibles… y generalmente negativas.

Esto último, para mi desgracia, es lo que me ocurrió a mí hace ya demasiado tiempo, con el agravante de que sé que estoy condenado a purgar por ello durante toda la eternidad. Fue culpa mía, por supuesto, y ahora soy plenamente consciente de que me cegó la ambición, pero ya es demasiado tarde para el arrepentimiento.

Todo empezó el maldito día en que tropecé con el demonio. Le llamo así debido a que él fue el responsable de mi desgracia, aunque la verdad es que desconozco si su naturaleza era diabólica, angelical o simplemente mortal, aunque me consta que era ajeno a nuestro planeta y, quizá, también a nuestro universo. En realidad nunca lo llegué a saber, ni creo que ahora esto importe demasiado.

Hasta ese momento yo había sido una persona normal, perdida en el mar de la tranquila y acogedora mediocridad. Mi vida transcurría sin sobresaltos, lo cual no me satisfacía ya que ambicionaba más, mucho más, pese a sentirme incapaz de conseguirlo, lo cual había acabado sumiéndome en una profunda frustración. Y entonces apareció él, ofreciéndome justo aquello que anhelaba: la fama, el dinero, el reconocimiento social, el éxito con las mujeres, una salud a prueba de enfermedades y de los achaques de la edad… y cegado por tamaños oropeles, le vendí mi alma.

Bueno, en realidad lo de vender el alma no debe interpretarse de forma literal, ya que no fue un pacto diabólico en el sentido tradicional del término. El culpable de todos mis males se me presentó como un científico procedente de una remota y avanzadísima civilización galáctica, llegado a nuestro planeta en misión investigadora. Nuestro encuentro fue casual, tropezó conmigo al igual que podría haberlo hecho con otro cualquiera de los miles de millones de habitantes de la Tierra, pero en mala hora me tocó a mí…

Él me ofreció lo que a mí me parecieron unos dones maravillosos aunque, según afirmó, se trataba de simples aplicaciones de su desarrollada tecnología natal que nada tenían de mágico, aunque a mí me lo parecieran. Qué más da. El caso fue que, gracias a su ayuda, y cuando ya me había resignado a dejar que lo que me quedaba de vida se fuera desgranando con languidez, vi abrirse ante mis ojos la posibilidad de alcanzar todo aquello que tantas veces había ambicionado en vano. Fui débil, y sucumbí a la tentación.

Claro está que tenía un precio, y en honor a la verdad he de reconocer que no me engañó. Me engañé yo solo. Aparentemente, lo que me pidió a cambio de su ayuda no era demasiado, ni aparentaba exigir un esfuerzo inasumible; al contrario, parecía ser tentadoramente fácil.

Lo que mi interlocutor deseaba era una copia de mi *espíritu*, como decía él, o de mi mente, por utilizar un término más científico. No, no se trataba de entregarle mi alma, puesto que yo la conservaría intacta; según afirmaba yo no sufriría el menor daño durante el proceso, ni me quedaría la más mínima secuela de ello… y a cambio de tan mínimo sacrificio, tendría todo lo que ambicionaba.

No lo dudé un solo instante aunque, eso sí, movido por la curiosidad le pregunté para qué quería esa copia. Su reticencia en responderme debería haberme alertado sobre sus verdaderas intenciones, pero estaba tan obnubilado que no quise verlo. Finalmente, y a regañadientes, me dijo algo así como que formaba parte de un vasto experimento de sus congéneres para recrear una especie de universo virtual, el cual pretendían poblar con muestras —es decir, copias de mentes de seres reales— tomadas en multitud de mundos distintos.

En qué consistía el experimento, y qué les iba a ocurrir a esos fantasmas fue algo que rehusó explicarme, alegando que no lo entendería. Pero, añadió, no tenía por qué preocuparme, puesto que yo continuaría siendo el mismo… aunque, eso sí, sensiblemente mejorado en mis expectativas sociales. Eso acabó de disipar mis dudas.

Y la tragedia se consumó. El duplicado se realizó con total éxito, y los hechos discurrieron exactamente tal como el visitante me había explicado. Con lo que no contaba era con que la copia virtual tendría no sólo los mismos recuerdos que el original hasta el instante mismo de su desdoblamiento, sino también idéntica personalidad. Es decir, sería otro *yo* exactamente igual en todo al primero excepto en su inmaterialidad, por otro lado innecesaria en un entorno virtual, pero tan *real* a su modo como el modelo del que había sido copiado a imagen y semejanza suya… y por supuesto, compartiría con éste las mismas inquietudes y los mismos sentimientos que lo singularizaban como un ser humano.

Eran, pues, dos individuos desdoblados, pero cada uno de ellos estaba *vivo* en su correspondiente entorno; la cara y la cruz de una misma moneda, ahora separadas y condenadas a llevar una vida independiente. Y sí, a mí me tocó la cruz, tuve la mala suerte de ser la copia inmaterial, pero no por ello menos real, entregada a

mi inhumano carcelero a cambio de que mi egoísta hermano pudiera disfrutar de los beneficios de su traición sin importarle lo más mínimo las desgracias que con ello me acarreó. Me consta que es así, puesto que él fui yo hasta el mismo momento en el que nuestras almas se desdoblaron, razón por la que los reproches que le pueda hacer a él no tengo otro remedio que hacérmelos también a mí… y bien cara he pagado mi avaricia.

Pero no es él, sino yo, quien está purgando sus penas en este lúgubre lugar, compendio de todos los infiernos surgidos de las mentes más tortuosas del universo, víctima inocente, junto con mis desdichados compañeros de infortunio, de la perversidad de unos seres crueles que, pretendiendo jugar a ser dioses, tan sólo consiguieron ser diablos, los cuales nos mantienen recluidos en un mundo infernal fruto de su sádica imaginación que no por virtual deja de ser menos real para nosotros, puesto que los padecimientos que nos infligen los sufrimos de forma tangible en nuestros inmateriales cuerpos.

Y así será para siempre, ya que entre nosotros no existe la muerte salvo que algún día nuestros torturadores decidieran concedernos el don de la desaparición, algo que al parecer no entra en sus planes dado que constituimos, o al menos eso creemos, una especie de circo macabro cuyo único fin parece ser la diversión de estos malditos, que gozan recreándose en nuestros infortunios, e incluso hay quien afirma que puede que no seamos sino una única variante de un sinfín de infiernos virtuales, cada uno de ellos con una copia de todos nosotros, los cuales servirían de recreación particular para cada uno de estos miserables demonios. Puede que sea así, aunque carecemos de pruebas para demostrarlo.

Ojalá la moneda hubiera caído del otro lado y fuera el otro quien estuviera en mi lugar, ya que se merecía sobradamente este castigo.

AYER VI MI MUERTE

Daniel Antokoletz Huerta - **Argentina** 

Soy el doctor Mayer y ayer vi mi propia muerte. Cruel destino saber

que se va a morir, pero hiel dolorosa saber cuándo, cómo, y no poder evitarlo.

Pueden decirme que eluda las circunstancias en las que muero, que evite ciertos movimientos. Es inútil. Hace tiempo quedó demostrado que el futuro es un pasado que aún no sucedió. Pueden intentar lo que quieran. La muerte llegará… y llegará como está grabado en la historia del mañana.

Las pruebas del sistema temporal funcionaron a la perfección. Si bien los campos cuánticos generan una distorsión de varios milímetros, el túnel no se puede abrir lo suficiente como para que lo atraviesen átomos completos, apenas permite el paso de fotones. Quizás en un futuro alguien logre descomponer la materia en fotones y volver a reconstituirla en otro tiempo. O quizás ensanchar los túneles lo suficiente como para poder enviar algo más que luz. Pero por ahora no.

Nos costó mucho controlar los rulos endecadimensionales. Al fin, luego de muchas pruebas, pudimos acoplar agujeros cuánticos del jurásico y los arqueólogos ya saben con certeza la apariencia de los velociraptors, el comportamiento de los gallimimus, y la escasa ferocidad de los tiranosaurios. Los historiadores pudieron observar el caos de las batallas medievales, asesinatos reales y a los verdaderos héroes de las revoluciones. Actualmente, los turnos concedidos a becarios e historiadores ocupan el tiempo disponible de los próximos dos años.

Pero para mí ver el pasado no alcanzaba; quería que sirviera para anticipar: quería ver el futuro.

Como soy uno de los investigadores que diseñó el sistema dispongo de dos horas semanales para experimentos personales con el proyector temporal. Decidí ver dos meses en el futuro. ¿Cómo saber si es el futuro o el pasado? Muy simple: a partir de ahora puse un calendario en la pared del laboratorio, y tacho día por día.

Me senté frente a los controles. Luego de complejos cálculos ingresé las coordenadas.

Después de varios intentos, en el visor apareció la imagen del superconducto del laboratorio. Redireccioné el campo hacia la pared donde puse el indicador. No estaba. Pensé que estaba observando el pasado cuando de casualidad vi el clavo del que había colgado el calendario. Moví el punto de vista hacia el piso: quizá se había caído. Pero no, el piso brillaba más que de costumbre.

Recalculé las coordenadas a un mes en el futuro, y el calendario apareció frente a mí. Pero las tachaduras no indicaban

un mes, sino apenas una semana.

Verifiqué todo.

La torsión espacio-temporal era muy clara: un mes en el futuro.

Maldije el momento en que decidí ver que sucedería en un futuro más cercano. Maldije mis ansias de conocimiento, y maldije mi incontenible curiosidad.

Redireccioné los campos cuánticos a una semana en el futuro. Cada vez me era más fácil moverme entre las intrincadas fórmulas. El visor estaba completamente a oscuras. Controlé los indicadores y constaté que el túnel cuántico se había establecido. Giré el punto de vista. La negrura seguía ocupando toda la pantalla. Moví las coordenadas espaciales.

De pronto, el visor se iluminó y percibí una superficie rugosa de color rosáceo que ondulaba. Alejé más el punto de vista y pude ver mi propia frente, pero mis ojos… mis ojos estaban vueltos hacia atrás, y me sacudía. Con mis brazos tiesos y mi boca echando espumarajos, caía al piso. Arqueado, en una convulsión interminable me veía sin poder hacer nada. Un hilo de sangre y saliva se deslizaba de mi boca. Con un último sacudón quedé tendido, inmóvil. Mi pecho no subía ni bajaba.

Sólo, de una manera miserable, he muerto… mejor dicho moriré. Y, lo peor de todo es que yo mismo me asesinaré. En realidad ya lo he hecho. Puedo imaginar los protones, neutrones y electrones de mi cerebro entremezclándose. Mis neuronas desintegrándose en una sopa de partículas desordenadas. El campo de distorsión temporal que circunda al túnel cuántico me mató.

NO ME QUIERO MORIR

Alejandro Moia - **Argentina**

Qué día complicado en el trabajo, no tuve un minuto libre, sólo pude parar para tomar café. A ver, voy a revisar el correo… Bandeja de Entrada, 123 mails, cuánta gente que me quiere y escribe. Veamos: viagra, teens, solidaridad con Brian, envía este mail a 10 personas, listas, padrones, cd's, un burro, libros de CF en CD, no, ni loco; bah, todo spam, a la basura. Carpeta de Axxón, 63 mails, cuántos mmmm veamos… uy, este es interesante: *Convocatoria, Especial "mi propia muerte". Un comentario de otra lista*… wow, ¡qué bueno! Es una idea genial, me re interesa, me tengo que poner ya a escribir algo, pero antes le respondo: *Sergio: me muero de ganas de mandarte un relato.* ¡Enviar!

—¿Qué pasó?

—Estás muerto.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Es por el mail que acabás de enviar. Nosotros lo sabemos todo.

—¿Pero no era que esa ley al final no la aprobaron…?

—No te confundas, estás en la entrada al cielo, aquí todo se sabe.

—¿Es eso legal y constitucional?

—Silencio. Para poder entrar debés pasar una prueba. Tenés que ag….

—Pará, pará. ¿Vos quién sos? ¿San Pedro?

—Correcto, Saint Peter. Puedes llamarme *Pete*.

—Ah… eh… ¿esa es la entrada al cielo?

—Sí.

—Pero no llega a medir un metro, es muy bajita.

—Sí, hay que entrar arrodillado.

—Ah… arrodillado… *Pete*. Pero yo no quiero entrar.

—¿Cómo osas rechazar la entrada al cielo?

—Es que no vale, quiero seguir vivo. Me trajeron por la fuerza, además nunca acepté un *Términos y Condiciones* donde les diera a ustedes derecho a saber todo sobre mí, y vos encima me venís con esas "pruebas" para entrar al cielo. ¿Y si entro y le digo a ya-sabés-quién lo que estás pidiendo y cómo llegué acá? ¿Eh? ¿Te gustaría? ¡Puedo armar un quilombo bárbaro!

—Mmmm un tipo conflictivo. Desequilibrarías el orden celestial, así que te doy otra oportunidad para que recapacites y cuando vuelvas estés listo para pasar *la prueba*. Podés regresar a la vida.

¿Dónde estoy? ¿Qué pasa? Ah, acá en casa, qué terrible lo que pasó, y qué peligroso que es desear las cosas sin pensar. Bueno, ¿en qué estaba? Ah, sí, el relato. Mejor me pongo a escribir algo así le mando.

Listo, ya está. Pero no me termina de convencer… está más o menos, no sé si lo aceptará, aunque la verdad, es que me muer… ¡NO!

—¿Estoy muerto?

—Sí, y nosotros no te vamos a dar otra oportunidad.

—¿Qué? ¡No! Estoy en el infierno y ¡eh! ¡Qué hijo de mil, estoy del lado de adentro!

—Jajaja antes fuiste al… arriba por error, ahora sos mío para toda la eternidad.

—¿Sos el diablo?

—El mismísimo. Satanás. Lucifer. Pero puedes llamarme *Lucy*.

—Uff, cómo están. ¡Mirá! ¡Atrás tuyo! ¡Es San *Pete*!

—¡¿Sí?! ¡¿En serio?! ¡¿Dónde?!

—¡Matanga! ¡Te afané el tridente!

Rápido, tengo que salir de acá, antes de que me alcance… debo llegar a la puerta, ¡wow! ¡Qué puerta! Se nota que este lugar es mucho más concurrido que el otro, debe medir casi cien metros, y esa cerradura inmensa… ¿pero cómo la abro? A ver… sí, ¡parece que funciona! Claro, este es el infierno, donde los pecados reditúan, y tantos años de abrir la máquina de café del trabajo con un clip no fueron en vano, doblo un poco el tridente, lo meto en la cerradura, tiro para abajo, giro… ¡listo!

¿Dónde estoy? ¿Qué pasa? De nuevo, volví. Esto de ser creyente es muy peligroso, no quiero serlo más. Estos tipos te llevan y te traen a su antojo, mejor me hago ateo.

Bueno Sergio, esto es lo que realmente pasó. No te mando el cuento original, por las dudas. Y hacé lo que quieras con esto, publicalo o no; la verdad es que ¡no me importa un carajo!

El Rojo

Jack London

¡Allí estaba! Bassett, mientras la controlaba con su reloj, comparó la abrupta liberación de sonido con la trompeta de un arcángel. Los muros de las ciudades, meditó, bien podían desmoronarse ante una intimación tan apremiante. Por milésima vez trató vanamente de analizar la cualidad tonal de ese enorme repique que dominaba la tierra hasta mucho más allá de las plazas fuertes de las tribus vecinas. El desfiladero montañoso donde se originaba resonó ante la ascendente marea del sonido, hasta que desbordó e inundó la tierra y el cielo y el aire. Con la desenfrenada fantasía de un hombre enfermo, lo comparó al poderoso grito de algún Titán del Viejo Mundo, afligido por la desdicha o la ira. Se elevó más y más, desafiante e inquisidor, con tal profundidad de volumen que parecía hecho para oídos situados más allá de los estrechos confines del sistema solar. También en él existía el clamor de una protesta, la que decía que no había oídos para oír y comprender su mensaje.

Esa era la fantasía del hombre enfermo. Aun así trató de analizar el sonido. Era sonoro como el trueno, maduro como una campana de oro, tenue y delicado como el tañido de una tensa cuerda de plata: no, no era nada de eso, ni una mezcla de eso. No había palabras ni símiles en su vocabulario ni en su experiencia con las cuales describir la totalidad de ese sonido.

Pasó el tiempo. Los minutos se hicieron cuartos de hora, y los cuartos de hora medias horas, y el sonido aún persistía, siempre cambiando su impulso vocal inicial aunque sin recibir nuevo impulso, esfumándose, ensombreciéndose, muriendo tan enormemente como había llegado a la vida. Se trasformó en una confusión de inquietos bisbiseos y balbuceos y colosales murmullos. Lentamente se retiró, sollozo a sollozo, al interior del enorme pecho que lo hubiera engendrado, hasta que gimoteó mortales susurros de ira e igualmente seductores susurros de deleite, luchando aún por ser oído, por trasmitir algún secreto cósmico, algún mensaje de infinito valor e importancia. Menguó hasta ser el fantasma de un sonido que había perdido su amenaza y su promesa, y se convirtió en algo que pulsaba en la conciencia del hombre enfermo durante muchos minutos después de haber cesado. Cuando ya no pudo oírlo, Bassett miró su reloj. Había transcurrido una hora antes de que la trompeta del arcángel cayera en la nada tonal.

¿Era ésta, entonces, *su* torre oscura? —meditó Bassett, recordando su Browning y contemplando sus manos esqueléticas y devastadas por la fiebre. Y la fantasía lo hizo sonreír: Childe Roland llevándose un cuerno a los labios con un brazo tan debilitado como el de él. ¿Habían pasado meses, o años —se preguntó—desde que oyera por primera vez aquella misteriosa llamada desde la playa de Rigmanu? No podía decirlo con certeza. La larga enfermedad había sido más larga. En la estimación consciente del tiempo, sabía que habían sido meses, muchos; pero no había modo de calcular los intervalos de delirio y estupor. ¿Y cómo le iría al capitán Bateman, del barco esclavista *Nari?,* se preguntó; ¿y el compañero borracho del capitán Bateman, ya habría muerto de *delirium tremens*?

Bassett abandonó estas vanas especulaciones para dedicarse inútilmente a recordar todo lo que había ocurrido desde aquel día en la playa de Rigmanu, cuando escuchó el sonido por primera vez y se internó en la jungla en pos de él. Sagawa había protestado. Aún podía verlo, con su extraña carita simiesca elocuente por el miedo, su espalda cargada con las cajas para especímenes, en las manos la red de cazar mariposas de Bassett y la escopeta de naturalista, mientras trinaba en su inglés *Beche de mer.* "Yo hombre demasiado asustado de ir a la maleza. Mal hombre muchacho demasiados detenidos en la maleza."

Bassett sonrió tristemente ante el recuerdo. El pequeño muchacho de New Hanover había tenido miedo, pero había demostrado serle fiel, siguiéndolo sin vacilar a la maleza en busca del sonido maravilloso. Nada de tronco de árbol ahuecado con fuego llamando a guerra a través de las profundidades de la jungla, había sido la conclusión de Bassett. Su siguiente conclusión había sido errónea, es decir, había supuesto que la fuente o causa no podía estar a más de una hora de marcha y que estaría cómodamente de regreso para media tarde, cuando lo recogería el bote ballenero del *Nari.*

"Ese ruido del hombre grande no es bueno, todo el mismo diablo-diablo" había sentenciado Sagawa. Y Sagawa había estado en lo cierto. ¿Acaso no lo habían decapitado ese mismo día? Bassett se estremeció. Sin duda Sagawa también había sido comido por el mal hombre muchacho demasiados detenidos en la maleza. Podía verlo, tal como lo había visto por última vez, despojado de la escopeta y de todos los avíos de naturalista de su amo, tendido en la angosta senda en la que había sido decapitado apenas un minuto antes. Sí, en un minuto había sucedido. Un minuto antes, Bassett, mirando para atrás, lo había visto caminar dificultosa y pacientemente bajo el peso de su carga. Luego su propia preocupación lo sorprendió. Se

miró los muñones cruelmente cicatrizados del primero y segundo dedo de su mano izquierda, luego se los frotó con suavidad en el hueco de la parte posterior del cráneo. Rápido como había sido el destello del tomahawk de largo mango, él había sido lo suficientemente rápido como para ladear la cabeza y desviar parcialmente el golpe con su mano alzada. Dos dedos y una molesta herida en el cuero cabelludo fue el precio que pagó por su vida. Con uno de los caños de su escopeta calibre diez le había quitado la vida al bosquimano que casi lo había matado; con el otro caño había acribillado a los bosquimanos inclinados sobre Sagawa, y tuvo el placer de saber que la mayor parte de la carga le había dado al que se alejó a los saltos con la cabeza de Sagawa. Todo había ocurrido con la rapidez del relámpago. Solo él, el bosquimano muerto y lo que quedaba de Sagawa estaban en la angosta senda para cerdos. De la oscura jungla que se extendía a ambos lados no llegaba ningún roce de movimiento, ningún sonido de vida. Y había sufrido una evidente y horrible conmoción. Por primera vez en su vida había matado a un ser humano.

Entonces había comenzado la cacería. Retrocedió por la senda de cerdos delante de sus cazadores, que estaban entre él y la playa. No pudo adivinar cuántos eran. Por lo que vio de ellos, tanto podía haber uno como cien. Estaba seguro de que algunos de ellos se habían encaminado a los árboles y habían viajado por la bóveda de la jungla; pero en el mejor de los casos sólo había podido ver de reojo algún ocasional movimiento de sombras. No podía oír ninguna cuerda de arco que se tensara a su alrededor, pero a cada rato, sin que él supiera de dónde provenían, pequeñas flechas pasaban susurrando a su lado o se incrustaban en los troncos de los árboles y caían en el suelo junto a él. Tenían punta de hueso y mango emplumado.

Una vez —y ahora, después de todo el tiempo transcurrido, rió gozosamente al recordarlo—había detectado una sombra moviéndose por sobre su cabeza, que se aquietó instantáneamente cuando él miró hacia arriba. No pudo distinguir nada, pero, decidiendo arriesgarse, disparó contra ella una nutrida carga de calibre cinco. Chillando como un gato furioso, la sombra se estrelló entre helechos y orquídeas, hasta que cayó a sus pies con un golpe seco, y aún chillando de furia y dolor hundió sus dientes humanos en la caña de sus rústicos borceguíes. Él, por suparte, no permaneció ocioso, y con el pie libre había reducido a silencio el chillido. Tanto se había habituado Bassett al salvajismo desde entonces, que volvió a reír ante el gozo que le producía el recuerdo.

¡Qué noche había sido ésa! No era raro que hubiera

acumulado tal variedad de fiebres virulentas, pensó, mientras recordaba aquella insomne noche de tormentos, cuando el latido de sus heridas no era nada comparado con la miríada de picaduras de mosquitos. No había habido medio de escapar de ellos, y no se había atrevido a encender una hoguera. Literalmente, habían bombeado en su cuerpo tanto veneno como para colmarlo, de modo que, al llegar el día, con los ojos cerrados por la hinchazón, había seguido avanzando ciegamente, sin preocuparse demasiado de que su cabeza fuera cercenada, y su osamenta siguiera a la de Sagawa en dirección a la hoguera. Veinticuatro horas lo habían trasformado en una ruina, de cuerpo y espíritu. Escasamente se había mantenido cuerdo, tan enloquecido estaba por la tremenda inoculación de veneno que había sufrido. Varias veces había disparado efectivamente su escopeta contra las sombras que lo acechaban. Las picaduras de los insectos diurnos y de los jejenes se añadieron a sus tormentos, en tanto que sus sangrantes heridas atraían bandadas de aborrecibles moscas que se posaban perezosamente sobre su piel, y que él debía espantar y aplastar.

Una vez, durante ese día, había oído nuevamente el maravilloso sonido, aparentemente más lejano, pero elevándose imperiosamente por encima de los tambores de guerra de la jungla, que batían más cercanos. Allí había cometido su error. Pensando que había pasado junto al sonido y que, en consecuencia, éste se hallaba entre él y la playa de Rigmanu, había regresado en esa dirección, cuando en realidad se adentraba más y más en el corazón de la isla inexplorada. Esa noche, arrastrándose entre las retorcidas raíces de un banano, había dormido, exhausto, dejando que los mosquitos hicieran su voluntad con él.

Los días y las noches que siguieron eran tan vagos como pesadillas en su mente. Una de las visiones que recordaba con claridad era la de encontrarse repentinamente en medio de una aldea de la jungla contemplando cómo los ancianos y los niños huían hacia la selva. Todos huyeron menos uno. Cerca de él, y desde arriba, provino un gemido como el de un animal dolorido o aterrorizado, que lo sobresaltó. Y cuando miró hacia arriba la vio: una niña, o una joven, mejor dicho, colgada de un brazo bajo el sol abrasador. Tal vez hubiera estado colgada así durante días. Su lengua hinchada y prominente hacía pensar de ese modo. Aun con algo de vida, ella fijó en él sus ojos con gran terror. Más allá de toda ayuda, él decidió, al advertir la hinchazón de las piernas, que denotaba que las articulaciones habían sido aplastadas y los huesos fracturados. Resolvió matarla, y allí terminaba la visión. No podía recordar si lo había hecho o no, como tampoco podía recordar de qué modo había llegado a esa aldea o cómo había logrado alejarse

de allí.

Muchas escenas, deshilvanadas, iban y venían en la mente de Bassett mientras recordaba ese período de terribles vagabundeos. Recordó haber invadido otra aldea de una docena de casas y haber echado a todos con su escopeta, a todos menos a un viejo, demasiado débil para huir, que lo había escupido y había gemido y refunfuñado mientras él cavaba para abrir un horno de tierra y extraía de entre las piedras calientes un cerdo asado que esparcía un delicioso aroma a través de su envoltura de hojas verdes. En ese momento se apoderó de él un salvaje desenfreno. Después de haber satisfecho su hambre, listo para partir con un cuarto trasero del cerdo en la mano, Bassett había incendiado el techo de hojas de una choza con su lupa.

Pero marcada a fuego en lo más profundo de la mente de Bassett estaba la jungla, húmeda y fétida. Realmente apestaba a maldad, y siempre estaba en penumbras. Muy de tanto en tanto un rayo de sol penetraba su enmarañado techo de treinta metros de altura. Y bajo ese techo se extendía un aéreo limo de vegetación, un monstruoso y parasitario rezumadero de decadentes formas de vida que arraigaban en la muerte y vivían de la muerte. Y él vagaba entre todo esto, siempre perseguido por las móviles sombras de los antropófagos, espectros del demonio que no se atrevían a enfrentarlo abiertamente pero que sabían que, tarde o temprano, se alimentarían de él. Bassett recordó que en ese momento, en los intervalos de lucidez, se había comparado a un toro herido perseguido por coyotes de la llanura, demasiado cobardes para luchar con él por su carne, pero seguros de su inevitable fin, tras el cual se saciarían. Tal como los cuernos y los poderosos cascos del búfalo mantenían alejados a los coyotes, así su escopeta alejaba a estos nativos de las Islas Salomón, a estas penumbrosas sombras de los bosquimanos de la isla de Guadalcanal.

Llegó el día de las praderas. Abruptamente, como hendida por la espada de Dios en la mano de Dios, la jungla terminó. El límite, perpendicular y tan negro como su infamia, medía treinta metros de arriba abajo. Y, comenzando en su borde, crecía la hierba: dulce, suave, tierna hierba de pastoreo que hubiera deleitado los ojos y las bestias de cualquier hombre y que se extendía y se extendía durante leguas y leguas de aterciopelado verdor, hasta el espinazo de la gran isla, la encumbrada cordillera que algún antiguo cataclismo de la tierra había elevado, serrada e irregular pero aún indemne bajo las erosivas lluvias tropicales. ¡Pero la hierba! Se había arrastrado unos doce metros sobre ella, había enterrado su rostro en ella, la había olido, y había caído en un

acceso de llanto involuntario.

Y, mientras sollozaba, el maravilloso sonido había repicado, como si con *repicar,* había pensado a menudo desde entonces, pudiera describirse adecuadamente un sonido tan vasto, tan conmovedoramente dulce. Era más dulce que cualquier otro sonido que hubiera escuchado. Era vasto, de una resonancia tan poderosa como si procediera de la broncínea garganta de algún monstruo. Y sin embargo lo llamaba a través de las leguas y leguas de sabana, y era como una bendición para su sufriente espíritu devastado por el dolor.

Recordó cómo había yacido sobre la hierba, con las mejillas mojadas pero ya sin llorar, escuchando el sonido y preguntándose cómo habría podido oírlo en la playa de Rigmanu. Alguna triquiñuela de las presiones y las corrientes de aire, reflexionó, era lo que había permitido que el sonido se difundiera tan lejos. Esas condiciones podrían no volver a darse en mil días o en diez mil, pero se habían dado justamente el día en que él había desembarcado del Nari para coleccionar especímenes durante varias horas. Buscaba especialmente la famosa mariposa de la jungla, de treinta centímetros de largo de punta a punta de las alas, tan aterciopelada y polvorienta por la ausencia de color como lo era el techo mismo de la jungla, y que sólo podía cazarse con una descarga de perdigones. Con este propósito Sagawa llevaba su escopeta de calibre veinte.

Había pasado dos días arrastrándose por ese cinturón herboso. Había sufrido mucho, pero la persecución había cesado en el límite de la selva. Y hubiera muerto de sed si una fuerte tormenta no lo hubiera revivido al segundo día.

Y luego llegó Balatta. Bajo la primera sombra, donde la sabana se rendía a la densa jungla montañosa, él se había desplomado para morir. Al principio ella había chillado de placer ante su impotencia, y estuvo a punto de destrozarle el cráneo con una gruesa rama del bosque. Tal vez fuera su misma impotencia lo que la atrajo, y su curiosidad humana lo que la hizo refrenarse. De todos modos, se refrenó, pues cuando él volvió a abrir los ojos ante el inminente golpe, vio que ella lo estudiaba con atención. Los ojos azules y la blanca piel de él eran lo que le había asombrado en especial. Fríamente, ella se había agachado sobre sus nalgas, había escupido sobre un brazo de él, y con la punta de los dedos había raspado la capa de días y noches de inmundicia y jungla que empañaban la prístina blancura de su piel.

Y todo lo de ella lo había conmovido especialmente, aunque no había nada de convencional ensu aspecto. Se rió débilmente ante

el recuerdo, porque ella había sido tan inocente de su apariencia como Eva antes de la aventura de la hoja de parra. Regordeta y esbelta al mismo tiempo, de miembros asimétricos, con músculos tensos como una soga, cubierta de suciedad desde la infancia, salvo por duchas casuales, le pareció, a sus ojos científicos, el prototipo de la mujer más fea que hubiera visto. Sus senos denunciaban al mismo tiempo su juventud y madurez; y su sexo se ponía de manifiesto por medio del único artículo de adorno que llevaba, esto es, una cola de cerdo, que atravesaba el agujero del lóbulo de su oreja izquierda. La cola había sido cortada tan recientemente, que uno de sus extremos, en carne viva, aún goteaba sangre, que se endurecía sobre su hombro como otras tantas gotas del sebo de una vela. ¡Y su rostro! Un retorcido y marchito complejo de rasgos simiescos, perforados por las mongólicas ventanas de la nariz, vueltas hacia arriba, abiertas hacia el cielo, por una boca que se curvaba desde el enorme labio superior y se esfumaba precipitadamente en un mentón retraído, y por unos escrutadores ojos belicosos que parpadeaban como lo hacen los de los habitantes de la jaulas de los monos.

Ni siquiera el agua que le trajo en una hoja del bosque, ni la vieja y casi putrefacta tajada de cerdo asado, pudieron redimir en lo más mínimo su grotesca fealdad. Después de haber comido débilmente durante un lapso, él cerró los ojos para no verla, aunque una y otra vez, ella lo obligaba a abrir los ojos para poder mirar su color azul. Entonces volvió el sonido. Su efecto sobre ella había sido asombroso. Se encogió ante él, escondiendo el rostro y gimiendo y balbuceando de temor. Pero después de una hora, cuando el sonido dejó de existir, Bassett cerró los ojos y se quedó dormido, mientras Balatta le espantaba las moscas.

Cuando despertó era de noche, y ella se había ido. Pero él advirtió que sus fuerzas habían regresado y, como para entonces ya estaba tan completamente inoculado del veneno de los mosquitos como para no sufrir más inflamaciones, cerró los ojos y durmió sin despertarse hasta la salida del sol. Un poco más tarde, Balatta había regresado, trayendo con ella a una media docena de mujeres quienes, a pesar de ser feas, no eran evidentemente tan feas como ella. Con su conducta, Balatta demostró que lo consideraba su propiedad, su descubrimiento, y el orgullo con que lo exhibía habría sido cómico de no estar en una situación tan desesperada. Más tarde, después de lo que para él había sido un terrible viaje de muchas millas, cuando se desplomó frente a la casa del diablo-diablo a la sombra del árbol del pan, ella había demostrado tener ideas muy vitales acerca de cómo retener su posesión de él. Ngurn, a quien Bassett conocería después como al doctor, o sacerdote o médico diablo-diablo de la aldea, había querido su cabeza. Otros de

los hombres que parloteaban y hacían muecas, todos desprovistos de ropas y de aspecto tan bestial como Balatta, habían querido su cuerpo para asarlo en el horno. En ese momento él no había entendido su lengua, si con la palabra *lengua* pueden ser dignificados los toscos sonidos que emitían para representar ideas. Pero Bassett había comprendido completamente el tema del debate, en especial cuando los hombres apretaron y pellizcaron y palparon su carne, como si fuera un trozo en venta en el mostrador del carnicero.

Balatta estaba perdiendo el debate con rapidez cuando sucedió el accidente. Uno de los hombres, que examinaba con curiosidad la escopeta de Bassett, había conseguido amartillarla y apretar el gatillo. El retroceso de la culata en el estómago del hombre no había sido el resultado más sanguinario, pues la descarga, a un metro de distancia, había volado la cabeza de uno de los polemistas.

Hasta Balatta se unió a la huida de los otros, y, antes de que regresaran, con sus sentidos ya vacilantes por el siguiente ataque de fiebre, Bassett había recuperado la posesión de la escopeta. Tras lo cual, aunque sus dientes se entrechocaban por los escalofríos y sus ojos lacrimosos apenas si podían ver, se aferró a su desvaneciente conciencia hasta que pudo intimidar a los bosquimanos con las sencillas magias delcompás, el reloj, la lupa y los fósforos. Finalmente, acentuando debidamente la solemnidad y el pavor, había matado un cerdo con su escopeta y se había desmayado de inmediato.

Bassett flexionó los músculos del brazo para comprobar qué fuerza residiría en su debilidad, y se arrastró lento y tambaleante hasta ponerse de pie. Estaba impresionantemente demacrado; sin embargo, durante las diversas convalecencias de sus muchos meses de enfermedad, jamás había recuperado las fuerzas hasta este punto. Lo que temía era otra recaída como las que había experimentado con frecuencia. Sin drogas, sin siquiera quinina, había logrado sobrevivir a una combinación de malaria y de las más perniciosas y malignas fiebres tropicales. Pero, ¿continuaría resistiendo? Ese era su eterno interrogante. Porque, como genuino científico que era, no moriría satisfecho hasta no haber resuelto el secreto del sonido.

Apoyándose en una rama, se tambaleó unos metros hasta la casa del diablo-diablo donde la muerte y Ngurn reinaban en la oscuridad. La casa del diablo-diablo era, en opinión de Bassett, tan oscura y maloliente como la jungla. No obstante, allí estaba usualmente su camarada e informador favorito, Ngurn, siempre ansioso de un rato de conversación, mientras se sentaba sobre las

cenizas de la muerte y hacía girar con astucia bajo un lento humo las ahumadas cabezas que pendían de las vigas. Porque, durante los meses de conciencia de su larga enfermedad, Bassett había conseguido dominar las simplicidades psicológicas y las dificultades de la lengua de la tribu de Ngurn y Balatta, y Gngngn —este último era el joven jefe débil mental gobernado por Ngurn y quien, según se murmuraba, era su hijo.

—¿Hablará hoy El Rojo? —preguntó Bassett, tan acostumbrado a la horripilante ocupación del viejo que incluso podía interesarse en los avances del proceso de ahumado.

Con ojos de experto, Ngurn examinó la cabeza en la que estaba trabajando.

—Pasarán diez días antes de que pueda decir "terminé" —dijo—. Jamás nadie ha preparado cabezas como éstas.

Bassett sonrió interiormente ante la reticencia del viejo para hablarle de El Rojo. Siempre había sido así. Nunca, en ninguna oportunidad, Ngurn o cualquier otro miembro de la extraña tribu había divulgado ni el más mínimo indicio de las características físicas de El Rojo. El Rojo debía tener un físico, para poder emitir el maravilloso sonido, y aunque se lo llamaba El Rojo, Bassett no estaba seguro de que ése fuera su color. Sus acciones y poderes sí eran rojos, por lo que Bassett había logrado deducir. Ngurn le había informado que El Rojo no sólo era más bestialmente poderoso que los vecinos dioses tribales, siempre sediento de la roja sangre de los sacrificios humanos, sino que también los dioses vecinos habían sido sacrificados y atormentados ante él. Era el dios de una docena de aldeas aliadas similares a ésta, que era el centro y el gobierno de la federación. A causa de El Rojo, muchas aldeas extrañas habían sido devastadas y arrasadas, y los prisioneros sacrificados a él. Eso sucedía ahora, y se extendía hasta los orígenes de la historia, relatado oralmente a través de las generaciones. Cuando él, Ngurn, era joven, las tribus que vivían más allá de la pradera habían realizado una incursión de guerra. Durante el contraataque, Ngurn y sus camaradas habían hecho muchos prisioneros. Contando a los niños solamente, más de cinco veintenas habían sido desangrados ante El Rojo, y mucho, mucho más mujeres y hombres.

El Trueno era otro de los nombres con que Ngurn designaba a la misteriosa deidad. También lo llamaba a veces El Gran Exclamador, El de la Voz Divina, El de Garganta de Pájaro, El de la Garganta tan Dulce como el Picaflor, El Cantor del Sol, y El Nacido en las Estrellas.

¿Por qué El Nacido en las Estrellas? En vano Bassett

interrogaba a Ngurn. De acuerdo con el viejo doctor diablo-diablo, El Rojo había existido siempre, tal como ahora, para cantar y atronar su voluntad sobre los hombres. Pero el padre de Ngurn, envuelto en putrefactas esteras y colgando aún encima de sus cabezas entre las ahumadas vigas de la casa diablo-diablo, había sostenido algo diferente. El fallecidosabio había afirmado que El Rojo había llegado de la noche estrellada; si no ¿por qué —ése había sido su argumento— los viejos y olvidados lo habrían llamado El Nacido en las Estrellas? Bassett no pudo ver nada convincente en ese argumento. Pero Ngurn afirmaba que durante todos los largos años de su larga vida, en los que había mirado muchas veces la noche estrellada, jamás había hallado una estrella en la pradera o en la jungla —y las había buscado—. Es verdad que había visto estrellas fugaces (esto había sido una respuesta para Bassett), pero también había contemplado la fosforescencia de los retoños de los hongos y de la carne putrefacta y de las luciérnagas en las noches oscuras, y las llamas de los incendios de los bosques y de los ardientes árboles de cera; sin embargo, ¿qué eran las llamas y las brasas cuando se habían consumido y abrasado y resplandecido? Respuesta: recuerdos, sólo recuerdos, de cosas que habían dejado de ser, como recuerdos de los apareamientos ya terminados, de fiestas olvidadas, de deseos que no eran más que los espectros del deseo, abrasadores, llameantes, ardientes, y sin embargo inconclusos en el logro y la satisfacción. ¿Dónde estaba el apetito de ayer? ¿La carne asada del cerdo al que la flecha del cazador había errado? ¿La doncella, muerta antes de que el joven la conociera?

Un recuerdo no era una estrella, era la respuesta de Ngurn. ¿Cómo podía ser una estrella un recuerdo? Más aún, tras su larga vida, aún seguía observando que el cielo estaba inalterado. Jamás había advertido la ausencia de ninguna estrella de su lugar habitual. Además, las estrellas eran fuego, y El Rojo no era fuego; esta última traición involuntaria no significó nada para Bassett.

—¿Hablará mañana El Rojo?—preguntó. Ngurn se encogió de hombros como diciendo: “¿Quién sabe?”

—¿Y al otro día? ¿Y al día siguiente? —insistió Bassett.

—Me gustaría ahumar tu cabeza —cambió de tema Ngurn—. Es diferente de las demás. Ningún diablo-diablo tiene una cabeza como ésa. Además, laahumaría bien. Me llevaría meses y meses. Las lunas pasarían una tras otra y el humo sería muy lento, y yo mismo juntaría los materiales para producir el humo. La piel no se arrugaría. Sería tan tersa como ahora.

Se puso de pie y tomó, de las oscuras vigas tiznadas por el ahumado de incontables cabezas, en donde el día no era más que

una tiniebla, un paquete envuelto en esteras, y comenzó a abrirlo.

—Es una cabeza como la tuya —dijo—, pero muy mal ahumada.

Bassett se había excitado ante la sugerencia de que era la cabeza de un hombre blanco, pues hacía mucho que había aceptado que estos habitantes de la selva, que vivían en el mismo centro de la gran isla, jamás habían tenido contacto con hombres blancos. Por cierto que había descubierto que no conocían el casi universal inglés *Beche de mer*del sur del Pacífico Occidental. Ni tampoco tenían conocimiento del tabaco, ni de la pólvora. Tenían pocos y preciosos cuchillos hechos con flejes de hierro, y pocos y más preciosos tomahawks, que él había supuesto que habían sido capturados en alguna guerra con los bosquimanos de la jungla quienes, a su vez, los habrían conseguido de un modo similar, de los buscadores de sal que bordeaban las playas coralíferas y que tenían ocasionales contactos con los hombres blancos.

—Los hombres que viven en el exterior no saben curar cabezas —explicó Ngurn, mientras extraía de la estera una indudable cabeza de hombre blanco y la ponía en manos de Bassett.

Era, sin dudarlo, vieja; el cabello rubio daba prueba de que era un hombre blanco. Podría haber jurado que había pertenecido a un inglés y, a juzgar por las doradas argollas que todavía atravesaban los marchitos lóbulos de las orejas, tenía unos buenos años.

—Ahora bien, tu cabeza…. —dijo el doctor diablo-diablo, comenzando con su tópico favorito.

—Te diré qué haremos —interrumpió Bassett, conmocionado por una idea nueva—. Cuando muera te dejaré mi cabeza para que la ahumes si, primero, me llevas a ver a El Rojo.

—Cuando estés muerto tendré tu cabeza de todos modos —dijo Ngurn, rechazando la proposición. Y agregó, con la brutal franqueza de los salvajes—: Además, no vivirás mucho tiempo. Ya casi eres un hombre muerto. Te debilitarás cada vez más. En pocos meses te tendré girando y girando entre el humo. Es placentero, durante las largas tardes, hacer girar la cabeza de alguien a quien se ha conocido tan bien como yo te conozco a ti. Y te hablaré y te diré todos los secretos que tanto quieres conocer. Que ya no importarán, porque estarás muerto.

—Ngurn —amenazó Bassett, súbitamente furioso—. Sabes que el Hijo del Trueno en el Hierro es mío (esto era una referencia a su todopoderosa y pavorosa escopeta). Puedo matarte en cualquier momento, y entonces no tendrás mi cabeza.

—Lo mismo la tendrá Gngngn, o alguno de mis compañeros —le aseguró Ngurn, complacido—. Y lo mismo girará y girará aquí entre el humo de la casa diablo-diablo. Cuanto más rápido me mates, tanto más rápido tu cabeza girará en el humo.

Y Bassett supo que había perdido la discusión.

¿Qué era El Rojo?, se preguntó Bassett mil veces durante la semana siguiente, a medida que se sentía más fuerte. ¿Qué era la fuente del maravilloso sonido? ¿Qué era este Cantor del Sol, este Nacido en las Estrellas, esta misteriosa deidad cuya conducta era tan bestial como la de las negras y simiescas bestias humanas que lo adoraban, y cuya plateada, dulce y poderosísima canción de mando había oído durante tanto tiempo a la distancia que el tabú permitía?

Había fracasado en sobornar a Ngurn con el inevitable ahumado de su cabeza después de su muerte. Gngngn, imbécil y aún siendo jefe, era demasiado imbécil y estaba demasiado influido por Ngurn como para ser tomado en cuenta. Quedaba Balatta, quien desde el momento en que lo había encontrado y había abierto sus ojos azules, haciendo así recrudecer su grotesca fealdad femenina, había seguido siendo su adoradora. Era una mujer, y él sabía desde mucho tiempo atrás que el único modo de conseguir quetraicionara a su tribu era conquistando su corazón de mujer.

Bassett era un hombre remilgado. Jamás había logrado recobrarse del horror inicial causado por la horripilante femineidad de Balatta. Ni siquiera en Inglaterra, en sus mejores momentos, se había sentido demasiado conmovido por el encanto femenino. Ahora, no obstante, con la resolución que sólo un hombre capaz de martirizarse por la ciencia puede tener, procedió a violar todo el refinamiento y la delicadeza de su naturaleza haciendo el amor a la inconcebiblemente repulsiva mujer bosquimana.

Se estremeció, pero desviando el rostro para ocultar sus muecas y tragándose el asco, rodeó con sus brazos los hombros llenos de suciedad y sintió en el cuello y en el mentón el contacto del rancio y aceitoso y enrulado cabello de ella. Pero casi gritó cuando ella sucumbió a esa primera caricia del galanteo, haciendo muecas y farfullando y emitiendo extraños, porcinos y gorgoteantes ruiditos de deleite. Era demasiado. Y lo que hizo a continuación en su singular galanteo, fue llevarla al arroyo y darle una vigorosa refregada.

Desde entonces se dedicó a ella como un verdadero enamorado, con tanta frecuencia y durante tanto tiempo como pudiera vencer su repugnancia. Pero el matrimonio, que ella sugirió con ardor, observando debidamente las costumbres tribales, fue

rechazado por él. Por fortuna, la ley del tabú era muy poderosa en la tribu. Así, Ngurn no podía tocar huesos, ni carne, ni piel de cocodrilo. Había sido dispuesto cuando nació. A Gngngn se le negaba para siempre tocar a una mujer. En el caso que ocurriera una profanación así, sólo podría ser expurgada con la muerte de la mujer ofensora. Había sucedido una vez, después de la llegada de Bassett, que una niña de nueve años, corriendo en medio de sus juegos había tropezado y caído sobre el sagrado jefe. Jamás la había vuelto a ver. Susurrando, Balatta le había dicho a Bassett que la niña había agonizado durante tres días y tres noches ante El Rojo. En cuanto a Balatta, el árbol del pan era tabú para ella. Por lo cualBassett estaba agradecido. El tabú podría haber sido el agua.

Para él, fabricó un tabú especial. Sólo podría casarse, explicó, cuando la Cruz del Sur alcanzara su punto más elevado en el cielo. Con sus conocimientos de astronomía, había ganado así una prórroga de nueve meses; y confiaba que en ese lapso, o bien estaría muerto o habría escapado hacia la costa con pleno conocimiento de El Rojo y del origen de su maravillosa voz. Al principio había imaginado a El Rojo como una gran estatua, como Memnón, que se hacía parlante en determinadas condiciones de temperatura de la luz solar. Pero cuando, después de una incursión de guerra, un grupo de prisioneros fue sacrificado de noche, bajo la lluvia, cuando el sol no tenía parte, El Rojo había hablado más que lo habitual y Bassett había descartado su hipótesis.

En compañía de Balatta, a veces con otros hombres y grupos de mujeres, había vagado libremente por la selva en tres de los cuadrantes de la brújula. Pero el cuarto cuadrante, que contenía la morada de El Rojo, era tabú. Hizo el amor a Balatta con mayor frecuencia; también se ocupó de que se lavara más a menudo. Era la eterna mujer, capaz de cualquier traición en nombre del amor. Y, aunque su vista le provocaba náuseas, y su contacto, desesperación, aunque no podía escapar de su fealdad, que lo perseguía obstinadamente en sus pesadillas, no obstante era consciente de la cósmica realidad del sexo que la animaba y hacía que su propia vida tuviera menos valor que la felicidad de su amante, con quien esperaba unirse. ¿Julieta o Balatta? ¿Cuál era la diferencia intrínseca? ¿El suave y tierno producto de la ultracivilización, o su bestial prototipo de cien mil años atrás?… No había diferencia.

Bassett era primero un científico, después un humanista. En el corazón de la jungla de Guadalcanal, decidió experimentar con el asunto, tal como en el laboratorio hubiera experimentado con alguna reacción química. Aumentó su fingido ardor por la bosquimana, acrecentando al mismo tiempo la fuerza de la voluntad

de su deseo de ser guiado por ella amirar cara a cara a El Rojo. Era la vieja historia, reconocía, de que la mujer debe pagar, y así sucedió cuando un día ambos estaban tratando de pescar el pequeño pez negro, sin nombre ni clasificación, de una pulgada de largo, medio anguila y medio escamado, henchido de huevas de color rosa dorado, que frecuentaba las aguas frescas y se consideraba, crudo y entero, fresco o putrefacto, un perfecto manjar. Agachada en la inmundicia del repugnante suelo de la jungla, Balatta se arrojó, aferrando sus tobillos con las manos, besándole los pies y emitiendo ruidos burbujeantes que le hicieron correr un escalofrío por la columna vertebral. Le rogó que la matara antes de exigirle esa última prueba de amor. Le contó acerca del castigo que sufría quien rompía el tabú de El Rojo: una semana de torturas, en vida, cuyos detalles relató gimiendo con la cara oculta en el cieno hasta que él advirtió que aún era un novato en el conocimiento del espanto que un ser humano podía descargar en otro ser humano.

No obstante, Bassett insistió en que su deseo de hombre fuera satisfecho, a pesar del riesgo que corría la mujer, para que pudiera resolver el misterio del canto de El Rojo, aunque ella muriera lenta y horriblemente, gritando. Y Balatta, que sólo era una mujer, cedió. Lo condujo hacia el cuadrante prohibido. Una montaña abrupta, inclinada desde el norte para reunirse con otra intrusión similar al sur, convertía el arroyo en que habían pescado en un profundo y sombrío desfiladero. Después de una milla por el desfiladero, el camino ascendía bruscamente hasta que cruzaron un paso de desnuda piedra caliza que atrajo sus ojos de geólogo. Siempre ascendiendo, aunque deteniéndose a menudo por absoluta debilidad física, escalaron alturas cubiertas de bosques hasta que emergieron a una desnuda meseta o planicie. Bassett reconoció el material que la componía como arena volcánica negra y supo que un imán de bolsillo hubiera capturado un puñado de los angulosos granos que estaba pisando.

Y entonces, llevando a Balatta de la mano, y conduciéndola hacia adelante, llegó allí: a un tremendo pozo, obviamente artificial, en el corazón de la meseta. Viejas historias, las Directivas de Navegación en los Mares del Sur, grupos de datos recordados y ágiles y furiosas connotaciones surgieron en su cerebro. Había sido Mendana quien había descubierto las islas, llamándolas Salomón, creyendo que había encontrado las legendarias minas del monarca. Se habían reído de la infantil credulidad del viejo navegante; y sin embargo aquí estaba él, Bassett, al borde de una excavación exactamente igual a las de las minas de diamante de Sudáfrica.

Pero no fue un diamante lo que vio al mirar hacia abajo. Más

vale era una perla, con la profunda iridiscencia de una perla, pero de un tamaño que todas las perlas del mundo de todos los tiempos fundidas en una no hubieren logrado igualar; y de un color que no podía soñarse en ninguna perla, o en cualquier otra cosa, porque era el color de El Rojo. E instantáneamente Bassett supo que ése era el mismo Rojo. Una esfera perfecta, de sesenta metros de diámetro, cuya parte superior se encontraba a treinta metros por debajo del borde. Bassett comparó la calidad del color con la de la laca. Por cierto que le pareció algún tipo de laca, aplicada por el hombre, pero una laca demasiado maravillosa y sutil para haber sido fabricada por los hombres de la jungla. Más brillante que el brillante rojo cereza, su riqueza de color era como si el rojo surgiera de otro rojo. Relucía iridiscentemente bajo la luz del sol como si surgiera de capa tras capa de color rojo.



Ilustración: FRAGA

En vano Balatta luchó por tratar de disuadirlo de que descendiera. Se arrojó en el polvo; pero, al ver que él continuaba por la senda que descendía en espiral por la pared del pozo, lo siguió, temblando y gimiendo de terror. Era evidente que la esfera roja había sido desenterrada como una piedra preciosa. Considerando el exiguo número de los miembros de las doce aldeas aliadas y sus métodos y herramientas primitivas, Bassett supo que sólo el trabajo de mil generaciones podía haber hecho esa enorme excavación.

Halló el suelo del pozo tapizado de huesos humanos, entre los que yacían, maltratados y sin rostro, los dioses locales de piedra y madera. Algunos, cubiertos de obscenos diseños y figuras totémicas, estaban esculpidos en sólidos troncos de árbol de doce o quince metros de longitud. Advirtió la ausencia del dios tiburón y del dios tortuga, tan comunes en las aldeas de la costa, y se asombró ante la constante recurrencia del motivo del yelmo. ¿Qué sabían de yelmos estos salvajes de la jungla del corazón de Guadalcanal? ¿Acaso los hombres de armas de Mendana habrían penetrado hasta aquí siglos antes usando yelmos? Y si no, ¿de dónde habrían sacado el motivo los pueblos de la selva?

Avanzando sobre la confusión de dioses y huesos, con Balatta gimiendo a sus talones, Bassett penetró en la sombra de El Rojo y pasó por debajo de su gigantesca prominencia hasta tocarlo con la punta de los dedos. Eso no era laca. Tampoco era tersa la superficie, como lo hubiera sido en el caso de la laca. Por el contrario, era rugosa e irregular, con ocasionales fragmentos que demostraban haber sufrido calor y fusión. Además, estaba hecha de metal, aunque diferente de cualquier metal o combinación de metales que hubiera visto antes. En cuanto al color, decidió que no había sido aplicado. Era el color intrínseco del mismo metal.

Movió las puntas de sus dedos, que hasta el momento sólo habían descansado sobre la superficie, y sintió que toda la gigantesca esfera se aceleraba y vivía y respondía. ¡Era increíble! ¡Un roce tan ligero y una masa tan enorme! Sin embargo, la había sentido estremecerse bajo la caricia de sus dedos con rítmicas vibraciones que se convirtieron en susurros y roces y murmullos de sonido, pero de un sonido tan diferente; tan elusivamente tenue que era casi sibilante; tan melodioso que era enloquecedoramente tierno y vibraba como la trompa de un duende; tanto que por fin Bassett decidió que se asemejaba a un repique de campanas divinas que llegara a la Tierra desde el espacio exterior.

Interrogó a Balatta con la mirada; pero la voz que él había evocado en El Rojo la había hecho enterrar el rostro, y gemía entre los huesos. El volvió a la contemplación del prodigio. Era hueco, fue su conclusión, y hecho de algún metal desconocido en la Tierra. Los viejos le habían dado un buen nombre: El Nacido en las Estrellas. Sólo de las estrellas podía haber provenido, y no por azar. Era una creación artificiosa de alguna mente. Una perfección de forma tal, hueca como era, no podía ser el resultado de una casualidad. Era indudablemente hijo de inteligencias remotas e imposibles de adivinar, corporizado en los metales. Lo contempló atónito, con su cerebro rugiendo locas hipótesis que explicaran a esos viajeros que se habían aventurado en la noche del espacio, hollando las estrellas, y que ahora se alzaban ante él y por encima de él, exhumados por pacientes antropófagos, desgastado y laqueado por su furiosa inmersión en dos atmósferas.

¿Pero era ese color un barniz fijado con calor sobre algún metal conocido? ¿O era una cualidad intrínseca del metal mismo? Clavó la punta de su cuchillo de bolsillo para comprobar la constitución del material. Instantáneamente la esfera estalló en un poderoso murmullo de aguda protesta, un tañido dorado si se puede admitir el tañido de un murmullo, elevándose hasta lo más alto, hundiéndose hasta lo más profundo, los dos extremos del registro

sonoro amenazando con completar el círculo y reunirse en el gigantesco trueno que él había oído con tanta frecuencia en el límite de la distancia tabú.

Olvidando su seguridad, olvidando hasta su propia vida, hechizado por el prodigio de esa cosa inconcebible e inimaginable, levantó el cuchillo para asestar un gran golpe, pero Balatta se lo impidió. Ella se alzó sobre sus rodillas en una agonía de terror, aferrándose a las rodillas de él y suplicándole que desistiera. En la intensidad de su deseo de impresionarlo, se puso un brazo entre los dientes, y se los clavó hasta el hueso.

El apenas si reparó en el acto, aunque se rindió automáticamente a sus más gentiles instintos y retiró el cuchillo. Para él, la vida humana se había empequeñecido hasta adquirir microscópicas proporciones ante este colosal portento de una forma de vida más elevada que provenía de las lejanías del universo sideral. Como si la mujer fuera un perro, la hizo levantar de un puntapié para instarla a acompañarlo a hacer un reconocimiento circular de la base. A los pocos metros se encontró con horrores. Aún entre los otros, reconoció los restos calcinados por el sol de la niña que accidentalmente había roto el tabú personal del jefe Gngngn. Y, entre los restos de los muertos, encontró lo que quedaba de alguien que aún no había muerto. Con razón los bosquimanos invocaban el nombre de El Rojo, viendo en él su propia imagen que trataban de aplacar y satisfacer con ofrendas tan sangrientas.

Más allá, siempre abriéndose paso entre los huesos humanos y las imágenes de dioses que formaban el piso de este antiguo templo de sacrificios, se encontró con el aparato que hacía que la llamada de El Rojo atravesara atronando la jungla y las praderas hasta la playa de Rigmanu. Era tan simple y primitivo como consumado era el artificio de El Rojo. Un gran péndulo, de quince metros de longitud, endurecido por siglos de supersticiosos cuidados, tallado con dinastías de dioses, uno encima de otro, todos con yelmo, todos sentados en la boca abierta de un cocodrilo, pendía de unas sogas, formadas por trepadoras parásitas trenzadas, atadas del vértice de un trípode hecho con tres grandes troncos, también tallados en grotescos esbozos de los conceptos modernos de dios y del arte. Del péndulo colgaban sogas de trepadoras, por medio de las cuales los hombres podían imprimirle fuerza y dirección. Como un ariete, este péndulo podía ser impelido contra la poderosa e iridiscente esfera roja.

Aquí era donde Ngurn oficiaba y funcionaba religiosamente para sí mismo y para las doce tribus bajo su mando. Bassett se rió sonoramente, casi como un loco, al pensar en este maravilloso

mensajero, al que la inteligencia había dotado de alas para volar por el espacio, y caer en la plaza fuerte de losbosquimanos para ser adorado por estos simiescos, antropófagos y salvajes cazadores de cabezas. Era como si la Palabra Divina hubiera caído en el inmundo cieno del abismo que rodea el fondo del infierno; como si los mandamientos de Jehová hubieran sido esculpidos en la piedra para enseñárselos a los monos de las jaulas del zoológico; como si el Sermón de la Montaña hubiera sido predicado en un rugiente manicomio de lunáticos.

Transcurrieron lentas semanas. Por propia elección, Bassett pasaba sus noches sobre el ceniciento piso de la casa diablo-diablo, bajo las cabezas que oscilaban eternamente, ahumándose con lentitud. Porque el lugar era tabú para el inferior sexo femenino, y por lo tanto, podía refugiarse de Balatta, quien se había vuelto más obsesiva y peligrosamente amante a medida que la Cruz del Sur se elevaba más y más en el cielo, marcando la inminencia de sus nupcias. Bassett pasaba los días en una hamaca colgada a la sombra del gran árbol del pan que crecía ante la casa diablo-diablo. Había alteraciones en este programa durante los comas de sus devastadores ataques de fiebre, en los que pasaba días y días tendido en el suelo de la casa de las cabezas. Seguía luchando por combatir la fiebre, por vivir, para hacerse más y más fuerte para cuando llegara el día en que se atreviera a atravesar la pradera y la jungla que se extendía más allá, para ganar la playa, y encontrar algún queche o goleta de traficantes de esclavos que lo llevara de regreso a la civilización, donde informaría acerca del mensaje de otros mundos que yacía, sombríamente adorado por bestias humanas, en el oscuro corazón del centro de Guadalcanal.

Otras noches, tendido hasta tarde bajo el árbol del pan, Bassett pasaba largas horas contemplando cómo se ponían lentamente las estrellas occidentales, más allá del negro muro de la jungla que rodeaba el claro de la aldea. En posesión de un conocimiento más que corriente de la astronomía, sentía un placer enfermizo en especular acerca de los habitantes de los mundos invisibles de esos soles increíblemente remotos, de cuyas casas de luz surgió la vida, un tímido visitante, desde las sombrías criptas de materia. No podía limitar el tiempo ni el espacio. Ninguna subversiva especulación del radio había conseguido conmover su sólida fe en la conservación de la energía y en la indestructibilidad de la materia. Siempre y eternamente deben haber existido las estrellas. Y con seguridad, en ese fermento cósmico, todo debía ser comparativamente semejante, de la misma sustancia o sustancias, salvo por los caprichos del fermento. Todo debía obedecer o componer las mismas leyes que regían sin infracciones en toda la

experiencia humana. Por lo tanto, argumentaba y aceptaba Bassett, los mundos y las vidas debían ser un don natural de todos los soles, tal como eran un don natural del sol de su sistema solar en particular.

Tal como él yacía aquí, bajo el árbol del pan, una inteligencia que escrutaba los abismos estrellados, así debía el universo estar expuesto al incesante escrutinio de innumerables ojos, como los suyos, aunque seguramente diferentes, que, por el mismo motivo, tendrían detrás inteligencias que se preguntarían y buscarían el significado y la construcción del todo. Razonando de este modo, sentía que su alma se unía en comunión con tan augusta compañía, esa multitud cuya mirada estaba fija para siempre sobre el tapiz del infinito.

¿Quiénes eran? ¿Qué eran, aquellos seres distantes y superiores que habían cruzado el cielo con su gigantesco, rojo e iridiscente mensaje que cantaba el infinito? Seguramente, desde hacía mucho tiempo habrían recorrido el camino sobre el que tan recientemente, de acuerdo con el calendario cósmico, el hombre había puesto sus pies. Y para ser capaces de enviar un mensaje así a través del pozo del espacio, era seguro que ya habrían ganado esas alturas hacia las que, en la oscuridad y confusión de muchos designios, el hombre se arrastraba lentamente, con lágrimas y trabajo y sudor. ¿Y qué había en estas alturas? ¿Habrían conseguido la Hermandad? ¿O habrían descubierto que la ley del amor impone el castigo de la debilidad y ladeclinación? ¿Era una lucha la vida? ¿Sería la ley del universo la despiadada ley de la selección natural? Y, más inmediata y agudamente, ¿acaso sus conclusiones, su antigua sabiduría, estaría encerrada en el enorme corazón metálico de El Rojo, esperando al primer terráqueo que la leyera? De una cosa estaba seguro: la sonora esfera no era ninguna gota de rojo rocío sacudida de la melena de ningún sol atormentado. Era algo planeado, no casual, y contenía el mensaje y la sabiduría de las estrellas.

¡Qué máquinas y elementos y fuerzas dominadas, qué erudición y misterios y controles del destino podría haber en su interior! Sin duda, si tanto podía encerrarse en la piedra fundamental de un edificio público, esta enorme esfera podía contener vastas historias, logros de investigación que trascendían las más locas esperanzas humanas, leyes y fórmulas que, cómodamente dominadas, harían que la vida del hombre en la Tierra, individual y colectiva, saltara de su cieno actual a inconcebibles alturas de pureza y poder. Era el mayor regalo del Tiempo al insaciable y ofuscado hombre que aspiraba al cielo. ¡Y a él, Bassett, le había sido

concedida la grandiosa fortuna de ser el primero en recibir este mensaje de los parientes interestelares del hombre!

Ningún hombre blanco, y menos aún ningún hombre de las otras tribus de la jungla, había visto nunca a El Rojo y sobrevivido después. Esa era la ley, tal como Ngurn se la había expuesto a Bassett. Pero existía con frecuencia en el pasado la hermandad de sangre, había argumentado Bassett en respuesta. Por su parte, Ngurn lo había negado solemnemente. Ni la hermandad de sangre contaba con el favor de El Rojo. Sólo un hombre nacido en la tribu podía ver a Él Rojo y vivir. Pero ahora, con su culpable secreto que únicamente Balatta conocía, aunque sus labios estaban sellados por el temor a la inmolación ante El Rojo, la situación era diferente. Lo que Bassett tenía que hacer era recuperarse de las abominables fiebres que lo habían debilitado y regresar a la civilización. Entonces regresaría al frente de una expedición y, aunque tuviera que destruir a toda la población de Guadalcanal, extraería del corazón de El Rojo el mensaje del mundo de otros mundos.

Pero las recaídas de Bassett se hicieron más frecuentes, sus breves convalecencias menos y menos vigorosas, sus períodos de coma más largos, hasta que llegó a saber, más allá de los últimos apremios del optimismo inherente a una constitución tan tremenda como la suya, que jamás viviría para cruzar la pradera, atravesar la peligrosa jungla costera, y llegar al mar. Se esfumaba a medida que la Cruz del Sur se elevaba en el cielo, hasta que incluso Balatta supo que moriría antes de la fecha nupcial determinada por su tabú. Ngurn en persona peregrinó en busca de los materiales para ahumar la cabeza de Bassett, y proclamó y exhibió orgullosamente ante éste la perfección artística de sus intenciones para cuando Bassett muriera. En cuanto a sí mismo, Bassett no estaba impresionado. Durante demasiado tiempo y con demasiada profundidad la vida había ido escapándose de él como para que ahora lo mordiera el temor a su inminente extinción. Persistió, alternando los períodos de inconsciencia con períodos semilúcidos, fantásticos e irreales, durante los que se preguntaba vanamente, si en realidad habría contemplado a El Rojo o si habría sido una espectral pesadilla producto del delirio.

Llegó el día en que todas las nieblas y telas de arañas desaparecieron, y que su cerebro estuvo tan claro como una campana, y pudo apreciar con justeza la debilidad de su cuerpo. No podía levantar las manos ni los pies. Tenía tan poco control sobre su cuerpo que apenas si era consciente de él. Sin duda que apenas si la piel recubría su alma, y su alma, en su brevedad y claridad, supo por esa misma claridad que la oscuridad final se aproximaba. Supo

que su fin se acercaba; supo que había contemplado realmente a El Rojo, el mensajero entre mundos; supo que no viviría para trasmitir ese mensaje a la humanidad; ese mensaje que, por lo que sabía, podría haber esperado en el corazón de Guadalcanal diez mil años sin que el hombre lo oyera. Y Bassett se agitó con resolución, llamando a Ngurn para que se unieraa él bajo la sombra del árbol del pan, y discutió con el viejo doctor diablo-diablo los términos y preparativos del último esfuerzo de su vida, de su aventura final en su existencia corpórea.

—Conozco la ley, oh Ngurn —concluyó—. Quien no pertenezca a la tribu no debe contemplar a El Rojo y seguir con vida. No viviré de todos modos. Tus jóvenes me llevarán ante El Rojo y lo contemplaré, y escucharé su voz, y luego moriré bajo tu mano, oh Ngurn. Así las tres cosas estarán satisfechas: la ley, mi deseo y tu rápida posesión de mi cabeza, que todos tus preparativos esperan.

A lo que asintió Ngurn, agregando:

—Es mejor así. Un hombre enfermo que no puede mejorar, es tonto que siga viviendo. También es mejor para los vivos que se vaya. Has estorbado mucho últimamente. Antes era bueno para mí conversar con un hombre tan sabio. Pero durante lunas de días hemos conversado poco. En cambio, has estado en la casa de las cabezas, haciendo ruidos de cerdo moribundo, o hablando mucho y en voz alta en tu lengua, que no puedo comprender. Esto ha sido una perturbación para mí, porque me agrada pensar en las grandes cosas de la luz y las tinieblas mientras hago girar las cabezas en el humo. Tus ruidos han sido entonces una distracción para el largo aprendizaje y maduración de la sabiduría final que será mía antes de morir. En cuanto a ti, sobre quien se cierne ya la oscuridad, es bueno que mueras ahora. Y te prometo que, en los largos días por venir en los que yo haga girar tu cabeza en el humo, ningún hombre de la tribu vendrá a perturbarnos. Y te contaré muchos secretos, pues soy un hombre viejo y muy sabio, y agregaré sabiduría a la sabiduría mientras haga girar tu cabeza en el humo.

De modo que se construyó una litera y, sostenido por los hombros de media docena de hombres, Bassett emprendió su última pequeña aventura, que iba a coronar para él la aventura total de vivir. Con un cuerpo del que apenas era consciente, porque hasta el dolor se había agotado en él, y con un cerebro claro y brillante que lo impulsaba a un silencioso éxtasis de completa lucidez de pensamiento, se reclinaba en la bamboleante litera y contemplaba la desaparición del mundo que pasaba a su lado, observando por ultima vez el árbol del pan ante la casa diablo-diablo, el

penumbroso día bajo el enmarañado techo de la jungla, el sombrío desfiladero entre las encumbradas montañas, el paso de desnuda piedra caliza y la meseta de negra arena volcánica.

Lo hicieron descender por el sendero espiralado del pozo, que rodeaba al lustroso y refulgente Rojo, que siempre parecía a punto de cambiar su color iridiscente por una dulce melodía o un trueno. Y por encima de huesos y restos de hombres y dioses inmolados lo llevaron, pasando el horror de otros inmolados que aún vivían, hasta el trípode del péndulo y el gigantesco péndulo.

Allí Bassett, ayudado por Ngurn y Balatta, se sentó débilmente, balanceando las caderas, y miró a El Rojo con ojos claros y penetrantes, que todo lo veían.

—Una vez, oh Ngurn —dijo, sin sacar los ojos de la lustrosa y vibrante superficie sobre la cual y por debajo de la cual todos los matices del rojo cereza se movían incesantemente, siempre a punto de convertirse en sonido, en sedosos roces, plateados susurros, dorados tañidos de cuerdas, aterciopeladas flautas de duendes, melodiosas distancias de truenos.

—Espero —instó Ngurn después de una larga pausa, el tomahawk de largo mango despreocupadamente preparado en su mano.

—Una vez, oh Ngurn —repitió Bassett—, deja hablar a El Rojo para que yo pueda verlo y escucharlo. Luego asesta el golpe, así cuando alce mi mano; pues cuando la alce, dejaré caer la cabeza, haciendo lugar para que el golpe caiga sobre la base de mi cuello. Pero yo, oh Ngurn, que estoy a punto de abandonar para siempre la luz del día, querría hacerlo con la maravillosa voz de El Rojo resonando gratamente en mis oídos.

—Y yo te prometo que jamás habrá una cabeza mejor ahumada que la tuya —le aseguró Ngurn, al tiempo que señalaba a los hombres de la tribu las sogas impotentes que pendían del péndulo—. Tu cabeza será mi obra maestra en el ahumado de cabezas.

Bassett sonrió silenciosamente ante el engreimiento del viejo, mientras que el gran tronco tallado, que había sido trasladado doce metros más atrás en el espacio, era liberado. El momento siguiente, Bassett se había perdido en el éxtasis causado por la atronadora y abrupta liberación del sonido. ¡Pero qué trueno! Melodioso con la preciosidad de todos los metales sonoros. Los arcángeles hablaban en él, era estupendamente bello comparado con todos los otros sonidos; estaba investido de la inteligencia de los superhombres de planetas de otros soles; era la voz de Dios, seductora y que ordenaba

ser oída. Y… ¡el eterno milagro del metal interestelar! Bassett vio con sus propios ojos cómo los colores se trasformaban en sonidos hasta que toda la superficie visible de la gran esfera estuvo recorrida y titilante y vaporosa con algo que él no sabía si era color o sonido. En ese momento los intersticios de la materia fueron suyos, y las interfusiones y las intercambiables trasfusiones de materia y fuerza.

Pasó el tiempo. Finalmente, Bassett fue arrancado de su éxtasis por un impaciente movimiento de Ngurn. Había olvidado al viejo diablo-diablo. Un breve destello de fantasía hizo que Bassett tuviera que ahogar una ronca carcajada. Su escopeta estaba junto a él, en la litera. Todo lo que tenía que hacer era apuntarla a su cabeza, apretar el gatillo y volarse la tapa de los sesos.

¿Pero por qué traicionarlo? Cazador de cabezas, bestia caníbal, con tanto de simio como de humano, el viejo Ngurn, de acuerdo con su inteligencia, le había jugado tan limpio como nadie. Ngurn era en sí mismo un precursor de la ética y el honor, de la consideración, de la gentileza humana. No, decidió Bassett, sería una tremenda lástima y un acto deshonroso traicionar así al viejo finalmente. Su cabeza era de Ngurn, y sería la cabeza que Ngurn ahumaría.

Y Bassett, alzando la mano, inclinando su cabeza hacia adelante para exponer como había convenido su tensa columna vertebral, olvidó a Balatta, que era simplemente una mujer, simple y solamente una mujer, y no deseada. Supo, sin ver, el momento en que la afilada hacha se alzó en el aire detrás de él. Y desde ese instante hasta el fin, cayó sobre Bassett la sombra de lo Desconocido, un sentimiento de inminente maravilla ante el derrumbamiento de los muros de lo imaginable. Casi le pareció, cuando supo que el golpe había empezado a caer y justo antes de que el filo del acero mordiera la carne y los nervios, contemplar el sereno rostro de Medusa, la Verdad… Y, simultáneamente con el roce del acero y la embestida de la oscuridad, en un relámpago de fantasía, tuvo la visión de su cabeza girando lentamente, siempre girando, en la casa diablo-diablo junto al árbol del pan.

Título original: *The Red One* (1914)

Jack London, nacido en San Francisco el 12 de enero de 1876, incursionó con frecuencia en la ciencia ficción. Sus obras más celebradas en el género fueron “Un millar de muertes” (1899), donde explora la

inmortalidad, “Antes de Adan” (1906) que especula la brutalidad de la vida primitiva y *El talón de hierro* (1908), una novela sobre la evolución de los movimientos revolucionarios del siglo XX que desemboca en una sorprendente profecía sobre los fascismos que estallarían dos décadas después. En 1910 publicó “Una invasión sin precedentes” en la que describe una guerra entre los Estados Unidos y China, y en 1912 “La plaga escarlata”, un relato del final de nuestra civilización contado desde un futuro aún más remoto. “La fuerza de los fuertes” (1914) y “El Rojo” (1914), sus últimos relatos, apenas permiten presagiar qué podría haber escrito London en el campo de la ciencia ficción si no se hubiera suicidado el 22 de noviembre de 1916.







Encuéntrenos en:

- Axxón:
    - Sitio principal: http://axxon.com.ar
    - Facebook: https://www.facebook.com/axxon.cienciaficcion
    - Twitter: **@axxoncf**
- Axxón Móvil:
    - Descargas: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
    - Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
    - Facebook: https://www.facebook.com/AxxonMovil
    - Twitter: **@axxonmovil**